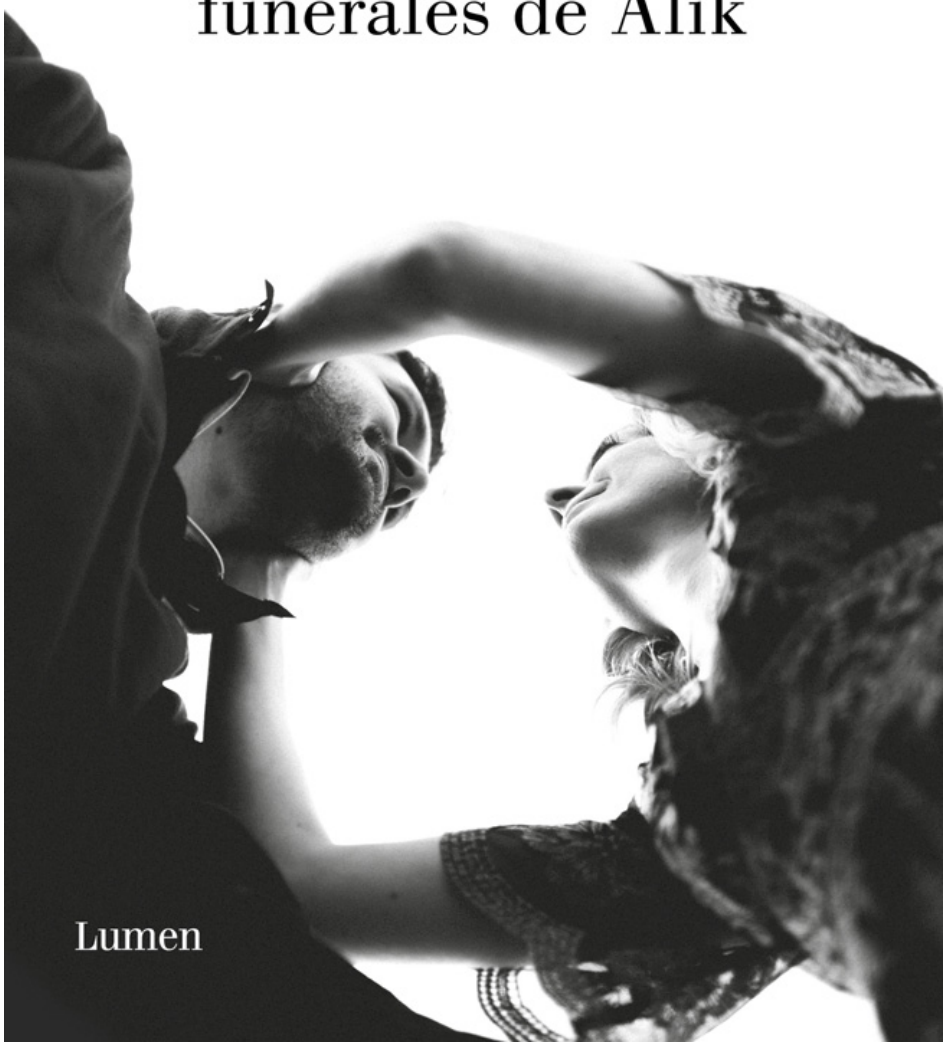
Liudmila Ulítskaya

Los alegres funerales de Alik



Lumen

Los alegres funerales de Alik

Liudmila Ulítskaya

Traducción del ruso de
Víctor Gallego Ballesteros

Lumen

narrativa

1

Hacía un calor horrible, cargado de humedad. Se diría que toda la enorme ciudad, con sus inmuebles inhumanos, sus parques extraordinarios, sus variopintas gentes y perros había llegado al límite de la fase sólida y que al poco tiempo seres semilíquidos iban a aparecer flotando en aquel aire transformado en caldo.

La ducha estaba siempre ocupada: en su puerta se formaban colas. Hacía tiempo que nadie llevaba ropa; solo Valentina seguía conservando el sujetador, pues si dejaba que sus enormes pechos se balancearan libremente, debajo de ellos se formaban ronchas a causa del calor. Cuando el tiempo era normal, nunca se lo ponía. Estaban todos empapados, el agua no se evaporaba de la piel, las toallas permanecían húmedas y solo era posible secarse el cabello con un secador.

Los estores estaban medio levantados y la luz caía formando franjas. Hacía años que el aire acondicionado no funcionaba.

Había cinco mujeres en la habitación. Valentina, con su sostén rojo. Nina, con el cabello largo, una cruz de oro y tan demacrada que Alik le había dicho:

—Nina, empiezas a parecerte a una cesta. Una cesta para serpientes.

La cesta a la que se refería estaba allí mismo, en un rincón. En sus años de juventud, Alik había ido a India en busca de la sabiduría ancestral, pero lo único que había conseguido era esa cesta.

En la habitación estaba también Gioia, una italiana bastante fea, vecina de Nina y Alik, que había elegido aquel lugar tan peregrino para estudiar ruso y apenas salía de casa. Siempre estaba enfadada con

alguien, pero como nadie reparaba en las retorcidas ofensas de las que se sentía víctima, se veía obligada a perdonar generosamente a todo el mundo.

Irina Pearson, antaño acróbata de circo y en la actualidad abogada de elevada posición, estaba espléndida con su pubis artísticamente rasurado y su pecho completamente nuevo, rehecho tan bien como el antiguo por cirujanos americanos que no conocían la vacilación. Su hija Maika, a la que apodaban *Tee-shirt*, una muchacha de quince años, regordeta, de contornos indefinidos, la única de todos los presentes que se cubría con ropa, estaba acuclillada en un rincón. Llevaba unas bermudas gruesas y, por descontado, una camiseta. La camiseta tenía dibujadas una bombilla y una inscripción fluorescente en no se sabe qué lengua: «¡HODER!». Se la había hecho Alik para su cumpleaños el año anterior, cuando sus manos aún podían moverse un poco...

Alik, por su parte, estaba tumbado en un ancho diván, tan pequeño y tan joven que parecía su propio hijo. Pero Nina y él no habían tenido hijos. Y era evidente que ya no los tendrían, porque Alik estaba a punto de morir. Una lenta parálisis devoraba los últimos restos de sus músculos. Sus brazos y sus piernas yacían resignados e inertes, sin responder siquiera al tacto, ni vivos ni muertos, sino en un dudoso estado intermedio, como una escayola fría. Lo más vivo en él eran los cabellos, rojizos, alegres, peinados hacia delante en espesos mechones, y su tupido bigote, que se había vuelto demasiado grande para su enjuto rostro.

Hacía ya dos semanas que estaba en casa. Les había dicho a los médicos que no quería morir en el hospital. Había también otras razones que ellos no conocían y que no debían conocer. Aunque en ese hospital, tan ajetreado como un restaurante de comida rápida, incluso los médicos, que no tenían tiempo de mirar el rostro de los enfermos y examinaban solo su boca, su trasero o la parte dolorida, le habían cogido cariño.

Pero su casa era un lugar abierto a todos. De la mañana a la noche no paraba de entrar gente, y siempre había alguien que se quedaba a pasar la noche. El lugar, excelente para reuniones, no permitía llevar una

vida normal: un *loft*, un almacén habilitado como vivienda con un extremo escindido en el que se habían organizado una minúscula cocina, un baño con ducha y un estrecho dormitorio con un trozo de ventana. Además, había un taller enorme, iluminado por dos ventanales.

Los visitantes tardíos y los huéspedes ocasionales dormían en un rincón, sobre la alfombra. A veces llegaba a haber hasta cinco personas. La vivienda carecía de puerta de entrada propiamente dicha, y se accedía a ella directamente desde un ascensor de carga que, antes de la llegada de Alik, subía hasta allí fardos de tabaco, cuya presencia fantasmagórica seguía percibiéndose en el lugar. Alik se había instalado hacía mucho tiempo, casi veinte años, después de firmar sin leer un contrato que con el paso del tiempo se había revelado extremadamente ventajoso. Aún seguía pagando por el apartamento una auténtica miseria. Aunque no era él quien lo pagaba. Hacía mucho tiempo que no tenía dinero, ni un céntimo.

El ascensor chirrió. Fima Gruber entró y se quitó la sencilla camisa azul. Las mujeres desnudas no le prestaron atención y él ni siquiera les dirigió la mirada. Llevaba un viejo maletín de médico heredado de su abuelo que había traído desde Járkov. Fima era un médico de la tercera generación, original y con una vasta cultura, pero sus asuntos no marchaban nada bien, no había pasado los exámenes locales y trabajaba provisionalmente desde hacía cuatro años como auxiliar de laboratorio sobrecualificado en una clínica cara. Pasaba por allí todos los días, con la esperanza de que la suerte le sonriera y tuviera la oportunidad de serle útil a Alik. Se inclinó sobre él.

—¿Cómo va todo, viejo?

—Ah, eres tú... ¿Has traído el horario?

—¿Qué horario? —preguntó con sorpresa Fima.

—El del transbordador... —respondió Alik, con una débil sonrisa.

Es el final, pensó Fima. La conciencia empieza a fallarle.

Entró en la cocina y empezó a sacudir con estrépito las bandejas con cubitos de hielo pegadas en el interior del frigorífico.

Idiotas, qué idiotas son todos. Los odio, pensó la muchacha.

Acababa de estudiar mitología griega y era la única que había adivinado que Alik no se refería al South Ferry. Con expresión enfadada y desdeñosa se acercó a la ventana, apartó el borde del estor y contempló la calle. Allí siempre pasaba algo.

Alik era el primer adulto al que había honrado con su conversación. Como a muchos niños americanos, la habían llevado al psicólogo desde la más tierna infancia, y no sin fundamento. Solo hablaba con niños; hacía una excepción, aunque a regañadientes, con su madre. En cuanto a los adultos restantes, para ella simplemente no existían. Los profesores recibían sus trabajos de forma escrita, hechos siempre con puntualidad y laconismo. Le ponían las mejores notas y se encogían de hombros. Los psicólogos y psicoanalistas construían hipótesis complejas y totalmente fantasiosas sobre la naturaleza de su extraño comportamiento. Les gustaban los niños que escapaban a la norma; constituían su sustento.

Había conocido a Alik en una inauguración a la que Irina había llevado a su desgarbada hija. Acababan de trasladarse de California a Nueva York, y Tee-shirt, que había perdido de golpe a todos sus amigos, accedió a acompañar a su madre. Esta había conocido a Alik en Moscú, durante su juventud de acróbata circense, pero en América habían pasado muchos años sin verse. Tantos que Irina había dejado de pensar en lo que le diría cuando volvieran a encontrarse. El día de la inauguración, él había cogido con la mano izquierda un botón de su chaqueta adornado con un águila tan grande como una gallina, lo había arrancado con un gesto brusco, lo había lanzado al aire y lo había vuelto a coger. Luego había abierto la mano y había echado una ojeada al águila centelleante.

—Tengo que decirte una cosa.

Su brazo derecho colgaba a lo largo del cuerpo como inerte. Con la mano izquierda había apretado la espesa cabellera castaña de Irina, peinada con esmero y adornada con una diadema de seda negra orlada de perlas naturales, y le había susurrado al oído:

—Irka, voy a morirme pronto.

Bueno, pues muérete, podía haber pensado, para mí estás muerto

desde hace mucho tiempo... Pero había sentido que una fina y estrecha lima metálica se le hundía en las entrañas y se movía lentamente en su interior, mientras un intenso dolor le atravesaba todo el cuerpo, hasta la columna vertebral. La hija seguía a su lado, mirándolos atentamente.

—Vamos a mi casa —propuso Alik.

—He venido con mi hija. No sé si ella querrá.

Irina miró a Tee-shirt.

Hacía tiempo que la muchacha no la acompañaba a ninguna parte. Le había costado mucho convencerla para que fuera a la exposición. Le preguntó a su hija, completamente convencida de su negativa:

—¿Quieres que vayamos al taller de mi amigo pintor?

—¿De ese pelirrojo? Vale.

Y fueron a su casa. Los cuadros, aunque sin duda eran recientes, le recordaron mucho a los anteriores. Al cabo de unos días volvieron a su casa, casi por casualidad: pasaban por allí. Ese día Irina tenía una reunión de trabajo muy importante y había dejado a Tee-shirt en el taller durante unas tres horas; cuando regresó, se encontró con una escena inimaginable: se gritaban como dos pájaros encolerizados. Alik agitaba el brazo izquierdo —el derecho estaba encogido y apenas podía moverlo—, se ponía en cuclillas y daba pequeños saltos:

—¿Y nunca se te ha ocurrido pensar que todo es un problema de asimetría? ¡Esa es la cuestión! ¡La simetría es la muerte! ¡La parada total! ¡Un cortocircuito...!

—¡Pero no grites! —chillaba Tee-shirt, enrojeciendo con todas sus pecas, con un acento más pronunciado que de costumbre—. ¿Y si a mí me gusta? ¡Simplemente me gusta! ¿Por qué siempre queréis tener razón?

Alik dejó caer el brazo.

—¿Sabes...?

Irina había estado a punto de desmayarse junto al ascensor. Alik, sin saberlo, había quebrado en un santiamén la extraña forma de autismo que padecía su hija desde los cinco años. La llama de un antiguo rencor ardió en ella, pero enseguida se apagó: para qué llevarla al psiquiatra; mejor sería darle la oportunidad de tener contactos humanos, de los

que carecía por completo...

2

De nuevo chirrió el ascensor. En el umbral de la puerta, Nina vio a una nueva visitante y corrió a su encuentro poniéndose su quimono negro.

Una mujer pequeña, de rara corpulencia, con aire atareado, depositó entre sus rodillas una bolsa de la compra repleta y se sentó jadeando en un sillón bajo. Estaba toda encendida, acalorada, y sus mejillas resplandecían como el metal de un samovar.

—¡María Ignátievna! ¡Llevo esperándola dos días!

La mujer estaba sentada en el borde mismo del asiento y separaba sus rosados pies calzados con unas zapatillas de fieltro que ya no se llevaban en ese continente.

—Pero yo no me olvido de ti, Ninochka. Estoy todo el tiempo trabajando para Alik. Ayer me ocupé de él desde las seis... —Acercó al rostro de Nina unos dedos triangulares con uñas verdosas de distrófica —. Puedes creerme, eso requiere concentración... Ha hecho que me suba la tensión, apenas puedo andar... Y encima este maldito calor... Mira, he traído las últimas.

Sacó de la bolsa de tela tres botellas oscuras con un líquido espeso.

—Aquí están. He fabricado un nuevo ungüento y un producto para hacer inhalaciones. Este es para las piernas. Mojas un trapo y lo aplicas en la planta de los pies, pones por encima una bolsa de celofán y haces un nudo. Dos horas. No te preocupes si la piel se pela un poco. En cuanto lo retires, te lavas inmediatamente.

Nina contempló con veneración a aquel espantapájaros y sus pócimas. Cogió las botellas. Apretó una de ellas, la más pequeña, contra su mejilla: estaba fría. Las llevó al dormitorio. Levantó el estor y

depositó las botellas en el estrecho alféizar. Había allí ya toda una batería de ellas.

María Ignátievna se ocupaba de la tetera. Era la única persona capaz de beber té con ese calor, no el tipo americano, helado, sino el ruso, caliente, con azúcar y mermelada.

Mientras Nina, agitando sus largos cabellos, que parecían estar perdiendo su brillo dorado para mostrar una profunda tonalidad plateada, aplicaba compresas en los pies de Alik y los cubría con un ligero paño a cuadros, cuyo dibujo seudoescocés no pertenecía a ningún clan, María Ignátievna conversaba con Fima. A él le interesaban sus resultados. Ella lo contemplaba con magnánimo desprecio.

—¡Efim Isakich! ¡Fimochka! ¡Pero de qué resultados me habla! Se huele ya la tumba... Pero todo está en manos de Dios, eso es lo que le digo. ¡Lo que no habré visto yo! Hay algunos que parece que se van, que se han ido ya del todo, pero no: no les deja partir. ¡En esas hierbas hay mucha fuerza! Su poder atraviesa las piedras. Está allí, en el ápice... Y eso es lo que yo cojo, el ápice, y también el extremo de las raíces... A veces el enfermo se inclina completamente sobre la tierra y de pronto se vuelve a levantar. Hay que creer en Dios, Fima. ¡Sin Dios ni siquiera crece la hierba!

—Así es —asintió Fima con un tono ligero, y se secó la mejilla izquierda, cubierta de unas marcas en forma de cráteres que atestiguaban las luchas hormonales de su juventud.

Gracias al curso de botánica del quinto año, conocía la fototaxia positiva de las plantas, sobre la que aquella mujer gorda, de rostro fofo y como de trapo hablaba en términos vagos y misteriosos, pero como era un especialista sabía también que la maldita enfermedad de Alik no iba a desaparecer: el último músculo que funcionaba, el del diafragma, empezaba a mostrar signos de debilidad, de modo que en los próximos días se produciría la muerte por asfixia. El problema que en esos casos se planteaba en el país —en qué momento apagar los aparatos— lo había resuelto Alik de antemano: había abandonado el hospital justo antes del final, renunciando de ese modo a un lamentable suplemento de vida artificial.

A Fima le angustiaba ahora la idea de que probablemente sería él quien tuviera que inyectarle a Alik, en un determinado momento, un somnífero que aliviara los sufrimientos del ahogo y cuyo efecto secundario —la opresión del centro respiratorio— le causaría la muerte... Pero no se podía hacer nada: ingresarlo de urgencia en el hospital, como habían hecho ya dos veces, probablemente no sería ya posible. Y buscar de nuevo documentos falsos requería muchas gestiones y era peligroso...

—Que os vaya bien —dijo en voz baja Fima y cogiendo su famoso maletín, salió sin despedirse. Allí no se prestaba atención a las minucias.

¿Se habrá ofendido?, pensó María Ignátievna.

No comprendía muy bien la vida del lugar. Había llegado de Bielorrusia el año anterior, invitada por una pariente enferma, pero cuando tuvo los papeles en orden y pudo emprender el viaje, ya no había nadie a quien cuidar. De modo que había atravesado el océano con su fuerza milagrosa y sus hierbas de contrabando para nada. En realidad, no del todo para nada, pues allí encontró a algunas personas interesadas en su arte y se había dedicado a su actividad ilícita y prohibida sin temor a posibles consecuencias. Sin embargo, no salía de su asombro: vaya unas leyes que tenéis aquí; curo a las personas, puede decirse que las traigo del otro mundo, ¿por qué debo tener miedo?... Nadie logró convencerla sobre las cuestiones de la licencia y de los impuestos. Nina la había conocido en una pequeña iglesia ortodoxa de Manhattan y enseguida decidió que Dios había enviado a aquella curandera para cuidar de Alik. En los últimos años, antes incluso de la enfermedad de Alik, Nina se había reconciliado con la ortodoxia y propinó un duro golpe al oscurantismo: consideró un pecado su pasatiempo favorito, las cartas del tarot, y se las regaló a Gioia.

María Ignátievna hizo a Nina una señal con el dedo. Esta se dirigió a la cocina, vertió zumo de naranja en un vaso, luego vodka y arrojó un puñado de cubitos de hielo. Hacía bastante tiempo que ingería alcohol a la manera local: bebidas suaves, azucaradas, tomadas a lo largo de toda la jornada. Removió el líquido con una varilla y bebió. María

Ignátievna también removió su té con una cucharilla y después la depositó sobre la mesa.

—Escucha bien lo que voy a decirte —dijo con severidad—. Hay que bautizarlo. Eso es lo que hay que hacer. De lo contrario, nada dará resultado.

—Pero es que no quiere, no quiere. ¡Cuántas veces te lo he dicho, María Ignátievna! —contestó con tono irritado.

—¡No grites! —dijo María Ignátievna, frunciendo su frente sin cejas —. Me marcho. Hace tiempo que mis papeles no están en regla. —Se refería a su visado caducado, pero era incapaz de recordar ni una sola palabra extranjera—. No están en regla. Me marcho. Ya tengo un billete reservado. Si no lo bautizas, lo abandono. Pero si cumples lo que te pido, Nina, trabajaré con él incluso allí, ya veré la manera... Pero así no puedo... —Y separó los brazos con un gesto teatral.

—No puedo hacer nada. No quiere. Se ríe. Me dice: «Tu Dios tendrá que recibirme sin el carnet del partido» —dijo Nina, inclinando su pequeña y frágil cabeza.

María Ignátievna la miró con asombro.

—Pero ¿qué dices, Nina? ¿En qué mundo vivís? ¿Para qué necesita Nuestro Señor Dios un carnet del partido?

Nina hizo un gesto de desesperación y terminó su bebida. María Ignátievna se sirvió otra taza de té.

—Eres tú la que me da pena, mi niña. Dios tiene muchas moradas. He conocido a personas buenas de muy distinta condición, tanto judíos como de otras religiones. Todos tienen su lugar. Mi difunto Konstantin, por ejemplo, estaba bautizado y me espera allí donde iremos todos. No soy ninguna santa, y solo vivimos dos años juntos, me quedé viuda a los veintiuno. He cometido algún pecado, no digo que no. Pero no he tenido otro marido. Y él me espera allí. ¿Entiendes qué es lo que me preocupa? Os arriesgáis a estar separados allí. Bautízale, aunque sea a ciegas... —exclamó María Ignátievna.

—¿Cómo que a ciegas? —preguntó Nina.

—Ven, alejémonos un poco de los demás —susurró María Ignátievna con determinación. Y aunque todos se agrupaban en torno a Alik y en

la cocina no había nadie, llevó a Nina al servicio y se sentó sobre la taza del retrete, cubierta con una tapa rosa, mientras Nina se acomodaba en una cesta de plástico para la ropa sucia. Allí, en ese lugar tan inconveniente, Nina recibió todas las instrucciones necesarias...

Poco después llegó Faika, fuerte como un cascanueces, con su cara de madera y la cabeza erizada de paja blanquecina. Había llegado hacía poco, pero se había aclimatado enseguida.

—He comprado una cámara fotográfica —anunció desde el umbral, entrando en la habitación de Alik y blandiendo una cajita nueva por encima de su cabeza inmóvil—. ¡Una Polaroid! ¡Con carrete! ¡Vamos a sacar unas fotos!

En ese país había un montón de cosas que aún no había probado y ella se apresuraba a comprarlo todo, a ensayarlo todo, a evaluarlo todo y a tener una opinión sobre cualquier cosa.

Valentina abanicó a Alik con la sábana. Pero él era el único que no tenía calor, así que la soltó y, situándose detrás de él, se sentó y se apoyó en el cabecero. Lo enderezó y apretó su cabeza de color rojo oscuro contra su pecho, el lugar donde, según su difunta abuela, anidaba el «alma». De pronto, un sentimiento de pena por Alik, por su pobre cabeza que se apoyaba sin fuerzas contra su pecho, le llenó los ojos de lágrimas. Parecía un bebé que aún no podía mantener erguida la cabeza. Nunca en el curso de su larga relación había experimentado un sentimiento tan intenso y agudo: quiso abrazarlo, cogerlo en brazos o, mejor aún, ocultarlo en lo más profundo de su cuerpo, esconderlo de esa maldita muerte que ya había alcanzado de forma tan manifiesta sus brazos y sus piernas.

—¡Chicas, reunión general! ¡Hace tiempo que el gallo ha dejado de cantar! —gritó con expresión sonriente, secándose con la palma de la mano el sudor de la frente y las lágrimas de las mejillas.

Había colocado sobre los hombros de Alik sus admirables pechos envueltos en su embalaje rojo; Gioia, sentada al borde de la cama,

había doblado la pierna de Alik a la altura de la rodilla y la sostenía con su hombro. Para guardar la simetría de la fotografía, Tee-shirt se sentó en el otro lado de la cama.

Faika pasó un buen rato manipulando la cámara, sin dar con el visor; cuando por fin lo encontró y miró por él, rezongó:

—Ay, Alik, tus cojones están en primer plano. Cúbretelos.

En realidad, lo que aparecía en primer plano eran los tubos de la sonda.

—Pero qué dices, cómo vamos a cubrir esa hermosura —objetó Valentina, y las comisuras de los labios de Alik se estremecieron.

—De poco sirve esta hermosura —señaló.

—Espera, Faika —pidió Valentina y, después de haber colocado a la espalda de Alik dos grandes cojines rusos, procedentes del ajuar de Nina, avanzó decidida por el colchón hasta el borde de la cama y despegó de aquel lugar sensible el esparadrapo rosa que sostenía todo el equipo.

—Que descanse un poco y disfrute de un rato de libertad...

A Alik le gustaban todas las bromas e incluso las de doble sentido le hacían sonreír. Valentina se movía deprisa, actuaba con mano experta. Hay mujeres cuyas manos lo saben todo de antemano y no necesitan aprender nada, son enfermeras de nacimiento.

Tee-shirt no aguantó más y salió de la habitación. Aunque el año anterior lo había experimentado todo, primero con Geoffrey Lechinski y luego con Tom Keyne, y había llegado a la conclusión de que no necesitaba ninguna clase de sexo, por alguna razón esas manipulaciones con el catéter la ponían enferma. De qué forma lo había cogido en su mano... Por qué todas se pegaban a él de ese modo...

Precisamente, la ducha estaba libre. Se quitó los pantalones cortos. A través del tejido sentía la pequeña caja rectangular. Dobló todo cuidadosamente para que no se cayera. Se sabía las instrucciones de memoria. Había pasado la noche anterior al lado de Alik. No entera, solo algunas horas. Nina se había retirado y dormía en el taller, pero Alik no dormía. La había llamado, y ella le había prometido que haría

todo lo que él le había pedido; ahora esa cajita probaba que ella era la persona más próxima que le quedaba.

El agua no estaba fría, pues las tuberías se recalentaban mucho con ese bochorno. Todas las toallas estaban húmedas. Se secó como pudo, se puso la ropa sobre el cuerpo mojado y salió del apartamento: acababa de comprender que no quería fotografiarse con ellos.

Se dirigió hacia el Hudson y luego hacia el muelle del ferry; no dejaba de pensar en aquel hombre, el único adulto normal, que, como hecho a propósito, estaba a punto de morir y de dejarla de nuevo sola en medio de los innumerables idiotas —rusos, judíos, americanos— que la rodeaban desde su nacimiento.

3

Algo sucedía con la visión de Alik: se debilitaba y se agudizaba al mismo tiempo. Todo se volvía más grande y cambiaba de densidad. Los rostros de sus amigas se licuaban de pronto y los objetos se diluían ligeramente, pero esas fluctuaciones eran bastante agradables; además, revelaban bajo una nueva luz las relaciones entre los objetos. En un rincón de la habitación había encajonado un viejo esquí solitario y las paredes, de un blanco sucio, huían alegremente de él en todas direcciones. A ese movimiento de las paredes se incorporaba una figura femenina, sentada en el suelo con las piernas cruzadas, cuya nuca rozaba la pared movediza. La parte más estable de ese cuadro era precisamente el punto de contacto entre la cabeza de la mujer y el muro.

Alguien subió el estor y la luz incidió en el contenido oscuro de las botellas, que se llenó de brillos verdes y dorados. Los líquidos se encontraban a distintos niveles, y en aquel xilofón de botellas reconoció enseguida su sueño de juventud. En aquellos años había pintado multitud de naturalezas muertas con botellas. Miles de botellas. Quizá incluso más de las que se había bebido... No, seguramente se había bebido más. Sonrió y cerró los ojos.

Pero las botellas seguían allí: pequeñas columnas evanescentes y pálidas, alineadas debajo de sus párpados. Comprendió que se trataba de algo importante. Su pensamiento avanzaba lenta y difícultosamente, como una nube porosa. Las botellas, los ritmos de las botellas. Pues había una música... La luminosa música de Scriabin, que, como había advertido al examinarla de cerca, era un engaño completo: algo

mecánico y pobre. Se había puesto a estudiar entonces óptica y acústica. Esa llave tampoco le abrió nada. No es que sus naturalezas muertas fueran malas, pero no tenían nada de indispensable. Además, en aquella época no conocía a Morandi.

Después todas esas naturalezas muertas se habían dispersado como por la acción del viento y de ellas no había quedado nada. Quizá se hubiera conservado alguna en San Petersburgo, en casa de sus amigos de entonces, o en el domicilio de los Kazántsev en Moscú... Señor, cómo se bebía en aquella época. Se coleccionaban las botellas. Se tiraban las normales, pero las extranjeras o las antiguas, con vidrios coloreados, se conservaban.

Las que había aquel día a lo largo del tejado, en el reborde de hojalata, eran de vidrio oscuro, de cerveza checa. Nadie recordaba después quién las había dejado allí. En la cocina de los Kazántsev había una puerta baja que conducía a un desván que tenía una ventana en el techo. Por aquella ventana Irina había salido al tejado. Esa circunstancia no tenía nada extraordinario: en ese tejado se paseaba sin descanso, se bailaba y se tomaban baños de sol. Se había deslizado por la pendiente sobre el trasero, y cuando se levantó se apreciaban perfectamente dos manchas oscuras en sus vaqueros blancos, sobre las nalgas. Se había colocado en el borde mismo del tejado, su maravillosa chica de los pies ligeros. Dios les había enviado el uno al otro para el primer amor y ellos lo habían hecho todo de manera honrada, sin chapuzas, con determinación.

Cuando el viejo y severo saltimbanqui, hijo de artistas, expulsó a Irina de su troupe por haber faltado a un ensayo y haberse marchado con Alik a San Petersburgo durante dos días, se habían instalado allí, en el desván de los Kazántsev, donde llevaban viviendo ya tres meses, desfalleciendo bajo el peso de un amor que no dejaba de crecer... Ese día habían recibido la visita de un conocido escritor para niños, un adulto provisto de dos botellas de vodka. Era simpático. Irina movía los hombros, miraba de soslayo y hablaba con un tono de voz más suave que de costumbre; Alik le susurró:

—¿Por qué te haces la coqueta? Es vulgar. Si te gusta, adelante.

Era cierto que le gustaba.

—No, no en ese sentido. Si acaso solo un poco —le había dicho después a Alik.

Pero en su momento, irritada por la cruel verdad de sus palabras, había saltado por la ventana y se había deslizado sobre el trasero hasta el borde del tejado; luego se había levantado en toda su envergadura junto a las botellas, se había puesto en cuclillas —nadie miraba todavía hacia ese lado, excepto Alik—, había agarrado por el gollete las botellas que estaban en el extremo y había hecho el pino sobre ellas. Las agudas puntas de sus zapatos inmovilizadas sobre el fondo del cielo lila. Los que estaban sentados mirando hacia la ventana la habían visto elevarse sobre las manos y habían dejado de hablar.

El escritor, que no había advertido nada, estaba contando una historia sobre un capote de general robado y se reía a carcajadas él solo.

Alik dio un paso hacia la ventana... Pero Irina se desplazaba ya sobre las manos de botella en botella. Cogía el gollete de una botella con las dos manos, luego soltaba una mano, buscaba a tientas la siguiente botella y, una vez que la había agarrado, trasladaba sobre ella todo el peso de su tenso cuerpo... El escritor siguió con su relato durante unos segundos, pero luego se paró en seco. Había presentido que algo sucedía a sus espaldas. Se dio la vuelta y un estremecimiento sacudió sus mejillas que empezaban a engordar: no soportaba las alturas. Aquella era una casa modesta, de una planta y media y unos cinco metros de altura. Pero la fisiología es mucho más poderosa que la aritmética.

Alik tenía las manos húmedas, un hilo de sudor le corría por la espalda. Nelka Kazántsev, la dueña de la casa, una mujer también algo chiflada, había bajado ruidosamente por la escalera de madera y había salido a la calle.

Lentamente, arañando con la punta de sus zapatos el cielo petrificado, Irina alcanzó la última botella, dobló las piernas con agilidad, se sentó en el tejado y se deslizó por el endeble canalón. Nelka, que ya estaba abajo, gritaba:

—¡Corre! ¡Lárgate lo más rápido que puedas!

Había visto la expresión del rostro de Alik y fue la primera en reaccionar. Irina salió corriendo en dirección a la calle Kropótkinskaia, pero ya era demasiado tarde. Alik la cogió por los pelos y le dio una bofetada.

Aguantaron aún dos años juntos, pues no conseguían separarse. Pero los mejores momentos habían terminado con aquel incidente. Más tarde se separaron, sin haber sabido ni perdonarse ni dejar de amarse. Ella tenía un orgullo diabólico y esa misma noche se había marchado con el escritor. Pero en aquel momento Alik ni siquiera había pestañeado.

Fue Irina la primera que cruzó la línea: se había unido a una troupe de trapecistas, una troupe rival, pues el viejo la había maldecido, y había partido con un circo ambulante para una larga gira que duraría todo el verano. Alik había realizado entonces su primer intento de emigración y se había trasladado a San Petersburgo...

Alik abrió los ojos. Aún sentía el calor que había despedido el tejado recalentado de la vetusta mansión de la calle Afanásiev; era como si sus músculos temblaran todavía debido a la frenética carrera por la escalera de madera de la casa de los Kazántsev; además, aquel recuerdo revivido en forma de sueño era más rico que la misma memoria, pues podía examinar detalles que se habían borrado hacía mucho tiempo: la agrietada taza con un retrato de Karl Marx en la que bebía el dueño de la casa, un anillo en la mano de Irina, una turquesa de un verde apagado engastada en un esmalte azul oscuro que había perdido poco después, un mechón blanco, rasgo de familia, en la cabellera oscura del hijo de diez años de Kazántsev...

El sol se ponía ya sobre Nueva Jersey, la luz oblicua que entraba por la ventana caía directamente sobre Alik, por lo que este entornaba los ojos. Gioia, sentada a su lado en la cama, leía por petición suya la *Divina Comedia* en italiano y traducía cada terceto a un inglés bastante pedestre. Alik no le había dicho que hablaba italiano con bastante corrección: en el pasado había vivido casi un año en Roma, y esa

lengua de alegres sonoridades se había impreso en él sin esfuerzo, como la huella de una mano en la arcilla. Pero esos dones no tenían ahora ninguna importancia: ni su impresionante memoria, ni su fino oído musical ni su talento de pintor. Todo eso se lo llevaría con él, incluso su ridícula facultad para entonar canciones tirolesas y jugar al billar como un profesional...

Valentina, que masajeaba su pierna inerte, tuvo la impresión de que sus músculos recuperaban algo de vida.

Mientras estaba adormecido, llegó Arkasha Libin con un aparato de aire acondicionado nuevo y una amiga también relativamente nueva, Natasha. A Libin le gustaban las mujeres feas, y además de un tipo muy particular: delgadas, con la frente grande y la boca muy pequeña.

—Libin tiende a la perfección —había dicho en broma Alik no hacía mucho—. En la boca de Natasha apenas cabe una cucharilla de café; a la próxima tendrá que alimentarla exclusivamente de espaguetis.

Libin tenía intención de desmontar el aparato de aire acondicionado roto e instalar el nuevo ese mismo día, y se disponía a hacerlo completamente solo, aunque incluso los profesionales solían trabajar en pareja.

Era esa confianza en el éxito típicamente rusa. Puso en el suelo las botellas del alféizar, levantó el estor y, en ese mismo momento, como si acabara de hacer un agujero, llegó desde la calle un sonido de música latinoamericana, que Alik detestaba. Desde hacía dos semanas, seis indios sudamericanos se habían instalado justo debajo de sus ventanas y no dejaban de dar la lata a toda la manzana.

—¿No podrían callarse un rato? —preguntó Alik en voz baja.

—Es más fácil que te tapes las orejas —respondió Valentina, poniéndole unos auriculares.

Gioia contemplaba a Valentina con perplejidad e irritación. Esta vez se sentía ofendida también por Dante...

Valentina le puso un *ragtime* de Scott Joplin. Era Alik quien le había enseñado a escuchar aquella música en los tiempos de sus encuentros secretos y sus vagabundeos nocturnos por la ciudad.

—Gracias, ratita —dijo Alik moviendo los párpados.

A todas ellas las llamaba ratitas o gatitas. La mayoría habían llegado con veinte kilos de equipaje y veinte palabras en inglés como único bagaje, y en nombre de ese traslado habían enfrentado cientos de rupturas, pequeñas y grandes: con sus padres, con su profesión, con su calle y su patio, con su aire y su agua y, finalmente —y esto era lo que más les costaba reconocer—, con su lengua materna, que con el paso del tiempo se iba volviendo cada vez más instrumental y utilitaria. La nueva lengua americana, que adquirían de manera gradual, también era utilitaria y primitiva, y ellas se expresaban en la jerga deliberadamente truncada y risible que se había desarrollado en su medio. En ese dialecto de emigrantes se insertaban con facilidad retazos del ruso, del inglés y del yiddish, las obscenidades más sofisticadas y una ligera entonación de anécdota judía.

—¡Dios mío —vociferó Valentina—, eso no es música, es una pesadilla! Cierra la ventanilla, *ingele,* te lo suplico. ¿Por qué se quedan ahí en lugar de ir a tomar algo, beber, tener *fun* y buen *mood*? Hacen tanto *hevalt* que terminarán por provocarnos *headache.*

La ofendida Gioia había dejado sobre la cama el tomo rojo del emigrado florentino y se había marchado a su casa, en el inmueble vecino. Natasha, la de la boca pequeña, preparaba café en la cocina. Valentina había puesto a Alik de lado y le frotaba la espalda. Por el momento no tenía úlceras. No habían vuelto a ponerle la sonda; tenía la piel en carne viva debido al esparadrapo. Se había acumulado un montón de sábanas húmedas; Faika las cogió y se fue a la lavandería que había en la esquina. Nina dormitaba en un sillón del taller, sin soltar su vaso.

Libin trajinaba sin éxito con el aparato de aire acondicionado. Le faltaba una barra de apoyo y, siguiendo los métodos de su Rusia natal, se esforzaba por fabricar una corta con dos largas que no le servían, y todo ello sin poder contar con sus herramientas, que había olvidado en casa.

4

Pasó un buen rato antes de que el sol se decidiera a ceder su lugar, pero finalmente acabó rodando, como una moneda de cincuenta copecs, detrás del diván, y en cinco minutos se hizo de noche. Todo el mundo desapareció, y por primera vez en una semana Nina se quedó a solas con su marido. Cada vez que se acercaba a él, se quedaba asustada. Unas horas de un sueño reforzado por el alcohol daban reposo a su alma: cuando dormía se olvidaba completamente y con fruición de esa enfermedad singular y rara que afectaba a Alik y lo doblegaba con una fuerza terrible, y siempre se despertaba con la esperanza de que aquella alucinación se hubiera evaporado y Alik, saliendo a su encuentro, le dijera, como de costumbre: «Gatita, ¿qué estás haciendo?».

Pero no sucedía nada semejante.

Entró en su habitación, se echó a su lado, cubrió con sus cabellos el hombro anguloso. Al parecer, dormía. Su respiración era dificultosa. Escuchó con atención. Él dijo sin abrir los ojos:

—¿Cuándo desaparecerá este maldito calor?

Ella se puso en pie y se dirigió al rincón, donde Libin había situado las obras completas de María Ignátievna en siete botellas. Cogió la más pequeña de todas, le quitó el corcho y la puso bajo la nariz de Alik. Un olor a amoníaco se extendió por la habitación.

—¿Mejor? ¿Eh? ¿Mejor? —preguntó Nina, exigiendo una respuesta inmediata.

—Parece que sí —respondió él.

Ella se tumbó de nuevo junto a él, giró la cabeza de Alik hacia ella y le susurró al oído:

—Alik, te lo suplico, hazlo por mí.

—¿Qué? —dijo él sin comprender, o haciendo como si no comprendiera.

—Hazte bautizar. Todo se arreglará y los remedios ayudarán. —Cogió con ambas manos su debilitada muñeca y besó con suavidad su mano pecosa—. Y ya no tendrás miedo.

—Pero si no tengo miedo, cariño.

—Entonces ¿hago venir a un sacerdote? —se alegró ella.

Alik concentró su mirada fluctuante y dijo con inesperada seriedad:

—Nina, no tengo nada en contra de tu Cristo. Hasta me gusta, aunque no tenía sentido del humor. El problema, sabes, es que yo también soy un judío inteligente. Y el bautizo es una estupidez, puro teatro. Y a mí no me gusta el teatro. Me gusta el cine. Déjame tranquilo, gatita.

Nina entrelazó sus dedos enjutos y los sacudió.

—Al menos habla con él. Vendrá y hablaréis un poco.

—¿Quién vendrá? —preguntó Alik.

—El sacerdote. Es un hombre muy, muy bueno. Te lo suplico... —Deslizó la estrecha lengua por su cuello, luego lamió sus clavículas y los pezones pegados a las costillas, en una caricia íntima y provocativa que ambos entendían. Lo tentaba para que se bautizara de la misma manera que lo incitaba al juego del amor.

Él esbozó una débil sonrisa:

—Está bien. Trae a tu pope. Solo pongo una condición: que hagas venir también a un rabino.

Nina se quedó perpleja.

—¿Bromeas?

—¿Por qué? Si quieres que dé un paso tan serio, tengo derecho a una consulta bilateral...

Siempre había sabido sacar el máximo provecho de cualquier situación.

Cede, cede, se regocijó Nina. Voy a conseguir que se bautice.

Con el sacerdote, el padre Víktor, todo estaba arreglado desde hacía mucho tiempo. Responsable de una pequeña iglesia ortodoxa, era un

hombre cultivado, descendiente de la primera oleada de emigrantes, con una biografía enrevesada y una fe sencilla. De carácter sociable y naturaleza jovial, visitaba de buena gana a sus feligreses y era aficionado a la bebida.

Pero Nina no tenía la menor idea de dónde iba a sacar un rabino. El círculo de sus amistades no tenía ninguna relación con la comunidad judía. No obstante, había que hacer todo lo posible por proporcionarle uno a Alik, pues era una condición indispensable.

Siguió trajinando aún durante un par de horas con sus emplastos de hierbas, le aplicó de nuevo compresas en las plantas de los pies, le frotó el pecho con una tintura de olor penetrante y, a las tres de la madrugada, recordó que unos días antes Irina Pearson le había dicho entre risas que de todos los judíos del lugar ella era la única rusa que sabía preparar *guefilte fish,* pescado relleno, porque había estado casada con un auténtico judío, que cumplía con el rito del sabbat, los alimentos kosher y todo lo demás.

Nada más recordar esas palabras, Nina marcó el número de Irina, que al escuchar su voz en medio de la noche sintió que el corazón le daba un vuelco.

Todo ha terminado, pensó.

—Escucha, Irina, ¿tú tuviste un marido que era judío practicante? —resonó al otro lado del teléfono.

Ha bebido, pensó Irina al oír aquella absurda pregunta.

—Sí.

—¿Y no podrías dar con él? Alik quiere ver a un rabino.

Se ha vuelto completamente loca, decidió Irina, y dijo con precaución:

—Ya hablaremos de eso mañana. Son las tres de la madrugada y a estas horas no puedo llamar a nadie.

—No te olvides, es muy urgente —dijo Nina con una voz absolutamente clara.

—Pasaré por allí mañana por la tarde, ¿vale?

Irina sentía un profundo interés por Nina. Probablemente esa era la verdadera razón por la que un año y medio antes había aceptado pasar por su taller: para conocer a aquel pájaro raro que había atrapado a Alik.

Alik había sido el ídolo de las mujeres casi desde su nacimiento, el preferido de todas las nodrizas y educadoras desde el jardín de infancia. En los años escolares, todas sus compañeras de clase lo invitaban a su cumpleaños y se enamoraban de él, lo mismo que sus abuelas y los perros de estas. Durante la adolescencia, periodo en el que se experimenta una intensa inquietud ante la idea de que ha llegado el momento de iniciar la vida adulta, aunque esta siga sin llegar, y los chicos y chicas más listos se entregan a aventuras idiotas, Alik era absolutamente irreemplazable: escuchaba las confesiones de sus amigos, sabía hacer reír y tomarse las cosas a broma, pero lo más importante y raro era que comunicaba la certidumbre absoluta de que la vida comenzaba el lunes siguiente y que el día anterior podía borrarse sin más, en especial si no había resultado del todo satisfactorio. Más tarde, ni siquiera la inspectora de la escuela de artes escénicas, apodada «serpiente venenosa», había podido resistirse a su encanto: le habían expulsado cuatro veces y en tres ocasiones habían vuelto a admitirlo gracias a las gestiones de la inspectora enamorada.

Desde el primer encuentro, Nina le había parecido a Irina una tonta arrogante y caprichosa: una belleza ajada, sentada sobre la alfombra blanca y sucia, que no quería que la molestaran porque estaba haciendo un puzle gigante. Tras observarla con mayor detenimiento, Irina había concluido que Nina era, sencillamente, una mujer de escasa inteligencia y, además, psicológicamente desequilibrada: pasaba de la indolencia a la histeria, de accesos de alegría a arrebatos de melancolía; Irina atribuía aquellos cambios de humor a un alcoholismo moderado pero indudable.

Podía entender que Alik se hubiera casado con ella, pero no cómo había soportado tantos años aquella estupidez que lindaba con la falta de inteligencia, esa pereza patológica y esa dejadez... Lo que experimentaba no eran celos retrospectivos, sino una profunda

incomprensión. Irina no se había topado nunca con el tipo de mujer al que pertenecía Nina: era precisamente su ilimitada incapacidad lo que suscitaba en su entorno, sobre todo entre los hombres, un sentimiento de responsabilidad excesiva.

Además, Nina tenía otra particularidad: llevaba hasta el final cada uno de sus antojos, caprichos o fantasías. Por ejemplo, jamás tocaba el dinero. De modo que cuando Alik se iba de viaje, digamos una semana a Washington, sabía que Nina no iría a la tienda y preferiría dejarse morir de hambre antes que tocar aquellos «viles papeles». Por eso siempre llenaba el frigorífico antes de partir.

En Rusia, Nina nunca había preparado la comida porque le daba miedo el fuego. En esa época estaba interesada en la astrología y había leído en algún sitio que para los nacidos bajo el signo de Libra, como ella, el fuego era un peligro. Desde entonces no se había aproximado a una cocina y había justificado esa actitud por la incompatibilidad cósmica que existía entre su signo de aire y el elemento fuego. Allí, en el taller, donde en vez de una cocina de gas había una placa eléctrica, y donde el único fuego que podía verse era el del extremo de una cerilla, su repugnancia por las actividades culinarias no desapareció, y era Alik el que se ocupaba, con desenvoltura y resultados satisfactorios, de preparar la comida.

Además del dinero y el fuego había otra cosa, en este caso completamente impalpable: un miedo irracional, paralizante, a tomar decisiones. Cuanto más insignificante era el objeto de la elección, más se atormentaba. Un día Irina había recibido de una cantante clienta suya un montón de entradas gratis y, siguiendo el consejo de Tee-shirt, había invitado a Alik y a Nina a la ópera. Cuando pasaron a recogerlos, habían sido testigos de cómo Nina se había probado hasta el agotamiento sus pequeños vestidos ajustados y sus zapatos elegantes y, después, se había arrojado sobre la cama y había dicho que no iría a ninguna parte. Había llorado sobre su almohada hasta que Alik, evitando mirar a sus involuntarios testigos, había puesto a su lado un vestido elegido al azar y le había dicho:

—Este. El terciopelo va tan bien con la ópera como las salchichas con

la cerveza.

Al parecer, Tee-shirt se había divertido más con esa representación que con la ópera.

Irina conocía bien el precio de los caprichos y los antojos: su juventud había estado llena de ellos. Pero, a diferencia de Nina, ella tenía a sus espaldas la escuela del circo. Saber andar sobre la cuerda floja es muy útil para una emigrante. Gracias, probablemente, a ese conocimiento ella era la que más éxito había tenido de todos... Duelen las plantas de los pies, el corazón casi deja de latir, los ojos se llenan de sudor, pero la mandíbula esboza una sonrisa desmesurada, el mentón se alza victorioso, y la punta de la nariz se eleva hacia las estrellas: todo es sencillo y fácil, fácil y sencillo... Después de haber luchado con uñas y dientes durante ocho años, robándole todos los días dos horas al sueño, se llega a tener una profesión americana bien remunerada. Hay que tomar decisiones diez veces al día y hace tiempo que se ha adoptado como regla no apesadumbrarse si la decisión de hoy resulta no ser la más afortunada.

«El pasado es definitivo e irremediable, pero no tiene ningún poder sobre el futuro», decía en tales ocasiones. Y de pronto resultaba que su pasado irremediable tenía cierto poder sobre ella...

Irina no hablaba con Alik ni de la muerte futura ni de la vida pasada. Aquello con lo que ni siquiera podía soñar había sucedido: Tee-shirt se comportaba con Alik y todos sus amigos con tanta desenvoltura y libertad que ninguno de ellos tenía la menor idea de los complicados problemas psicológicos que había sufrido la muchacha. Pero ahora apenas podía explicarse qué le llevaba a pasar todos sus momentos libres, desde hacía más de un año, en la ruidosa y desordenada guarida de Alik.

El doctor Harris, el pez de oro inglés, más parecido a un atún bronceado que a un siluro, con el que Irina se citaba secretamente desde hacía cuatro años, apenas había tenido ocasión de verla durante los cinco días que había pasado en Nueva York y se había marchado

ofendido, plenamente convencido de que ella se disponía a abandonarlo... Pero eso no entraba en absoluto en los planes de Irina. Él era un famoso especialista en derechos de autor y ocupaba una posición tan elevada que ella difícilmente habría podido conocerlo. Todo había sido fruto de la casualidad: el director de su bufete se la había llevado con él a unas jornadas en calidad de asistente; después hubo una recepción en la que casi no había mujeres y ella había brillado sobre aquel fondo de esmóquines negros como una blanca paloma entre viejos cuervos. Al cabo de dos meses, cuando ya se había olvidado de aquel viaje a Inglaterra, el bufete recibió una invitación para un coloquio de jóvenes juristas. Durante un buen rato el director no consiguió salir de su asombro, pues no podía sospechar que Harris estuviera interesado en su insignificante asistente. No obstante, dejó que Irina pasara tres días en Europa. Ahora, habían llegado a un punto en el que no podía descartarse el matrimonio... No se trataba de una aventura, sino de un asunto serio.

Cualquier mujer de más de cuarenta años sueña con un Harris. Y en el caso de Irina ese sueño se había hecho realidad.

En definitiva, se había dejado arrastrar a una situación estúpida...

Irina pasó a ver a Nina por la tarde. Pero, una vez más, en el dormitorio trajinaba la curandera, que había decidido acercarse un momento antes de partir. Nina se agitaba a su alrededor. En el taller, como de costumbre, había algunas personas.

Irina tenía hambre y abrió el frigorífico. No había nada apetitoso: un pan negro caro en una bolsa de papel de una tienda rusa y un queso medio seco. Se hizo un emparedado. Se bebió un vaso de la mezcla de Nina; en esa casa, por alguna razón, todos se habían aficionado al «destornillador»; zumo de naranja con vodka... Finalmente apareció Nina.

—¿Para qué necesitas a Gotlieb?

—¿Qué Gotlieb? —dijo Nina, sorprendida.

—Señor, pero si me llamaste en plena noche...

—Ah, se llama Gotlieb. No sabía que se llamaba así... Alik me ha pedido que le traiga a un rabino —dijo ingenuamente Nina.

Irina sintió de pronto un acceso de cólera: ¿por qué se preocupaba de esa idiota...? Pero, como una auténtica profesional, dominó su irritación y le preguntó con amabilidad:

—¿Y para qué necesita un rabino? ¿Estás segura de que no te equivocas?

El rostro de Nina resplandeció.

—¡Olvidaba que no sabes nada! Alik ha aceptado bautizarse.

La paciencia de Irina empezaba a agotarse:

—Nina, si quiere bautizarse lo que necesita es un sacerdote, ¿no?

—¡Así es! —asintió Nina—. Así es, un sacerdote. Ya me he ocupado de eso. Pero Alik ha pedido... Quiere hablar también con un rabino.

—¿Quiere bautizarse? —dijo Irina sorprendida, captando por fin lo esencial.

Nina ocultó su fino rostro tras las manos huesudas, que habían perdido toda su belleza.

—Fima dice que está muy mal. Todo el mundo dice que está muy mal. Y María Ignátievna dice que la última esperanza es que se bautice. No quiero que desaparezca en la nada. Quiero que Dios lo acoja. No te imaginas qué tinieblas hay allí... Es imposible imaginárselo...

Nina tenía algún conocimiento de aquellas tinieblas, pues contaba ya con tres intentos de suicidio: uno en la primera juventud, otro después de que Alik abandonara Rusia y un tercero ya allí, después de que un hijo le naciese muerto.

—Hay que actuar deprisa, muy deprisa —exclamó Nina, vertiendo el resto del zumo de naranja en un vaso—. Irina, por favor, cómprame zumo. Vodka no necesito, porque Slavik me trajo ayer. Tu Gotlieb solo tiene que proporcionarnos un rabino...

Irina cogió su bolso y deslizó la mano en el cofre metálico que había encima del frigorífico: allí se depositaban las facturas. Pero estaba vacío: alguien las había pagado.

5

Irina decía que había montado todos los caballos, incluso uno judío. El caballo judío en cuestión era el enorme Liova Gotlieb, de barba negra, que había conseguido introducir a la rusa Irina en el judaísmo, y no de cualquier manera, sino siguiendo el programa completo, con cirios de sabbat, *mikwe,* el baño de inmersión ritual, y toca, que por lo demás le sentaba muy bien. En esa época, la pequeña Tee-shirt había sido enviada a una escuela religiosa para niñas, de la que guardaba un buen recuerdo.

Irina se había judaizado durante dos años enteros. Había estudiado hebreo. No carecía de capacidades y todo le resultaba fácil. Iba a la sinagoga y disfrutaba de la vida familiar. Una hermosa mañana, al despertarse, había comprendido que se aburría mortalmente. Había reunido las cosas que tenía más a mano y se había marchado enseguida, dejando a Liova una nota de dos palabras, ni una más: «Me marcho». Más tarde, cuando Liova se había encontrado con ella en casa de unos viejos amigos y había tratado de restablecer su relación, ella le había respondido una sola cosa: «Estoy harta, Liova, estoy harta». Había sido su último capricho y quizá su última revuelta emocional: nunca había vuelto a permitirse actos tan extravagantes.

Se trasladó a California. Sus amigos neoyorquinos ignoraban cómo había vivido durante esos años. Algunos pensaban que tenía algunos ahorros; otros sospechaban que la mantenía un amante. Nadie sabía nada con exactitud: durante el día llevaba trajes de lino y seda de estilo inglés, y por la noche, engalanada de plumas y lentejuelas, interpretaba su número de acróbata en un lugar especial para ricos tontos. La

escuela del circo no era cosa de nada o un doctorado en filosofía cualquiera, sino una verdadera profesión. Gracias a aquel oficio, por la noche doblaba las piernas y durante el día se estrujaba los sesos en una escuela de derecho. Finalmente terminó los estudios, tras superar los cursos exigidos y aprender durante esos años a levantarse a las seis y media, a darse una ducha de tres minutos por la mañana en lugar de un baño de cuarenta y a no descolgar el teléfono antes de que su contestador automático le hubiera anunciado quién la llamaba. Poco después había encontrado un puesto de secretaria en un importante bufete.

Vivía en Los Ángeles, casi no mantenía relación con los emigrantes y hablaba con un ligero acento inglés que también había debido aprender. Era incluso muy chic. Quienes entienden de eso saben que es más difícil desembarazarse de un acento que transformarlo. En cuanto a su sencillo apellido ruso, había tenido la previsión de modificarlo al recibir sus primeros documentos americanos.

Había conservado algunas relaciones artísticas de la época en que se dedicaba al *show business,* y había aportado algunos clientes al bufete. No se trataba de celebridades, pero el jefe había apreciado el gesto. Con el tiempo le había dado la oportunidad de llevar los casos ella sola. Había ganado para él algunos procesos sin importancia. Para un joven americano, una carrera semejante podría considerarse simplemente buena. Para una acróbata cuarentona procedente de Rusia, era brillante.

El divorcio también había beneficiado a su exmarido Liova. Se había casado con una auténtica muchacha judía de Moguilev, que no tenía experiencia de acróbata de circo ni de ninguna otra clase. Grande, gruesa, con un trasero prominente, le había dado cinco hijos en siete años, lo que había consolado a Liova definitivamente de la pérdida de Irina. Seguro que su razonable esposa les decía a sus amigas:

—Como sabéis, todos nuestros hombres sienten debilidad por las *shiksas,* las muchachas no judías, pero solo hasta que tienen una auténtica mujer judía.

Esa enorme sabiduría era la cumbre de sus capacidades, pero Liova

no se atrevía a contradecirla.

Irina no tardó en encontrarlo en la guía, y cuando le pidió verlo lo antes posible, él se quedó profundamente turbado. Durante las dos horas que ella necesitó para llegar a su casa del Bronx, él se sintió atormentado por el presentimiento de una gran contrariedad o al menos de las complicaciones que acarrearía su presencia.

Su oficina era bastante mugrienta, pero los asuntos que allí se trataban habían sido ideados antaño por Irina. En su momento, el espíritu práctico de ella unido a un desinterés desdeñoso le habían traído suerte a Liova. Había sido ella quien, en el comienzo de su breve matrimonio, lo había convencido para que invirtiera todo el dinero que poseía, cinco mil dólares ahorrados con esfuerzo, en una empresa arriesgada que más tarde se había revelado brillante: la producción de cosméticos kosher. En esa época Irina se encontraba bajo el influjo de su breve romance con el judaísmo, aunque con una variante muy matizada y reformada, pero no había olvidado las dramáticas relaciones entre la leche y la carne, ni las prohibiciones concernientes a los animales que gruñen.

Los cosméticos de Liova empezaban a encontrar clientes cuando Irina, cubierta de los brillos impuros de un maquillaje de lo más americano, lo había abandonado. Liova, que había entrado en una nueva fase de su vida, no tardó en cambiar de orientación, pasando de ser un reformador a alinearse con los ortodoxos. En esa decisión había razones políticas. Había tenido que renunciar a la producción de toscas pinturas que envilecían los nobles rostros de las mujeres judías, y había vendido esa parte del negocio a un primo suyo, quedándose con la producción de champú y jabón kosher; más tarde, había aprendido a fabricar aspirinas y otros medicamentos kosher. Probablemente había bastantes personas en el mundo que no consideraban esa idea un engaño absoluto.

Liova recibió a Irina en la puerta de su despacho. Los dos habían cambiado mucho, pero esos cambios se debían menos al paso de los años que a sus nuevos estilos de vida. Liova había engordado y su talla parecía haberse reducido a expensas de la anchura de su espalda y de

sus mejillas rollizas, mientras su rostro, que había perdido aquella tonalidad blanca y rosada que recordaba al joven rey David, había adquirido un color tenebroso. Por su parte, Irina, que durante su matrimonio llevaba jerséis escotados en los hombros y largas faldas indias que barrían el suelo, lo sorprendió con su atuendo impecable de revista de moda, la elegancia rigurosa de sus cejas y de su nariz, la firmeza de su mentón y la carnosidad de sus labios.

Una perla, una auténtica perla, pensó Liova, y a continuación expresó su pensamiento en voz alta.

Irina respondió al cumplido con su ligera risa de antaño.

—Me alegro de gustarte, Liovushka. Tú has cambiado mucho, pero no para peor. Pareces un señor sólido y respetable.

—Tengo cinco hijos, Irina, cinco. —Sacó de la mesa un pequeño álbum de fotografías—. ¿Cómo está Maika? —preguntó.

—Bien, ya es una mujercita.

Irina examinó con atención el álbum, sacudió la cabeza y lo dejó sobre la mesa.

—Este es el asunto que me ha traído aquí: un viejo amigo, un judío al que conocí en Moscú, está muy enfermo. Se está muriendo. Quiere hablar con un rabino. ¿Puedes procurarle uno?

—¿Ese es todo el problema?

Liova experimentó un inmenso alivio, pues había sospechado que Irina albergaba alguna pretensión sobre los cinco mil dólares, ya que en aquella época estaban casados... Era un hombre honrado, pero se había cargado con una familia y odiaba los gastos imprevistos.

—Puedo llevarte una docena, si quieres.

Se turbó, porque había dicho una tontería, pero Irina no se dio cuenta o no le prestó atención.

—Pero hay que hacerlo lo antes posible, porque está muy grave —comentó ella.

Liova prometió telefonear esa misma tarde.

Y, en efecto, llamó esa misma tarde y le dijo que podía llevar a un rabino notable, un israelita que en aquellos momentos daba un curso de lecturas eruditas en la Universidad de Nueva York. Ya había convenido

con él que lo llevaría a visitar al enfermo en cuanto terminara el sabbat.

Pero sucedió algo muy curioso: Irina, que tenía una excelente memoria, olvidó por completo que el sabbat judío termina el sábado por la tarde, y anunció a Nina que el rabino iría el domingo por la mañana.

El sacerdote, el padre Víktor, había prometido pasar el sábado después de las vísperas. Nina concedía una gran importancia al hecho de que el sacerdote fuera el primero en hacer acto de presencia.

6

Fima llegó a casa de Berman muy tarde, sin avisar, pues entre ellos sobraban las ceremonias. Estaban unidos por vínculos antiguos, en parte familiares. Su parentesco era lejano y difícil de determinar, por parte de sus abuelos, pero en realidad eso tenía poca importancia. Lo esencial era otra cosa: ambos eran médicos, en el sentido en que se nace rubio, cantante o cobarde, es decir, por deseo expreso de la naturaleza. Tenían un sentido especial del cuerpo humano, un oído capaz de percibir el movimiento de la sangre y una estructura mental particular. Una «estructura sistémica», como la definía Berman. Ambos percibían qué rasgos del carácter asociados con un tipo determinado de metabolismo implicaban hipertensión, dónde podía esperarse que apareciesen úlceras, asma o cáncer... Antes de iniciar un examen médico, advertían que la piel estaba seca, el blanco del ojo turbio, las comisuras de los labios llenas de puntos inflamados...

No obstante, en los últimos años no habían examinado a mucha gente, excepto a los conocidos que se lo pedían.

A diferencia de Fima, Berman, una vez en América, había superado todos los exámenes en dos meses, había convalidado su diploma ruso y al mismo tiempo había establecido un récord local: nadie había conseguido nunca aprobar tan deprisa todos los cursos de medicina. Había encontrado trabajo enseguida en uno de los hospitales de la ciudad. Allí se había familiarizado con la medicina americana, consagrándole setenta horas a la semana, y le había parecido tan poco satisfactoria como la rusa, aunque por distintas razones. Había encontrado una especialidad en la que podía mantenerse alejado de los

médicos americanos, a los que apenas respetaba. Era una especialidad nueva, que apenas estaba empezando.

En Rusia no se verá nada parecido en veinte años o puede que nunca, pensaba con amargura.

Esa especialidad se llamaba medicina nuclear. Era un método de diagnóstico que combinaba la introducción de radioisótopos en el organismo con un examen posterior por ordenador.

Como decía el propio Berman, había empleado lo que le quedaba de cerebro en asimilar el funcionamiento de aquel ordenador supermoderno, lo que le quedaba de energía en procurarse dinero para comprarlo y abrir su propio laboratorio de diagnósticos, y se disponía a dedicar lo que le quedaba de vida a pagar las deudas gigantescas derivadas de todos aquellos esfuerzos...

No obstante, su proyecto marchaba bien, se desarrollaba y tomaba forma, pero de momento todos los beneficios servían para reembolsar los créditos y pagar los intereses, que en ese país crecían deprisa y de forma imperceptible, como el moho en una pared húmeda.

Berman tenía más de cuatrocientos mil dólares de deuda, y Fima cuatrocientos, de modo que, según la lógica americana, los asuntos del primero iban viento en popa, mientras el segundo se encontraba en una situación de lo más lamentable. Vivían en apartamentos igualmente sórdidos y comían los mismos alimentos baratos. La única diferencia era que Berman se había comprado tres adecuados trajes de «doctor», mientras Fima se contentaba con un atuendo de pordiosero.

—Vivimos como vive toda América —se reía Berman, dándole a Fima unas palmadas de familiaridad en el hombro.

Ambos comprendían perfectamente que si le habían concedido a Berman aquellos créditos solo por su cabeza, su educación y su aventurado proyecto, eso quería decir que lo valía. Por tanto, podía haberse trasladado ese mismo día a un buen barrio del East Side si no hubiera sido tan avaro y precavido.

A Fima le rechinaban los dientes. No era envidia lo que sentía, sino algo doloroso que le oprimía el corazón. Había que hacerle justicia a Berman: cuando había abierto su laboratorio le había propuesto a Fima

una plaza de técnico, pero para ello debía hacer unos cursos especializados, y Fima seguía manoseando sus manuales de inglés y diciéndose a sí mismo que el año siguiente se iba a poner manos a la obra para superar por fin aquellos malditos exámenes... En una palabra, había declinado la oferta de Berman. Aceptarla habría significado una capitulación total y definitiva.

Antaño, en Rusia, habían estado en una posición igualada: ambos eran jóvenes médicos con talento, conscientes de su valía. Aquí, gracias a su capacidad —que no tenía nada que ver con su oficio— para chapurrear esa maldita lengua, Berman había llegado tan lejos que Fima nunca podría alcanzarlo. Pero en el presente caso, con Alik, volvían a encontrarse en una posición de igualdad: dos médicos frente a un mismo enfermo.

El encuentro de ese día era una consulta médica propiamente dicha. Fima era el primer médico al que había recurrido Alik cuando su brazo derecho empezó a fallarle. Eso había sucedido un año y medio antes.

«No es nada, agotamiento profesional, quizá una tendinitis», había sido el primer diagnóstico de Fima, aunque muy pronto había cambiado de opinión. El brazo izquierdo también empezó a mostrar signos de debilidad. Si el proceso no hubiera sido tan rápido, habría podido hablarse de esclerosis múltiple. Era necesario un examen en profundidad.

Fue Berman quien se encargó del primer análisis. Lo hizo gratis, naturalmente; incluso pagó los isótopos de su bolsillo. El ordenador no mostró nada.

—Estos aparatos americanos —dijo Berman con una sonrisa— no quieren trabajar gratis. Ahora que todavía tienes buen aspecto, viejo, contrata una póliza de seguro. Entrará en vigor dentro de seis meses, pero te garantizo que estas cosas no desaparecen así como así —declaró Berman a modo de conclusión.

Pero Alik no tenía dinero para pagar una póliza de seguros; además, nunca pensaba en lo que pasaría al cabo de seis meses. Por esa razón, y también por su aversión a las colas, a los funcionarios y al papeleo, herencia de la época soviética, nunca había recibido subsidios

americanos. Había entre los emigrantes no pocas personas que rivalizaban en astucia a la hora de obtener todo tipo de ventajas y ayudas, desde bonos de alimentación hasta alojamientos gratuitos, pero Alik había encontrado la manera de vivir durante casi dos décadas como un pájaro ocioso, trabajando sin esfuerzo y a su ritmo; muchos tenían la impresión de que se sustentaba del aire y vivía a la buena de Dios. Esa circunstancia despertaba especial irritación no en los trabajadores honrados, sino precisamente en los que no hacían nada por principio y en los tramposos inveterados.

En definitiva, nunca había contratado una póliza de seguros, de la misma manera que nunca había tenido un empleo estable, y no había que contar con ello: ahora más que nunca se sentía incapaz de hacer una cola de varios días en pasillos sin fin para obtener los papeles necesarios.

Por suerte, en el sistema médico americano, informatizado y cuidadosamente elaborado, había algunos intersticios por los que era posible colarse. Los primeros análisis se hicieron con documentos falsos. La sangre callaba.

La primera hospitalización fue organizada en la calle: llamaron al servicio de urgencias y montaron una pequeña escena. El dueño del café de enfrente pidió una ambulancia diciendo que un hombre había caído sin conocimiento en la entrada de su negocio. El hombre en cuestión, tendido sobre tres sillas juntas, con una coleta pelirroja colgando, había esperado la ambulancia durante cinco minutos sin dejar de dirigirle guiños al dueño del café, amigo suyo. Se lo habían llevado, le habían hecho un examen y le habían concedido una tarjeta médica durante el tiempo de su estancia en el hospital.

Fue atendido por neurólogos, se le hicieron pruebas y se le administraron los medicamentos apropiados. Todo era bastante deprimente y Alik se marchó del hospital. Fima le hizo una escena: era un buen hospital, le estaban tratando los síntomas, pero no se podía hacer otra cosa, ya que no se había establecido un diagnóstico. Fima insistió para que volviera a hospitalizarse, pero el único medio de volver a entrar allí era preparar un «plan». Así las cosas, le provocó una

pequeña fístula en la clavícula, que Alik presentó como una complicación debida a cuidados negligentes. Aunque el hospital municipal no era un establecimiento privado, no le gustaban las demandas y Alik fue ingresado de nuevo...

A partir de entonces las cosas habían funcionado. Alik se quedó en el hospital y después fue dado de alta. No estaba claro si el tratamiento surtía efecto, pero ¿quién podía saber lo que hubiera pasado sin él? El brazo derecho colgaba ya a un lado del cuerpo y con el izquierdo apenas podía llevarse una cucharilla a la boca. Su manera de andar había cambiado. Se cansaba. Tropezaba. Luego se cayó por primera vez. Y todo eso sucedía a una velocidad terrible. En la primavera del año siguiente apenas podía moverse.

Su segunda hospitalización había sido un asunto mucho más complicado. Llevaron a Alik al laboratorio de Berman y este había llamado al servicio de urgencias diciendo que había una persona muy enferma en su consulta. El servicio de urgencias había exigido un documento escrito que asegurara que el paciente no moriría por el camino. Berman, que estaba al tanto de todos los subterfugios burocráticos del país, ya tenía preparada la carta. Acompañó a Alik y, por suerte, resultó que conocía al personaje principal, la enfermera, una vieja irlandesa ceñuda y brusca, todo un ángel, que le había enviado al hospital chino, considerado el mejor de todos los estatales. Había sido todo un éxito, y durante la primera semana Alik había recuperado sus fuerzas; además del tratamiento ordinario, recibía acupuntura y cauterizaciones, y durante un tiempo tuvo la impresión de que recuperaba parte de la sensibilidad en los brazos.

Ahora Fima y Berman estaban sentados en una cocina sórdida, en medio de tazas sucias y lozanas cucarachas. Habían dejado ya de barajar hipótesis: esclerosis lateral amiotrófica, una afección viral del tejido nervioso, un tumor canceroso oculto...

Berman era un hombre bastante atractivo, aunque tenía algo de gran primate: robustos hombros caídos, cuello corto y rígido, brazos largos y una boca que se extendía, firme, sobre sus grandes dientes. Fima, de cuerpo nudoso y rostro agrietado, le dirigía a Berman una mirada de

esperanza con sus ojos claros y luminosos...

—Nada, Fima. En estos casos no se puede hacer nada. Un balón de oxígeno.

—La asfixia puede tener un desarrollo muy lento. Es muy angustioso —comentó Fima, frunciendo el ceño.

—Dale morfina o lo que tengas a mano...

—De acuerdo, entiendo —gruñó Fima.

De todos modos, había esperado que Berman, tan inteligente, supiera algo que él hubiera olvidado. Pero esa clase de conocimiento no existía.

7

El padre Víktor llegó a eso de las nueve. Llevaba unas sandalias en los pies desnudos y vestía una camisa de lona metida por dentro de unos pantalones cortos de color claro. En la mano llevaba un maletín y una bolsa de plástico llena hasta los topes. Al entrar se quitó la gorra de béisbol adornada con dos letras verdes poco comprometedoras, una N y una Y, y la sostuvo con el codo doblado. Saludó con una sonrisa que dibujó unas cuantas arrugas en su nariz chata.

Como era sábado, había mucha gente: Valentina, Gioia, con un ejemplar gris de Dostoievski bajo el brazo, Irina, Tee-shirt, Faika, Libin y su amiga, es decir, todos los visitantes habituales; además estaban presentes las hermanas Beguinski, que habían venido de Washington, el pintor americano Rudy, un amigo de Alik con el que había organizado alguna exposición conjunta, una mujer de Moscú a la que nadie conocía y que se había presentado de forma tan incomprensible que nadie recordaba su nombre, Shmul, de Odessa, y Kipling, un perro que una vieja conocida había dejado allí por unos días.

Habían sacado a Alik del dormitorio y lo habían acomodado en un sillón, poniéndole cojines por todas partes. Era su lugar habitual; todos deambulaban lentamente por el apartamento, tomando una copa y conversando en voz alta. Sobre la mesa había unos obsequios ocasionales: un enorme pastel de nueces y un helado a punto de derretirse. La escena era más propia de una inauguración que del aposento de un moribundo.

Durante un momento, el padre Víktor pareció confuso. Pero Nina lo cogió enseguida por el codo prominente, que seguía apretando la gorra,

y le hizo tomar asiento cerca de la mesa.

—Corazón, aspiras al reposo... —cantaba Shmul con voz suave, amortiguando en parte las flautas y los tambores paraguayos, que resonaban incansables en la calle, bajo las ventanas.

Faika apretaba una muñeca larga y blanda que representaba a Alik. Aquella muñeca profética se la había regalado por su cumpleaños su amiga Anka Kron, que en la actualidad vivía en el Estado de Israel. Alik daba la réplica en lugar de la muñeca:

—¡Oh, no me aprietes tan fuerte! Faika, dime con toda franqueza, como si estuvieras delante de Dios, ¿has comido ajo?

El sacerdote sonrió, cogió la muñeca de manos de Faika, apretó su mano rosada y dijo:

—Encantado de conocerle.

Todos se rieron, y él lanzó la muñeca sobre las rodillas de Faika.

Nina hizo un gesto con la cabeza y Shmul se calló inmediatamente, mientras Libin cogía sin esfuerzo a Alik y lo llevaba al dormitorio como si fuera un niño.

La mujer llegada de Moscú hizo un gesto de dolor: daba pena verlo. En general, mientras Alik permanecía tumbado o sentado, todo parecía bastante normal: un hombre enfermo rodeado de amigos; pero el paso de una posición a otra recordaba de pronto que algo terrible estaba sucediendo. Unos ojos vivaces y lúcidos y un cuerpo muerto... Y pensar que a principios de la primavera todavía podía trasladarse por su propio pie del dormitorio al taller...

Una vez que acomodaron a Alik en el dormitorio, el padre Víktor se dirigió allí. Nina, que se había quedado un momento junto a la puerta, salió de la habitación y se sentó en el suelo, apoyando la espalda en la puerta. Tenía un aspecto ensimismado, ausente. Estaba medio borracha, pero se dominaba...

Qué situación más absurda y estúpida, pensaba Alik. Parece un hombre simpático. No tenía que haber cedido.

El padre Víktor se sentó en un banco junto a la cama, muy cerca de Alik.

—Tengo algunas dificultades profesionales —dijo de buenas a

primeras—. Mire, la mayor parte de la gente con la que trato, mis feligreses, están plenamente convencidos de que puedo resolverles todos los problemas, y que si no lo hago es solo por consideraciones pedagógicas. Pero la realidad es muy diferente.

Sonrió mostrando sus escasos dientes, y Alik comprendió que incluso el sacerdote se daba cuenta de lo absurdo de aquella estúpida situación y experimentó cierto alivio.

Su enfermedad no le causaba ningún dolor. Padecía una sensación creciente de ahogo y una insoportable impresión de disolución. Con el peso de su cuerpo y la carne viva de sus músculos se marchaba también la realidad de la vida; por eso le resultaban tan agradables esas mujeres semidesnudas que se arremolinaban a su alrededor de la mañana a la noche. Hacía mucho tiempo que no veía personas nuevas, y ese rostro novedoso, con una mejilla mal afeitada en un lado —tenía una pequeña perilla, a la manera occidental— y sus ojos con pintas verdes y marrones, se grabó en su interior con gran detalle y precisión fotográfica.

—Nina tenía mucho interés en que hablara con usted —continuó el sacerdote—. Cree que puedo bautizarlo, es decir, convencerle para que se bautice. Y no puedo desatender su súplica.

La música paraguaya, bajo la ventana, atronaba, chisporroteaba, rendía el último suspiro y volvía a la carga de nuevo. Alik frunció el ceño.

—Pero yo no soy creyente, padre Víktor —dijo Alik con tristeza.

—Pero ¡qué dice usted! ¡Qué dice! —exclamó el sacerdote con un gesto de la mano—. Los no creyentes no existen prácticamente. Es una especie de estereotipo psicológico que probablemente ha traído usted de Rusia. Le aseguro que los no creyentes no existen. Sobre todo entre los creadores. El contenido de la fe es variado, y cuanto más elevado es el intelecto, más compleja es la forma de la fe. Además, existe una especie de pudor intelectual que no permite las discusiones directas, las declaraciones sumarias. Siempre se tienen a mano los modelos más vulgares de una religiosidad primitiva. Es difícil soportar...

—Entiendo perfectamente lo que quiere usted decirme; tengo el

ejemplo de mi mujer —le interrumpió Alik.

Le gustaba aquel pope, con su honrada seriedad.

No es nada tonto, pensó Alik con sorpresa.

Hacía tiempo que las exclamaciones extasiadas de Nina sobre aquel sacerdote santo y sabio le ponían nervioso, pero en ese momento esa irritación había desaparecido.

—En Nina —dijo el padre Víktor agitando la mano en dirección a la puerta—, como en la mayoría de las mujeres, todo pasa por el corazón, no por la cabeza. Es decir, por el amor. Son criaturas maravillosas, admirables, maravillosas...

—Usted es un mujeriego, padre Víktor, igual que yo —le soltó Alik, pero el otro hizo como si no comprendiera.

—Sí, soy un mujeriego impenitente. Me gustan casi todas las mujeres —reconoció el sacerdote—. Mi esposa me decía todo el tiempo que, de no ser por mi condición, habría sido un donjuán.

¡Qué inocentón!, pensó Alik.

Pero el sacerdote siguió desarrollando el tema:

—Son sorprendentes. Están dispuestas a sacrificarlo todo por amor. Y, con frecuencia, la razón de su vida es el amor a un hombre, sí... Es un sustituto. Pero en ocasiones, muy rara vez, he encontrado algunos casos extraordinariamente sublimes: su amor posesivo, ávido, se transforma y, a través de lo cotidiano y lo mezquino, llegan al Amor Divino... No dejo de maravillarme. Creo que su Nina es de esa raza. En cuanto he entrado aquí, he reparado en las numerosas mujeres hermosas que le rodean, en sus rostros maravillosos... Sus amigas no le abandonan... Basta con observarlas un poco para darse cuenta de que todas son portadoras de paz...

No era viejo, tendría unos cincuenta años, pero hablaba con una exaltación anticuada.

Sin duda es de la primera oleada de emigración, antes de la guerra, adivinó Alik.

Los movimientos del sacerdote eran algo confusos e imprecisos. A Alik también le gustaba ese detalle.

—Es una pena que no nos hayamos conocido antes —dijo Alik.

—Sí, hace calor —respondió el sacerdote, que no había oído bien, sin abandonar el tema de las mujeres, que tanto le inspiraba—. Sabe, podría escribirse una tesis doctoral sobre la diferencia de calidad entre la fe de los hombres y la de las mujeres...

—Seguro que alguna feminista ya lo ha hecho... Por favor, padre Víktor, dígale a Nina que nos traiga dos margaritas. ¿Le gusta el tequila? —preguntó Alik.

—Sí, supongo —respondió el sacerdote con indecisión.

Se puso en pie y entreabrió la puerta. Nina seguía sentada detrás, con una ardiente pregunta en los ojos.

—Alik pide un margarita —le dijo a Nina, que en un principio no comprendió—. Dos margaritas.

Al cabo de unos minutos, Nina llevó dos copas panzudas y salió dirigiéndoles una mirada de perplejidad por encima del hombro.

—Entonces ¿bebemos a la salud de las mujeres? —propuso Alik, con su habitual tono cáustico y campechano.

—Sí, con mucho gusto.

El padre Víktor introdujo con torpeza la pajita en la boca de Alik.

Había visto muchas cosas en la vida, pero nunca le había sucedido nada semejante. Había confesado a moribundos, les había dado la comunión, los había bautizado, pero nunca les había dado a beber tequila.

El padre Víktor dejó su copa en el suelo y siguió hablando:

—La fe de los hombres es una batalla. ¿Recuerda el combate nocturno entre el ángel y Jacob? Una guerra por uno mismo, un peldaño hacia el nivel siguiente. En ese sentido soy evolucionista. La salvación es una idea demasiado utilitaria, ¿no le parece?

Alik tenía la impresión de que el sacerdote estaba algo achispado. No podía ver que ni siquiera había tocado la copa. Pero Alik sentía calor en el vientre, y era muy agradable: en general, las sensaciones se hacían cada vez más raras.

—Creo que san Serafín de Sarov llamaba precisamente a esa batalla «la conquista del Espíritu Santo». Sí...

Se quedó en silencio y se sumió en tristes pensamientos. Sabía

perfectamente que carecía de la vocación espiritual de su padre...

La música paraguaya, hastiada de sí misma, había cesado. Por la ventana entraba ahora un rumor agradable, humano.

Qué débil me he vuelto, pensó Alik.

En cierta manera, aquel hombre sencillo y valiente le había conmovido. No acababa de entender por qué daba la impresión de ser un hombre valiente... Tal vez porque no le daba miedo parecer ridículo...

—Nina tiene mucho interés en que me bautice. Llora. Concede a ese hecho una gran importancia. Para mí no es más que una formalidad vacía.

—Pero ¡qué dice usted! En mi opinión, sus motivos son muy convincentes. Aunque para mí las cosas son sencillas. —Separó los brazos con aire confuso, como si se sintiera incómodo con sus privilegios—. Sé perfectamente que entre nosotros hay un tercero.

Pareció aún más confundido y se removió en su banco.

Una tristeza mortal se apoderó de Alik. No sentía la presencia de ningún tercero. Además, ese tercero le parecía un personaje de historieta. De pronto le causó una honda amargura el hecho de que la tontuela de Nina lo sintiera, que ese sencillo pope lo sintiera, mientras él, Alik, no lo sentía. Percibía su ausencia con tanta intensidad como probablemente se sintiera su presencia...

—En cualquier caso, estoy dispuesto a hacerlo por ella.

Alik cerró los ojos, presa de un cansancio mortal.

El padre Víktor secó el pie húmedo de la copa con su pantalón y la puso sobre la mesilla.

—La verdad es que no sé qué hacer. No puedo negárselo, pues está usted gravemente enfermo. Pero hay algo que no está bien. Déjeme pensar... Vamos a rezar juntos. Como podamos.

Abrió su maletín, sacó sus ropas sacerdotales, se puso por encima de su atuendo civil una sotana y una estola, y anudó lentamente los puños. Tras besarla, se pasó por el cuello una pesada cruz de sacerdote, bendición de su difunto padre.

Alik yacía con los ojos cerrados y no vio cómo se había transformado

el padre Víktor con aquel cambio de ropas, cómo había adquirido una nueva dignidad y había envejecido. El sacerdote se volvió hacia una pequeña Virgen de Vladímir colgada en la pared, una reproducción mala y descolorida, inclinó su frente abombada, afectada por una incipiente calvicie, y gimió para sí mismo: «Señor, ayúdame».

En esos momentos siempre volvía a verse de niño, en el campo de fútbol que había detrás del orfelinato para niños rusos próximo a París que sus abuelos dirigían durante la guerra, y donde había pasado toda su infancia. Era como si se encontrara de nuevo en aquel campo de fútbol, en la portería de redes agujereadas a la que lo habían relegado, pues era el más pequeño y en el equipo no había un portero de verdad, y allí estaba él, petrificado, esperando la enorme vergüenza, pues sabía de antemano que no podría parar un solo balón.

8

El enorme Liova Gotlieb, con su barba bituminosa, hizo salir respetuosamente del ascensor a un hombre delgado y apuesto, también alto y barbudo, semejante al reflejo de Liova en un espejo deformante: era idéntico en todo, pero cuatro veces más delgado... Irina estuvo a punto de atragantarse de risa, pero enseguida se dominó. Liova la distinguió enseguida entre la multitud y se abalanzó hacia ella, exclamando con una entonación conyugal:

—Te dije que te llamaría después del final del sabbat, pero tienes puesto el contestador. Menos mal que había apuntado la dirección...

Irina se dio una palmada en la frente.

—¡Ay de mí! Había olvidado que era por la tarde. ¡Pensaba que vendrías mañana por la mañana!

Liova se limitó a agitar los brazos, pero pronto se acordó del rabino, que estaba a su lado y mostraba una expresión severa y a la vez intrigada. No sabía ni una palabra de ruso.

Tee-shirt se encontraba cerca de la mesa, tenía en la mano un plato de papel con un enorme pedazo de pastel y miraba fijamente a Gotlieb. Liova se abalanzó sobre ella como un jabalí y la cogió por la cabeza:

—¡Oh, pequeña! ¡Mi pequeña!

Besó en la coronilla a aquella niña que ya se había hecho mayor y que había vivido tanto tiempo en su casa, a la que había sentado en el orinal, había llevado al jardín de infancia y había llamado «mi niña».

Qué descaro, pero... será desvergonzado, pensó Tee-shirt, manteniendo erguida la cabeza entre las manos de piedra de él. Cuánto lo eché de menos en aquella época; ahora, en cambio, solo siento

indiferencia. ¡Son todos unos canallas y unos tarados, del primero al último!

Liberó un poco su orgullosa cabeza y Liova aflojó suavemente la fuerza de sus dedos.

El rabino estaba perfecto con su ajado traje negro, de corte eternamente anticuado y su sombrero de seda de vodevil, que parecía destinado a que cualquier recién llegado se sentase encima. Bajo los bordes deformados colgaban de las sienes mechones sueltos, que se ahuecaban con satisfacción y se negaban a rizarse.

Sonrió desde dentro de su barba negra y blanca de carnaval y exclamó:

—*Good evening.*

—Rabino Menashe —dijo Liova a modo de presentación—. De Israel.

En ese preciso instante se abrió la puerta del dormitorio y el padre Víktor, sudoroso y colorado, con los ojos encendidos y centelleantes, avanzó hacia los visitantes vestido con su sotana. Nina se precipitó hacia él:

—¿Y bien?

—Esto no depende de mí, Nina. Volveré... Esto es lo que vamos a hacer: léale el Evangelio.

—Pero ya lo ha leído, ya lo ha leído. Pensaba que lo haría hoy mismo —dijo Nina con amargura. Estaba acostumbrada a que todos sus deseos se cumplieran de inmediato.

—Por ahora pide que le lleven otro margarita —dijo el padre Víktor, sonriendo con aire confuso.

Cuando vio al sacerdote, Liova apretó con fuerza el brazo de Irina por encima de la muñeca.

—¿Qué significa esto? ¿Es otra de tus bromas?

Irina reconoció su furiosa mirada y sintió cómo se encendía su deseo un instante antes de que lo hiciera el propio Liova. Recordaba perfectamente que el amor con él resultaba mejor cuando lo acaloraba primero con una pequeña disputa o una ofensa.

—No se trata de ninguna broma, Liova.

Lo miró a los ojos con aire sereno, conteniendo una sonrisa y el deseo

gamberro de poner en ese mismo momento la mano sobre su bragueta.

Odiándose por ese deseo vergonzoso y con el rostro cubierto de rubor, Liova se apartó de ella y exclamó, cada vez más irritado:

—¡Cuántas veces me he dicho que no tenía que volver a tratar nunca contigo! ¡Siempre es el mismo circo! —silbaba a través de su barba, que temblaba de ira.

Era mentira. La verdad era que su marcha lo había mortificado terriblemente y que estaba hasta la coronilla de sus deberes conyugales con una esposa eternamente fatigada, a la que trataba en vano de extraer la música de Irina, que en ella no resonaba nunca, por mucho que la zarandeara.

—No es una mujer, sino una urticaria —refunfuñaba Liova.

El rabino Menashe miraba a Liova con aire interrogador. No sabía ruso y no conocía la emigración rusa, aunque en esos momentos Israel estaba lleno de judíos procedentes de Rusia, pero no en Safed, donde él vivía. Allí casi no se habían establecido inmigrantes.

Era un *sabra* y su lengua materna era el hebreo. Leía el arameo, el árabe y el español, estudiaba la cultura judeo-islámica de la época del califato. Hablaba correctamente inglés, pero con fuerte acento. Ahora prestaba atención a esos sonidos suaves y le parecían extraordinariamente agradables.

La valiente Nina se situó frente a los dos barbudos, cogió al rabino por ambas manos y, sacudiendo sus luminosos cabellos, le dijo en ruso:

—Gracias por venir. Mi marido estaba deseando hablar con usted.

Liova tradujo esas palabras al hebreo. El rabino asintió con la barba y respondió a Liova, señalando con los ojos al padre Víktor, que se quitaba la sotana:

—Me sorprende lo rápidos que son los sacerdotes en América. Apenas ha tenido tiempo un judío de pedir un rabino, cuando ya hay uno allí.

El padre Víktor sonrió de lejos a aquel colega de una religión hostil: su benevolencia era poco escrupulosa y carecía por completo de principios. Además, en su juventud había pasado más de un año en Palestina y comprendía la lengua lo suficiente como para ofrecer una réplica adecuada:

—A mí también me han llamado.

El rabino Menashe no movió ni una ceja: no comprendió o no oyó bien.

Entretanto, Valentina había puesto en manos del padre Víktor una copa con un turbio líquido amarillento que él probó con precaución.

Por lo general, el rabino Menashe apartaba la vista de los brazos y las piernas desnudos de hombres y mujeres, como hacía en Safed cuando los risueños turistas extranjeros bajaban de los autocares y se desperdigaban por las piedras de su ciudad sagrada, donde anidaba el espíritu superior de los místicos y los cabalistas. Veinte años antes había renunciado a todo aquello, y nunca se había arrepentido. Su mujer, Gueula, que estaba embarazada de su décimo hijo, no se desnudaba nunca ante él con tanta impudicia como mostraban todas las mujeres que había allí presentes.

—*Baruj ata Adonai*... —murmuró, entonando maquinalmente para sí una bendición cuyo sentido era expresar su gratitud al Todopoderoso por haberle creado judío.

—Tal vez quiera usted comer algo primero —le propuso Nina.

Liova hizo un gesto con la mano que significaba al mismo tiempo miedo, agradecimiento y rechazo.

Alik yacía con los ojos cerrados. Sobre un fondo de un negro mate, en el reverso de sus párpados se sucedían hilos luminosos verdes y amarillos que formaban motivos ornamentales rítmicos, dotados de movimiento y de sentido, pero Alik, que en el pasado había estudiado atentamente el antiguo alfabeto de las alfombras, no conseguía captar los elementos fundamentales a partir de los cuales se formaban aquellos cambiantes arabescos.

—Alik, han venido a verte.

Nina le enderezó la cabeza, le pasó una toalla húmeda por el cuello, le secó el pecho. Luego, levantando la sábana anaranjada, la agitó por encima de su cuerpo desnudo y plano, y el rabino Menashe volvió a sorprenderse de la impudicia general que reinaba en América.

Parecía como si no comprendieran lo que significaba la desnudez. Llevado por la costumbre, dirigió su pensamiento sobre la primera

fuente en la que se mencionaba esa palabra.

«Los dos estaban desnudos y no sentían vergüenza.» Segundo capítulo del Génesis. ¿Dónde se encontraban esos niños? ¿Por qué no sentían vergüenza? No tenían un aspecto depravado. Parecían más bien inocentes... O no sabemos leer el Libro... O el Libro ha sido escrito para otras personas, capaces de leerlo de otra manera.

Nina levantó las rodillas de Alik y las juntó, pero sus piernas se desplomaban torpemente.

—Déjalo, déjalo —dijo Alik con los ojos cerrados, examinando la última espira ornamental.

Nina le puso un cojín debajo de las rodillas.

—Gracias, Ninochka, gracias —respondió él, abriendo los ojos.

Un hombre alto y delgado, vestido de negro, se alzaba delante de él, con aire expectante y la cabeza inclinada, de modo que el ala de su sombrero negro y brillante casi tocaba el hombro izquierdo.

—*Do you speak English, don't you?*

—*I do* —dijo Alik con una sonrisa, y le guiñó un ojo a Nina.

Ella salió y Liova la siguió.

El rabino se sentó en el banco, que aún conservaba el calor del trasero del sacerdote, y depositó con cierta vacilación su polvoriento sombrero en el borde de la cama. Su cuerpo estaba como doblado en dos y su barba reposaba sobre sus puntiagudas rodillas. Sus enormes pies, calzados con unos zapatos gastados sin cordones, cerrados con elásticos, se tocaban en la punta. Su aspecto era serio y concentrado; la melena flexible de cabellos negros y entrecanos estaba cubierta, a la altura de la coronilla, por una pequeña kipá negra sujeta por un alfiler invisible.

—El caso, rabino, es que me estoy muriendo —dijo Alik.

El rabino tosió y movió sus largos dedos cruzados. No sentía un interés especial por la muerte.

—Mi mujer es cristiana y quiere que me bautice. Que me convierta al cristianismo —aclaró Alik y guardó silencio. Cada vez le costaba más trabajo hablar. Y, en general, toda aquella chifladura ya no le divertía.

El rabino también callaba, sin dejar de acariciarse los dedos, y al

cabo de un rato preguntó:

—¿Y cómo se le ha ocurrido esa tontería? —No empleaba de forma totalmente correcta la palabra «tontería», pero precisó su pensamiento añadiendo—: Es absurdo.

—Es absurdo para los gentiles. Pero para los judíos, ¿no es una tentación?

Alik no había perdido la finura y la rapidez de sus reacciones, a pesar del torpe entumecimiento que casi había dejado de sentir en el cuerpo, pero que los últimos días percibía en el rostro.

—¿Por qué piensa usted que un rabino debe conocer los textos de su apóstol? —dijo Menashe, y sus ojos claros y alegres brillaron.

—¿Acaso puede haber algo que un rabino no conozca? —respondió Alik.

Y empezaron a intercambiar preguntas sin recibir respuestas, como en un cuento judío, pero se comprendían bastante mejor de lo que hubiera podido esperarse. No tenían nada en común, ni en educación ni en experiencia vital. Comían alimentos diferentes, hablaban lenguas diferentes, leían libros diferentes. Los dos eran hombres cultivados, pero las esferas de sus conocimientos casi no se tocaban. Alik no sabía nada de la *kalama*, la teología especulativa musulmana que el rabino Menashe estudiaba escrupulosamente desde hacía veinte años, ni de Saadia Gaon, cuyas obras había comentado sin descanso durante todos esos años; y el rabino Menashe jamás había oído hablar de Malévich ni de De Chirico...

—¿No tiene usted a nadie a quien pedir consejo aparte de a un rabino? —preguntó el rabino Menashe con una modestia llena de orgullo y de malicia.

—¿Y por qué un judío no puede pedir consejo precisamente a un rabino antes de morir?

En esa conversación jocosa todo era más profundo de lo que parecía; ambos lo entendían así, y al plantear sus preguntas estúpidas se iban aproximando cautelosamente a ese algo esencial que se produce en las relaciones humanas, a ese contacto que deja una huella indeleble.

—Mi mujer me da pena. Llora. ¿Qué debo hacer, rabino? —suspiró

Alik.

El rabino borró su sonrisa: había llegado su momento.

—¡Alik! —exclamó, frotándose el entrecejo y moviendo sus enormes zapatos—. ¡Alik! Vivo en Israel y no viajo casi nunca. Es la primera vez que vengo a América. Llevo aquí tres meses. Estoy estupefacto. Estudio filosofía. Filosofía hebrea, y eso es algo absolutamente particular. Para un judío el fundamento de todo está en la Torá. Si no estudia la Torá, no es judío. Desde la antigüedad existe entre nosotros la expresión «niños cautivos». Si los niños judíos sufren cautiverio y están privados de la Torá, del modo de vida judío, de su educación y su cultura, no son responsables de esa desgracia. Incluso pueden no ser conscientes de ello. Pero el mundo judío está obligado a hacerse cargo de esos huérfanos, aunque tengan una edad avanzada.

»Aquí, en América, he visto todo un mundo formado por "niños cautivos". Millones de judíos en cautividad en tierras de paganos. La historia de los judíos jamás había conocido tiempos semejantes. Siempre han existido renegados, personas bautizadas a la fuerza; y no solo ha habido "niños cautivos" en tiempos de Babilonia. Pero ahora, en el siglo XX, los "niños cautivos" se han vuelto más numerosos que los verdaderos judíos. Es un proceso. Y si se trata de un proceso, hay que ver en él la voluntad del Altísimo... No dejo de pensar en esta cuestión. Y seguiré pensando en ella durante mucho tiempo.

»¡Y me habla usted de bautizarse! Es decir, pasar de la categoría de "niño cautivo" a la de renegado. Por otro lado, no se le puede calificar de renegado, puesto que en realidad nunca ha sido usted un judío. Yo diría que el segundo estado es peor que el primero... Pero desde otro punto de vista le diré que, en el fondo, yo nunca he tenido elección...

Qué interesante, este tampoco ha tenido elección... ¿Por qué demonios he tenido yo la posibilidad de elegir?, pensó Alik.

—He nacido judío. —Menashe sacudió sus espesas patillas—. Lo he sido desde el principio y lo seré hasta el final. No me resulta difícil. Usted tiene la posibilidad de elegir. Usted puede no ser nadie, que es lo que en mi opinión significa ser pagano, o puede hacerse judío, para lo que tiene una excelente razón: su sangre. También puede hacerse

cristiano, que a mi parecer es como coger las migajas que han caído de la mesa de los judíos. Ni siquiera voy a entrar a discutir si esas migajas son buenas o malas, solo le diré que el condimento que les ha dado la historia es bastante dudoso... Pero si hablamos con toda franqueza, la idea cristiana del sacrificio de Cristo, considerado como la hipóstasis del Altísimo, ¿no es la victoria más grande de los paganos?

Se mordió el labio rojo, miró con atención una vez más a Alik y concluyó:

—En mi opinión, es mejor que siga siendo usted un «niño cautivo»... Le aseguro que hay cosas que debe decidirlas el marido y no la mujer. No puedo decirle nada más...

El rabino Menashe se levantó del incómodo banco y sintió de pronto que la cabeza le daba vueltas. Se inclinó sobre Alik con su largo cuerpo y se despidió:

—Ya veo que está usted fatigado. Descanse...

Murmuró algunas palabras que Alik no comprendió. Las había pronunciado en otra lengua.

—Espere, rabino Menashe, me gustaría tomar una copa con usted antes de que se vaya —le detuvo Alik.

Libin y Rudy llevaron a Alik al taller y lo sentaron, o mejor dicho, lo colocaron en el sillón.

Flaquea, pensó el padre Víktor. Qué cerca está el milagro. Gritar. Demoler el tejado. Señor, ¿por qué nunca llegamos a nada?

Lo que más le entristecía era que sabía por qué...

Liova quería sacar de allí enseguida al rabino, pero Nina se acercó y le propuso tomar una copa.

Liova se negó en redondo, pero el rabino le dijo algo y Liova le preguntó a Nina:

—¿Tiene usted vodka y vasos de cartón?

—Sí —dijo Nina sorprendida.

—Sírvanos en vasos de cartón —le pidió él.

La música ascendía en oleadas de la calle, como el mal olor de la basura. Además, estaba el calor. Por la tarde, la canícula neoyorquina, que no disminuía ni siquiera durante la noche, reforzaba la excitación

de las personas y muchos sufrían insomnio en esa época, especialmente los recién llegados, que llevaban en sus cuerpos el hábito de otro régimen de temperaturas. Tal era el caso del rabino, aunque estaba acostumbrado al calor y lo soportaba bien; pero en Israel, al menos en el lugar en el que él había vivido aquellos últimos años, al calor del día lo sucedía el frescor nocturno, de modo que la gente podía descansar por la noche del yugo solar de la jornada.

Nina trajo dos vasos de cartón y se los entregó a los barbudos.

—Enseguida le llevaré a la universidad —le dijo Liova al rabino.

—No tengo prisa —respondió él, recordando la habitación asfixiante de su residencia y las numerosas horas pasadas a la espera de un sueño esquivo.

Alik seguía tendido en el sillón, mientras a su alrededor los amigos gritaban, reían y bebían, en apariencia cada uno por su lado, aunque en realidad todos estaban pendientes de él, y él se daba cuenta. Apreciaba esa vida cotidiana; era un cazador que durante toda su vida había perseguido los milagros de la forma y del color, pero ahora sabía que no había nada mejor en la vida que aquellas extravagantes charlas de sobremesa en las que participaban las personas que iban a verle, unidas por el vino, la alegría y el buen ambiente de ese taller en el que no había una mesa propiamente dicha, sino un tablero rasguñado puesto sobre un caballete.

Liova y el rabino se sentaron en unos sillones inestables. En la época en que Alik se había instalado en aquel lugar, los contenedores del barrio eran extraordinarios: los sillones, las sillas, el diván, todo procedía de allí. Enfrente de Liova y Menashe colgaba un gran cuadro de Alik. Era el Cenáculo de la Última Cena, con tres ventanas y una mesa cubierta con un mantel blanco. No había nadie sentado a la mesa, pero sobre ella se veían doce grandes granadas, pintadas con detalle, rugosas, con delicados tornasoles lilas, púrpuras y rosas, coronas dentadas hipertrofiadas y vivaces magulladuras que reflejaban su tabicada estructura interna, llena de semillas. La triple ventana se abría sobre un paisaje de Tierra Santa tal como era en la actualidad y no como la había imaginado Leonardo da Vinci.

El rabino, que no era aficionado a la pintura ni tampoco un experto, se quedó mirando el cuadro fijamente. Al principio vio las granadas. Era una controversia antigua con qué fruto había sido tentada Eva. Manzana, granada o melocotón. También conocía la pieza representada en el cuadro. El llamado Cenáculo se encontraba justo sobre la tumba de David, en la Ciudad Vieja.

En cualquier caso, habla en él un pudor puramente judío, determinó, mirando el cuadro. Ha sustituido a las personas por granadas. Esa es la idea. El pobre..., pensó con tristeza.

Era un verdadero israelita, había nacido al día siguiente de la proclamación del Estado de Israel. Su abuelo era sionista y había organizado una de las primeras colonias agrícolas; su padre vivía para la Haganá, organización sionista militar que actuó en Palestina entre 1920 y 1948, y había tenido ocasión de hacer la guerra y también de cultivar la tierra. Había nacido junto a los muros de la Ciudad Vieja, cerca del molino Montefiori, y lo primero que recordaba haber visto desde la ventana eran las Puertas de Sión.

Tenía veinte años cuando atravesó por primera vez aquellos muros, siguiendo a los tanques. Aún olía a fuego y a hierro. Recorrió toda la Ciudad Vieja, exploró el amasijo de callejas árabes, todos los tejados de los barrios cristiano y armenio. Los lugares santos cristianos de Jerusalén le parecieron sospechosos, como la mayor parte de los lugares santos judíos. El Cenáculo de la Última Cena despertaba en él una desconfianza especial: esa reunión secreta de la Pascua no podía haberse celebrado sobre los huesos del Gran Rey. Por otra parte, la tumba de David tampoco le inspiraba ninguna confianza... Todo ese mundo asombroso de piedra blanca y frágil, de luz mudable y aire tórrido, que tanto amaba, estaba lleno de incongruencias históricas y arqueológicas, a diferencia del mundo de la sabiduría libresca, organizado con una precisión cristalina, sin fisuras ni aproximaciones, con su ascensión razonable de abajo arriba y sus bisagras lógicas y paradójicas de gran belleza...

Había comprendido lo que aquella tierra significaba para él la primera vez que abandonó Israel. Entonces era joven, había terminado la universidad y lo habían enviado a Alemania a estudiar filosofía. Al cabo de un año de instrucción intensiva y totalmente exitosa, perdió todo su interés en la filosofía europea, separada de los únicos fundamentos de la vida que reconocía, los de la Torá. Así había terminado su breve periodo de formación académica y, a mediados del tercer decenio de su existencia, se había decantado por el camino tradicional de la ciencia judía, que era, hablando con propiedad, la teología.

En esa época se había casado con una muchacha silenciosa, que la víspera de la boda había rasurado sus vigorosos rizos rojizos. Desde entonces disfrutaba de una armonía nacida de la combinación entre una existencia regulada en todos sus detalles con una precisión cronométrica y el enorme fardo intelectual de ser profesor y al mismo tiempo alumno.

Su mundo había cambiado por completo: la información que la mayor parte de la gente recibía a través de la radio, la televisión y la prensa mundana había desaparecido totalmente de su vida y a cambio había recibido el alimento del *Shuljan Aruj*, la Mesa Dispuesta, compendio de la ley religiosa y del derecho judío redactado en el siglo XVI —una mesa dispuesta para aquellos que deseaban recibir la herencia espiritual judía—, así como un variopinto griterío infantil.

Al cabo de cinco años apareció su primer libro, que investigaba las diferencias estilísticas entre los comentarios de Saadia al libro de Daniel y a las Crónicas, y dos años más tarde se trasladó a Safed.

Su mundo era de una sencillez bíblica y de una complejidad talmúdica, pero todas las fronteras se confundían, mientras su trabajo diario en los textos medievales proporcionaba al transcurso del tiempo un toque de eternidad. Abajo, al pie de la montaña, brillaban las aguas azules del Kinneret, y fue precisamente allí donde adquirió un profundo sentimiento de agradecimiento hacia el Altísimo —un hombre, seguramente un cristiano, le había llamado fariseo— por haberle deparado el feliz destino de servir y aprender, por la santidad de su

tierra, que muchos consideraban un simple estado oriental sucio y provinciano, pero que para él era el centro indudable del mundo, en relación con el cual todos los restantes estados, con sus historias y sus culturas, no eran más que comentarios...

Abriéndose camino entre la gente se acercaba a él el sacerdote, que se había quitado la sotana.

—Me han dicho que ha venido usted de Israel para dar unos cursos sobre judaísmo —dijo en un inglés escolar.

Menashe se puso en pie. Nunca había tratado con un sacerdote.

—Sí, en estos momentos enseño en la universidad judía. Doy unos cursos sobre la cultura judeo-islámica.

—En ese centro se dictan unas conferencias extraordinarias. He leído un libro editado por esa universidad, un ciclo de conferencias sobre arqueología bíblica —dijo el sacerdote, y esbozó una alegre sonrisa—. En el contexto del mundo contemporáneo, su tema judeo-islámico debe de parecer un rompecabezas bastante enrevesado, ¿no?

—¿Un rompecabezas? —dijo el rabino Menashe, que en un principio no entendió—. No, no, los paralelismos políticos no me interesan, yo me ocupo de la filosofía —exclamó con inquietud.

Alik llamó a Valentina.

—Valentina, ocúpate de que no les falte bebida.

Valentina, rosada y gruesa, trajo tres vasos de cartón apretándolos contra el pecho y los puso delante de Liova.

Los tres bebieron amistosamente y al cabo de un instante sus frentes se aproximaron; poco después asentían con la barba, movían la cabeza y gesticulaban; Alik, extraordinariamente satisfecho, le dijo a Libin, señalándoselos con la mirada:

—En mi opinión, hoy he estado muy bien en el papel de Saladino...

Valentina buscó con los ojos a Libin y le hizo un gesto con la cabeza en dirección a la cocina. Al cabo de un minuto lo acorralaba en un rincón:

—No puedo pedírselo, prueba tú.

—Claro, tú no puedes, pero yo sí... —exclamó Libin, ofendido.

—Basta. Hay que pagar enseguida, aunque solo sea un mes...

—Pero reunimos dinero hace poco...

—Cómo que hace poco, si fue hace un mes —dijo Valentina, encogiéndose de hombros—. ¿Crees que a mí no me hace falta? He sido yo la que ha pagado el teléfono el último mes, solo llamadas interurbanas. Nina habla mucho cuando bebe...

—Ella ha dado hace poco... —observó Libin.

—Está bien, pídeselo a algún otro. Por ejemplo, a Faika.

Libin se echó a reír: Faika estaba cargada de deudas; de hecho, no había una sola persona en la habitación a la que no debiera al menos diez dólares. Libin no tenía otra solución que recurrir a Irina.

La cuestión del dinero no solo iba mal, sino que era una auténtica catástrofe. Los años anteriores a su enfermedad, Alik apenas había vendido cuadros, y ahora que había dejado de trabajar y no podía recorrer las galerías, los ingresos habían caído a cero, e incluso por debajo de cero. Las deudas crecían. Tanto las que había que pagar obligatoriamente, como el alquiler y las facturas del teléfono, como las que nunca serían satisfechas, entre las que se encontraban los gastos médicos.

Había también una historia de lo más desagradable que se arrastraba desde hacía varios años: dos galeristas de Washington que habían expuesto obras de Alik no habían devuelto doce lienzos. Alik era responsable en parte. Si hubiera aparecido el día de la clausura de la exposición, como se había convenido, y se hubiera llevado las obras, no habría sucedido nada. Pero el caso es que, para celebrar por anticipado la venta de tres cuadros de esa exposición —noticia que le habían comunicado los galeristas—, había pedido prestado dinero y se había marchado con Nina a Jamaica, por lo que no había estado presente el día de la clausura. Cuando regresó, tampoco se apresuró a tomar las medidas oportunas. No obstante, como el cheque por los cuadros vendidos no llegaba, telefoneó a Washington para saber qué pasaba. Le dijeron que las obras habían sido devueltas y le preguntaron dónde se había metido; habían tenido que llevar sus lienzos a un guardamuebles,

pues en la galería no había sitio. Era una mentira descarada.

Alik le había pedido ayuda a Irina. Y se había descubierto una circunstancia más: cuando Alik había firmado el contrato, había dejado su copia a los directores de la galería, y ahora ellos se aprovechaban de ese descuido para comportarse con la mayor insolencia; Irina poco podía hacer en una situación como aquella. Su única arma era el catálogo de la galería con el anuncio de la exposición y la reproducción de una de las obras. Precisamente una de las que habían declarado vendidas. Irina había presentado una demanda contra ellos y, como el asunto se alargaba, le había extendido a Alik, haciendo de tripas corazón, un cheque de cinco mil dólares de su propio dinero. Le dijo que se lo había sacado a los galeristas. En realidad, no había perdido la esperanza de recuperar aquella suma.

Todo eso había sucedido a principios del invierno anterior. Cuando le llevó el cheque, Alik se alegró muchísimo.

—No tengo palabras. No sé qué decir. Ahora puedo pagar el alquiler y comprarle un abrigo de piel a Nina.

Irina se enfureció: no le daba ese dinero, ganado con el sudor de su frente, para que comprara un abrigo de piel. Pero no había nada que hacer, la mitad de la suma fue empleada en el abrigo. Así era como vivían Alik y Nina. No les gustaba escatimar gastos.

Maldita bohemia, se dijo Irina con indignación. Al parecer no han pasado suficiente hambre...

Sin dejar de expulsar aire caliente de los pulmones, tomó la decisión de ayudarlos, pero con pequeñas sumas, atendiendo a las necesidades del momento. A fin de cuentas, era una mujer soltera con una hija. Y no tan adinerada como pensaban. Por no hablar de lo difícil que le resultaba ganar ese dinero.

Cuando Libin se aproximó a ella, ya estaba sacando su chequera. Las pequeñas sumas crecían como los niños pequeños, de forma totalmente imperceptible...

9

Los barbudos salieron a la calle. Gotlieb no se sentía nada borracho, pero había olvidado por completo dónde había dejado el coche. En el lugar donde esperaba verlo había un Pontiac, con la parte trasera muy larga.

—Se lo han llevado, se lo han llevado —dijo el padre Víktor, con una risa infantil totalmente desprovista de malicia.

—Pero si aquí se puede aparcar, ¿por qué habrían de llevárselo? —exclamó con enfado Gotlieb—. Quédense aquí, yo voy hasta la esquina.

El rabino no mostraba ningún interés por el coche que tenía que llevarle; estaba mucho más intrigado por lo que decía aquel estrafalario individuo con gorra.

—Entonces, con su permiso, continuaré —dijo el padre Víktor, deseoso de compartir sus pensamientos con aquel interlocutor excepcional—. El primer experimento, puede decirse, fue un éxito. La diáspora resultó extraordinariamente provechosa para el mundo entero. Por supuesto, han reunido lo que les quedaba allí, en su país. Pero cuántos judíos se han diluido, se han asimilado, cuántos de ellos están presentes en la ciencia y la cultura de todos los países. En cierto sentido, soy judeófilo. Por lo demás, todo cristiano normal respeta al pueblo elegido. Pero, entiéndame, es extraordinariamente importante que los judíos diluyan su preciosa sangre en todas las culturas, en todos los pueblos. ¿Qué sucedería según ese modelo? ¡Un proceso mundial! Los rusos saldrían de su gueto, y también los chinos. No se olvide de que entre esos jóvenes chinos americanos hay matemáticos y músicos excelentes... Sigamos: los matrimonios mixtos. ¿Entiende a lo que me

refiero? ¡Está en marcha la creación de un nuevo pueblo!

Al parecer, el rabino comprendía perfectamente a lo que se refería su oponente, pero no estaba en absoluto de acuerdo con su idea y se mordía los labios.

¿Tres vasos o cuatro?, trataba de recordar. En cualquier caso, estaba claro que habían sido muchos...

—Ya puedo ver esos nuevos tiempos: ni judíos ni gentiles, y eso en el sentido más literal, en el más literal... —decía el sacerdote con regocijo.

El rabino se detuvo y le amenazó con el dedo.

—Ya veo. Para usted lo más importante es que no haya judíos...

Gotlieb llegó con el coche, abrió la puerta, recogió a su rabino y, haciendo gala de la mayor descortesía, dejó solo en medio de la calle al padre Víktor, presa de una profunda desazón.

—Pero ¿cómo ha llegado a esa conclusión? En absoluto quería decir eso...

10

Los visitantes no se habían dispersado, sino que más bien se habían desvanecido. Alguien se había quedado a pasar la noche sobre la alfombra. Nina también dormía allí, sobre la alfombra. Esa noche le correspondía a Valentina.

Alik se quedó dormido en cuanto se marcharon los invitados y Valentina se había acurrucado a sus pies. Habría podido dormir un poco, pero el sueño, como a propósito, no le venía. Desde hacía algún tiempo había advertido que el alcohol actuaba sobre ella de forma extraña: le impedía dormir.

Valentina había llegado a América en noviembre de 1981. Tenía veintiocho años, medía un metro sesenta y cinco y pesaba ochenta y cinco kilos. En esa época, todavía no contaba en libras. Llevaba una chaqueta negra ucraniana tejida a mano, con bordado de lana. En la maleta de tela a cuadros había una tesis no leída, que nunca le había servido de nada, ropas de campesina de la región de Vólogda, que componían un traje de fiesta completo de finales del siglo XIX, y tres manzanas Antónov, que le habían prohibido introducir en el país. Su potente olor traspasaba la ajada maleta. Esas manzanas estaban destinadas a su marido americano, que por alguna razón no había ido a recogerla.

Una semana antes, después de comprar un billete para Nueva York, lo había llamado para anunciarle su llegada. Él parecía haberse alegrado y había prometido ir a buscarla. Su matrimonio era ficticio,

pero eran buenos amigos. Mickey había pasado un año en Rusia, reuniendo material sobre el cine soviético de los años treinta y sufriendo una neurastenia provocada por una penosa relación con un pequeño monstruo que lo humillaba, lo desplumaba y le hacía padecer el tormento de los celos.

Había conocido a Valentina en una popular escuela de filología. Ella lo había albergado en su casa, lo había atiborrado de valeriana, lo había alimentado a base de *pelmeni*, una especie de ravioli, y finalmente había escuchado la confesión desgarrada de un homosexual abrumado por la imposibilidad de luchar contra su propia naturaleza. Aquel hombre grande y endeble lloraba y vertía su pena sobre Valentina, al tiempo que hacía comentarios psicoanalíticos. Valentina se mostró muy sorprendida y conmovida ante aquellos caprichos de la naturaleza y, aprovechando una breve pausa en ese monólogo de dos horas, le preguntó a bocajarro:

—¿Eso significa que con mujeres nunca...?

Resultó que sobre ese punto las cosas tampoco eran sencillas: una prima de diecisiete años, que había pasado un mes y medio en casa de sus padres —él solo tenía catorce—, lo había excitado por medio de caricias y había vuelto a Connecticut dejándole en un estado de virginidad agotadora y de pecado indeleble.

Esa historia parecía demasiado literaria, y al final de ese relato prolijo y emocional, repleto de detalles en primer plano, Valentina, fatigada, había puesto las dos delicadas palmas de Mickey sobre los hermosos pezones de sus incomparables tetas, y sin demasiado esfuerzo había perpetrado contra él una violación que, por lo demás, le había proporcionado una satisfacción completa.

Ese acontecimiento no había tenido repetición en la biografía de Mickey, pero desde entonces la relación entre ambos había adquirido un matiz de intimidad amistosa poco común.

En esa época Valentina estaba viviendo su propio desastre personal: la traición asombrosamente infame del hombre al que amaba. Era un disidente famoso, que incluso había pasado algún tiempo en la cárcel; se le incluía entre los héroes y estaba considerado una persona de una

honradez y un valor irreprochables. Pero, al parecer, había establecido una línea de separación entre las mitades superior e inferior de su ser: si la superior era de una excelente calidad, la inferior estaba seriamente dañada. Tenía una sed insaciable e indiscriminada de mujeres y poseía la habilidad de explotarlas a todas. Su marcha fue llorada por muchas bellas amigas de tendencias totalmente antisoviéticas, y dos o tres hijos bastardos fueron condenados a soportar durante toda su vida la hermosa leyenda de su fabuloso padre.

Había terminado por abandonar Rusia como un héroe, después de casarse con una hermosa italiana, que además era rica, mientras Valentina se había quedado con el KGB en los talones y una tesis no defendida.

El generoso Mickey le había propuesto un matrimonio ficticio, que finalmente habían contraído. Se habían casado y, para guardar cierto decoro, habían celebrado el enlace en Kaluga, en casa de la madre de Valentina, que se había reconciliado con su hija el día de su boda, aunque el marido no le gustaba y lo llamaba la «tenia solitaria». Pero la fascinación del pasaporte americano actuaba incluso sobre ella. En la imprenta en la que había trabajado toda su vida como limpiadora, nadie había casado a su hija con un americano.

Tras esperar dos horas a su marido en el aeropuerto Kennedy, Valentina le había llamado a casa, pero no obtuvo respuesta. Entonces decidió trasladarse a la dirección que le había dado en Rusia. Esa dirección, que ella mostró ante algunos atentos americanos, no se encontraba en Nueva York, sino en las afueras. Valentina hablaba muy mal el inglés, era eslavista. Arreglándoselas como pudo, llegó a la dirección indicada.

Una sensación de irrealidad total la liberaba de las preocupaciones humanas habituales. El futuro, fuera como fuese, le parecía de todos modos mejor que el pasado: lo que dejaba a sus espaldas era demasiado sórdido. Con esos ligeros pensamientos había montado en el autobús. Por alguna razón, no le habían pedido dinero, y ella en un primer momento no había comprendido lo que en ese contexto significaba la palabra *free*. Cuando se dio cuenta de que el trayecto era gratuito, se

alegró mucho. Solo tenía cincuenta dólares y comprendía que, en cualquier caso, esa cantidad debía bastar para llegar hasta la casa de su irresponsable marido.

Al atardecer, después de diversas pequeñas aventuras y grandes impresiones de viaje, llegó a Terrytown, aspiró el aire de la tarde y se sentó en un banco amarillo, en el andén. No había dormido desde hacía más de treinta y seis horas, todo parecía moverse ligeramente a su alrededor y una sensación de total indeterminación e ingravidez hacía que la cabeza le diera vueltas.

Al cabo de unos diez minutos, cogió su pequeña maleta y llegó a una pequeña plaza atestada de coches. Le preguntó a un hombre joven, que se afanaba junto a la cerradura de un automóvil, cómo podía encontrar la calle que buscaba, y él, sin decir palabra, abrió la otra puerta y la llevó hasta una hermosa casa de dos plantas, situada en una colina, con un seto de arbustos bien cuidados. Empezaba a oscurecer. Se detuvo ante una frágil cancela de inestables tablas blancas.

Rachel, la madre de Mickey, había estado inquieta todo el día a causa de un sueño maravilloso que había tenido de madrugada: encontraba en un cenador blanco, del que en realidad carecía su jardín, a una adorable niña regordeta que le decía alguna cosa importante y muy agradable, aunque era todavía muy pequeña; en la vida, los niños de tan corta edad todavía no hablan. Pero Rachel no conseguía recordar lo que había dicho exactamente.

Durante el día, cuando se tumbaba para descansar, trataba de evocar con la memoria ese cenador abierto y la niña regordeta, para que esta volviera a visitarla en sueños y le hablara de esa cosa tan importante que no había tenido tiempo de decirle de madrugada. Pero la niña no volvió a aparecer; en realidad, toda esperanza estaba de más, pues Rachel nunca soñaba de día.

Ahora se dirigía a la cancela con sus andares un tanto bamboleantes —era una judía de rostro sencillo con ojos redondos y grandes ojeras causadas por años de insomnio— y examinaba a la mujer con la pequeña maleta que había en la entrada.

—¡Buenos días! ¿Puedo ver a Mickey? —preguntó la mujer.

—¿Mickey? —dijo Rachel sorprendida—. No vive aquí. Vive en Nueva York. Pero ayer se marchó a California...

Valentina dejó la maleta en el suelo.

—¡Qué raro! Prometió ir a recogerme, pero no ha ido.

—¡Ah, así es Mickey! —dijo Rachel con un gesto de la mano—. ¿De dónde viene usted?

—De Moscú.

Valentina se destacaba contra el fondo blanco de la cancela, y Rachel adivinó de pronto que el cenador blanco del sueño no era un cenador, sino esa cancela, y que la niña regordeta era esa mujer, también regordeta...

—¡Dios mío! ¡Mis padres eran de Varsovia! —exclamó con alegría, como si Varsovia y Moscú fueran calles vecinas—. ¡Pase, pase!

Al cabo de unos minutos, Valentina estaba sentada en una sala, junto a una mesita baja, contemplando por la ventana el jardín, que descendía en pendiente; todos los árboles, vueltos hacia ella, miraban desde las espesas tinieblas la ventana brillantemente iluminada.

En la mesa había dos tazas finas y mates, tan ligeras que parecían de papel, y una tetera rústica de terracota. Las galletas tenían un sabor a algas y los cacahuetes pesaban tres gramos, tenían una cáscara muy fina y un color rosado. Rachel, con las manos cruzadas sobre el vientre, en una postura de campesina totalmente idéntica a la que adoptaba la madre de Valentina, la miraba con interés y benevolencia, inclinando la cabeza envuelta en un turbante de seda verde. Resultó que la rusa hablaba polaco, y ambas conversaron en esa lengua, lo que proporcionó un enorme placer a Rachel.

—¿Ha venido de visita o para trabajar? —preguntó Rachel, planteando la cuestión capital.

—He venido para quedarme. Mickey había prometido ir a recogerme y ayudarme a buscar un empleo —suspiró.

—¿Lo conoció usted cuando trabajaba en Moscú? —preguntó Rachel, inclinando la cabeza hacia el otro lado. Tenía la extraña costumbre de ladear la cabeza sobre el hombro.

Por un momento, Valentina se quedó pensativa; estaba tan cansada

que no tenía fuerzas para mantener una conversación mundana en polaco, y encima introduciendo una mentira aquí y otra allá.

—Para serle sincera, Mickey y yo estamos casados...

La sangre se le subió a Rachel al rostro. Salió precipitadamente de la sala, y su voz sonora se extendió por toda la casa:

—¡David! ¡David! ¡Ven aquí enseguida!

David, su marido, tan alto y enclenque como Mickey, apareció en lo alto de la escalera, vestido con una chaqueta roja de andar por casa y un gorro. Tenía en la mano una gran pluma estilográfica.

—¿Qué pasa? —dijo en voz baja; esa fue toda su reacción.

Los padres de Mickey formaban una pareja magnífica. Cada uno de ellos encontraba en el otro lo que no poseía él mismo y se regocijaba de su hallazgo. Unos años antes, mientras se aproximaban a los sesenta, llegaban hasta los límites extremos de la intimidad conyugal y humana y se preparaban para una vejez larga y feliz, habían descubierto con intenso horror que su único hijo, rechazando las leyes de su sexo, se había desviado hacia una abominación pagana cuyo nombre Rachel ni siquiera se atrevía a pronunciar.

—Éramos felices, demasiado felices —murmuraba ella durante sus noches de insomnio en la cama inmensa y suntuosa, en la que no habían vuelto a tocarse desde que habían hecho aquel terrible descubrimiento—. ¡Señor, haz que vuelva a ser una persona normal!

Y ella, una muchacha judía salvada del fuego y el gas por unas monjas que la habían mantenido oculta en su monasterio durante los casi tres años de ocupación, había llegado al extremo de dirigirse a la Madre de ese Dios en el que no debía creer, pero en el que creía: «Virgen santísima, hazlo, consigue que vuelva a ser una persona normal...».

Aunque una edificante literatura popular se había esforzado por explicarle que a su hijo no le sucedía nada extraordinario, que era normal y que la sociedad humana le reservaba el derecho pleno y sagrado de disponer de su vida como mejor le pareciera, su alma chapada a la antigua no encontraba consuelo.

Ahora, mientras bajaba por la escalera, el marido miraba su rostro

sonrosado y feliz y trataba de adivinar qué alegría le había sobrevenido.

Esa alegría —ay, ficticia— estaba sentada en la sala, abriendo desmesuradamente unos ojos que se cerraban por sí solos... Así había comenzado Valentina su andadura en América...

Alik se movió y Valentina se incorporó con ligereza.

—¿Qué pasa, Alik?

—Tengo sed.

Ella acercó una taza a sus labios, él bebió un trago y empezó a toser.

Valentina lo sacudió y le dio unos golpecitos en la espalda. Se levantó. Parecía la muñeca de Anka Korn:

—Espera, espera, voy a traer una paja...

Tomó otro trago de agua y volvió a atragantarse. Ya le había sucedido antes. Valentina lo sacudió de nuevo y le palmeó la espalda. Otra vez le acercó la paja. Volvió a toser, esta vez durante un buen rato; no conseguía recuperar el aliento. Valentina mojó con agua el borde de una servilleta y se lo acercó a la boca. Sus labios estaban resecos, cubiertos de pequeñas grietas.

—¿Te pongo pomada en los labios? —le preguntó.

—De ninguna manera. Odio tener los labios grasientos. Dame tu dedo.

Ella puso un dedo entre sus labios resecos, y él lo tocó con la punta de la lengua, lo lamió. Era el único contacto físico que le quedaba. Probablemente se trataba de su última noche de amor. Ambos habían tenido ese mismo pensamiento. Él dijo en voz baja:

—Moriré adúltero.

En esa época Valentina vivía con más dificultades que nunca. Por lo general, iba directamente del trabajo a los cursos. Pero ese día había tenido que pasar por su casa, pues la propietaria la había llamado y le había pedido que llevara sus llaves lo antes posible: había habido un

problema con la cerradura, pero Valentina no había comprendido de qué se trataba exactamente. Le había entregado la llave a la dueña, pero tampoco con ella podía abrirse la puerta de entrada. Tras dejar a la propietaria a solas con la cerradura rota, Valentina, antes de ir al curso, había entrado en el café judío de la esquina, Cats. En ese local los precios eran moderados y daban unos excelentes sándwiches de ternera ahumada y de pavo. Los robustos vendedores, que podrían estar manipulando planchas de hormigón, cortaban artísticamente una carne olorosa con enormes cuchillos y conversaban en el dialecto local. Había muchos clientes, varias personas hacían cola junto al mostrador. El que se encontraba delante de Valentina, de espaldas a ella, un hombre con una coleta pelirroja sujeta por una goma, se dirigió amistosamente al vendedor:

—Escucha, Misha, hace diez años que vengo por aquí. En ese tiempo tanto tú como Aaron os habéis puesto dos veces más gordos y los sándwiches son dos veces más delgados. ¿Cómo es eso?

Sin dejar de mover sus brazos desnudos, el vendedor le guiñó el ojo a Valentina.

—Pero ¿qué es lo que trata de insinuar?

El hombre se volvió hacia Valentina; tenía un rostro risueño cubierto de pecas y su rojizo bigote se erizaba alegremente.

—Piensa que es una insinuación. Pero no es una insinuación, es el enigma de la vida.

El vendedor Misha pinchó un pepinillo con el tenedor, luego otro, y los puso junto a un suntuoso sándwich en un plato de cartón.

—Tienes derecho a un pepinillo extra, Alik —dijo, y a continuación se dirigió a Valentina—. Dice que es pintor, pero yo sé que pertenece al departamento ruso de lucha contra la malversación de la propiedad socialista y la especulación. Me persiguen incluso aquí. ¿Pastrami?

Valentina asintió con la cabeza, y Misha hizo centellear el cuchillo. El pelirrojo se sentó a la mesa más cercana; otro lugar acababa de quedarse libre y Alik, cogiendo el plato de manos de Valentina, lo puso sobre su mesa y le acercó una silla con el pie.

Valentina se sentó sin decir palabra.

—¿Eres de Moscú?

Ella asintió con la cabeza.

—¿Hace tiempo que vives aquí?

—Mes y medio.

—Todavía tienes el aspecto de una novata. —Su mirada era directa y benévola—. ¿Y qué haces?

—Trabajo como canguro y hago un curso de inglés.

—¡Estupendo! —la alabó—. Te has orientado enseguida.

Valentina partió su sándwich en dos mitades.

—Pero ¿qué haces? ¿Qué es lo que estás haciendo? ¡Aquí nadie come así! Los americanos no van a comprenderte. Es algo sagrado: abre más la boca y ten cuidado de que el ketchup no gotee —dijo, y a continuación mordió con soltura el relleno que sobresalía de su sándwich—. La vida aquí es sencilla, no hay más que unas pocas leyes, pero hay que conocerlas.

—¿Qué leyes? —preguntó Valentina, juntando dócilmente las dos partes que había separado.

—Esta que acabo decirte es la primera. La segunda es sonreír.

Y esbozó una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Y la tercera?

—¿Cómo te llamas?

—Valentina.

—Mmm... —murmuró él—. Valechka...

—Valentina —le corrigió ella. Odiaba que la llamaran Valechka desde que era niña.

—Valentina, tú y yo no nos conocemos muy bien, pero de todas formas te lo voy a decir. Aquí la segunda ley de Newton se formula de la siguiente manera: sonríe, pero cúbrete el culo...

Valentina se echó a reír y el ketchup le manchó el pañuelo.

—¿Y cuál es la tercera?

Alik limpió el ketchup.

—Primero hay que aprenderse las dos primeras... Estos sándwiches son los mejores de América. *Best in America*... Es cierto. Esta taberna tiene casi cien años. Edgar Allan Poe, O. Henry y Jack London venían

por aquí y tomaban sándwiches a diez céntimos. A propósito, los americanos apenas conocen a esos escritores. Tal vez a Edgar Allan Poe lo estudien en la escuela. Si el dueño del local hubiera leído al menos a uno de ellos, seguramente habría colgado su retrato. Esa es nuestra desgracia en América: con los sándwiches todo está en orden, pero nos falta la cultura. Aunque es casi seguro que el primer Cats, no me refiero a Adán, sino al dueño de la taberna, tiene un nieto graduado en Harvard y un bisnieto que ha estudiado en la Sorbona y probablemente ha tomado parte en la revolución estudiantil del sesenta y ocho...

Valentina no se atrevió a preguntarle a qué revolución se refería, y Alik, que había dejado su sándwich en el plato, continuó:

—Estos pepinillos se preparan en toneles. No los encontrarás iguales en ninguna otra parte. Ellos mismos los salan. Para ser sincero, te diré que me gustan crujientes y más jugosos. Pero estos tampoco están mal. Al menos, no tienen vinagre... En general esta ciudad es extraordinaria. Hay de todo. Es la ciudad de las ciudades. La torre de Babel. ¡Pero eso cuesta, y no poco! —Parecía como si no estuviera hablando con ella, sino discutiendo con una persona ausente.

—Pero es tan sucia y sombría, y hay tantos negros... —dijo Valentina en voz baja.

—¿Vienes de Rusia y América te parece sucia? ¡Tiene gracia! En cuanto a los negros, ¡si es el mejor adorno de Nueva York! ¿Es que no te gusta la música? ¿Y qué es América sin música? ¡Y su música es música negra! —Estaba indignado y ofendido—. Todavía no entiendes nada, así que es mejor que te calles.

Terminaron de comer y salieron del establecimiento. Ya en la puerta, Alik le preguntó:

—¿Adónde vas?

—A Washington Square. Es allí donde recibo las clases.

—¿De inglés?

—*Advanced* —asintió ella.

—Te acompaño. Vivo cerca. Si vas hasta el Astor Plaza y luego giras por ahí —agitó la mano—, llegas a uno de esos nidos de punkis americanos, una maravilla, todos con su cuero negro y su metal salvaje.

No tienen nada que ver con los ingleses. Y su música es algo especial. Más cerca de la plaza se encuentra el viejo barrio ucraniano, que no es tan interesante. Hay allí un estupendo pub irlandés de lo más auténtico. Ni siquiera se permite entrar a las mujeres... Me parece que ahora sí las dejan, pero no hay servicios de señoras, solo urinarios... Esto no es una ciudad, sino un enorme teatro callejero. Llevo aquí varios años y no dejo de sorprenderme...

Caminaban por Bowery. Él la detuvo junto a un edificio sombrío y sórdido, como la mayoría de los que hay en ese barrio.

—Mira. Es el CBGB, el centro musical más importante del mundo. Dentro de cien años los musicólogos conservarán trozos de la cal de estas paredes en cofres de oro. Aquí tiene lugar el nacimiento de una nueva cultura. Te estoy hablando en serio. Y lo mismo puede decirse de la Knitting Factory. Aquí tocan genios. Todas las tardes hay genios.

Un joven negro delgado, vestido con un abrigo rosa y blanco, salió por la puerta desvencijada. Alik lo saludó.

—¡Ya te lo he dicho! Es Booby, un flautista. Todas las tardes toca con Nuestro Señor Dios. Acabo de comprar una entrada para su concierto. Para eso he venido hasta aquí. Mi mujer no viene conmigo, no le gusta esta clase de música. ¿Quieres acompañarme?

—Solo puedo el domingo —respondió Valentina—. Los demás días estoy ocupada de ocho de la mañana a once de la noche.

—Ya veo que no paras —dijo Alik, sonriendo.

—Sí, así es. Empiezo a trabajar a las nueve y termino a las seis. A las siete, un día de cada dos, tengo mi curso, y el otro cuido a la nieta de mi casera. A las once quedo libre y a las doce ya estoy durmiendo. Pero a las tres me desvelo, no hay nada que hacer. No sé qué diablos me pasa, debe de ser América, que me da insomnio. A las tres estoy despierta como una idiota. He probado a acostarme más tarde, pero da lo mismo: cuando llegan las tres, dejo de dormir...

—Bueno, a esas horas no hay conciertos, pero hay muchos lugares donde la vida dura hasta la mañana. Poco importa la hora a la que se empieza, por qué no a las tres...

En esa época Nina era ya una verdadera alcohólica y él apenas la

necesitaba: en un día, calculando a la rusa, se bebía media botella de vodka que diluía en zumo americano, y hacia la una de la noche dormía como un tronco. Alik la llevaba del sillón al dormitorio y se acostaba a su lado durante unas horas. Él también era de esa raza de personas que duermen poco, como Napoleón.

La relación de Alik con Valentina se prolongaba de tres a ocho. No empezó de repente, sino que fue avanzando de forma progresiva. Pasaron no menos de dos meses antes de que entrara por primera vez en su sótano de techo bajo, *basement* en inglés americano, que había alquilado a una amiga de Rachel gracias a la ayuda de esta.

Unas dos veces por semana Alik llegaba poco después de las tres delante del sótano de Valentina, se inclinaba y silbaba en su ventana débilmente iluminada. Al cabo de diez minutos aparecía Valentina, fresca, rosada, vestida con su chaqueta ucraniana negra, y ambos se dirigían a uno de esos lugares nocturnos que los emigrantes no suelen conocer.

Una vez, una de las noches más frías de enero, cuando la nieve caía y no se derretía en una semana, llegaron hasta el mercado de pescado. Durante unas horas, literalmente a dos pasos de Wall Street, reinaba una agitación inimaginable. Atracaban en el muelle barcos de todo el mundo y los pescadores descargaban su mercancía viva o, como en esa ocasión, congelada, en carretillas, en sus espaldas o en cestas. En las paredes se abrían de pronto amplias puertas y los almacenes acogían toda esa riqueza marina.

Dos hombres vigorosos llevaban a hombros un gran tronco: era un atún plateado, que había tenido tiempo de cubrirse de una fina película de hielo. También había peces ordinarios y sencillos, como perros bastardos, pero el ojo no les prestaba atención, porque en los mostradores se amontonaba una gran cantidad de monstruos marinos increíbles, con ojos horribles, pinzas y ventosas, que parecían formados por varias bocas, así como numerosos cangrejos del aspecto más fantástico, dentro de los cuales se ocultaban pequeños trozos de carne, criaturas con forma de serpiente y unos hocicos tan adorables que no se podía dejar de pensar en las ondinas, y alguna forma intermedia, de la

que era imposible decir qué era, si un animal o una planta; además, había unas algas de lo más auténtico, con forma de lianas o de placas. A la luz blanca de las farolas, todas esas criaturas se llenaban de reflejos azules, rojos, verdes y rosados; algunas todavía se movían, otras ya se habían entumecido.

En los callejones había varios toneles metálicos en los que ardía alguna sustancia; de vez en cuando, los hombres ateridos se acercaban a ellos para calentarse. Esos hombres eran tan insólitos como la mercancía que habían traído: noruegos con barbas rojas cubiertas de escarcha, chinos bigotudos e isleños con rostros exóticos y antiguos.

Entre ellos se ajetreaban los compradores-mayoristas de todo Nueva York y de Nueva Jersey, atraídos por los bajos precios, así como los propietarios y cocineros de los mejores restaurantes, en busca de la mercancía más fresca.

—¡Parece un cuento de hadas! —dijo admirada Valentina, y Alik se alegró de haber encontrado otra persona a la que todo eso le maravillara tanto como a él.

—¡Ya te lo había dicho! —exclamó, y la llevó a una taberna a tomar un whisky, pues era imposible no beber con semejante frío. Una vez en el interior del local, como no podía ser de otra manera, el dueño lo había saludado.

—Es amigo mío. Ven, mira. —Y señaló con un dedo la pared: allí, entre grabados que representaban yates y barcos, junto a fotografías de personas a las que Valentina no conocía, colgaba un pequeño cuadro en el que había dibujados dos peces insignificantes, uno rojizo, con aletas erizadas de espinas, y el segundo grisáceo, una especie de arenque—. Por este cuadro Robert me ha prometido darme de beber gratis durante toda la vida.

Y en efecto, el dueño, un hombre calvo, con la cara colorada, ya le traía dos whiskies. Había mucha gente en el local: marineros, cargadores, comerciantes.

Era un lugar para hombres, no se veía ni una sola mujer; los muchachos bebían con aire concentrado, tomaban sopa de pescado casera y una comida sin pretensiones. No se iba allí para comer, sino

para beber y descansar. Y con un tiempo como ese, claro está, también para calentarse. Las gentes del lugar no estaban acostumbradas al frío y no comprendían, a diferencia de los verdaderos nórdicos, que no se entra en calor enfundándose una cazadora de piel sobre una camisa fina, poniéndose unas botas de caucho sobre un par de calcetines sintéticos y calándose una gorra de béisbol en la cabeza.

—Vamos, apresúrate o te perderás lo más interesante —dijo de pronto Alik, metiéndole prisa.

Salieron a la calle. Durante la media hora que habían pasado en la taberna todo había cambiado, y aún seguía transformándose a ojos vista, con la velocidad de una película de dibujos animados. Los mostradores se habían retirado y habían desaparecido en alguna parte; las puertas de los almacenes se habían cerrado y se habían convertido en un muro continuo; los toneles, con sus alegres fuegos, también habían desaparecido, y del lado del embarcadero avanzaba un regimiento de hombres apuestos con mangueras, limpiando todos los restos de pescado que habían quedado por el suelo; al cabo de unos quince minutos Alik y Valentina se quedaron prácticamente solos en ese promontorio, el punto más meridional de Manhattan; ese espectáculo nocturno les había causado la impresión de un sueño o un espejismo.

—Bueno, ya está. Ahora, vamos a tomar otra copa —dijo Alik, llevándola a un establecimiento en el que tampoco había nadie; las mesas centelleaban de limpias y un hombre joven, que también saludó a Alik (era el hijo del dueño), estaba acabando de fregar el suelo.

—Y esto no es todo. Ahora vas a ver el último acto. Dentro de unos quince minutos...

Al cabo de ese tiempo la estación de metro más cercana escupió una multitud de hombres elegantes y mujeres bien peinadas, que llevaban calzado del mejor, trajes estupendos y perfumes de temporada.

—Madre mía, pero ¿adónde van así vestidos? ¿A una recepción? —preguntó Valentina, sorprendida.

—Son los empleados de Wall Street. Muchos de ellos viven en Hoboken, un lugar también muy interesante que te mostraré algún día.

No son las personas más ricas, ganan entre sesenta y cien mil dólares al año. Los de cuello blanco son pasantes, una verdadera raza de esclavos...

Se dirigieron al metro, porque Valentina tenía que ir al trabajo. Miró a su alrededor: en el lugar del mercado no quedaba más que un ligero olor a pescado; había que olfatear bien para percibirlo...

Además del mercado de pescado, había otro de carne y un tercero de flores, en el que uno podía perderse entre tinas llenas de árboles. El mercado de flores abría por la noche, pero seguía funcionando durante el día.

En una ocasión, cerca del mercado de carne, se habían encontrado con un hombre pelirrojo de rostro conocido. Alik intercambió con él un par de palabras, y luego cada uno siguió su camino.

—¿Quién es?

—¿No lo has reconocido? Es Brodsky. Vive cerca de aquí.

—¿Brodsky en carne y hueso? —se sorprendió Valentina.

Sí, realmente era Brodsky en carne y hueso.

Había también un club nocturno de baile al que iba un público muy particular: damas ricas en edad madura, señores vetustos, aficionados a la naftalina del tango, el foxtrot y el boston...

A veces simplemente paseaban; luego, un día, se besaron por casualidad, y entonces dejaron casi de pasear. Alik silbaba desde la calle y Valentina le abría...

Más tarde Valentina se trasladó al apartamento de Mickey, porque este se había instalado por algunos años en California, donde enseñaba en una renombrada escuela de cine; su vida privada iba muy bien, aunque Rachel no dejaba de lamentarse de que, en lugar de Valentina, de la amable y regordeta Valentina cuyos grandes pechos habrían podido alimentar a tantos bebés como hubieran querido, Mickey tuviera como pareja a un pequeño profesor español, gran especialista en García Lorca.

El apartamento neoyorquino de Mickey se encontraba en el centro de la ciudad; Alik había seguido visitándola allí, siempre en las horas establecidas, de tres a ocho.

Hubo un periodo en que Valentina le prohibió aquellas visitas nocturnas. Acababa de trasladarse a Queens, pues había sido contratada por un *college* del barrio como profesora de ruso. En Queens tenía otro hombre, un tipo procedente de Rusia; nadie lo había visto, solo se sabía que trabajaba como camionero.

No era fácil determinar cuánto tiempo había durado ese hombre en su vida, pero cuando consiguió, después de superar un enorme proceso de selección, un verdadero empleo americano en una de las universidades de Nueva York, el camionero ya no estaba.

De nuevo apareció Alik, y Valentina comprendió que esta vez la situación era definitiva, que nadie iba a librarse de nadie: ni ella de Alik, ni Alik de Nina...

11

Una ingeniera moscovita que alguien había llevado a la casa se quedó a dormir sobre la alfombra y enseguida se hizo un hueco. Por la mañana, el momento más tranquilo de la jornada, cuando las personas que trabajaban se dirigían a sus respectivas oficinas y las que vivían de subsidios aún no habían abierto el ojo, cuando la propia Nina aún no se había desembarazado de su sueño de zumo de naranja, esa mujer poco agraciada, que no despertaba ningún interés la primera vez que se la veía, lavó las tazas y los vasos del día anterior y luego se asomó a la habitación de Alik. Este ya se había despertado.

—Soy Liuda, de Moscú —repetía en cualquier circunstancia, pues, aunque había sido presentada a Alik la víspera, estaba acostumbrada a que nadie se acordara de ella la primera vez.

—¿Llevas mucho tiempo aquí? —le preguntó Alik con vivo interés.

—Seis días. Pero tengo la impresión de que es mucho. ¿Quieres que te lave?

Lo preguntó con tanta naturalidad como si fuera su ocupación principal: lavar enfermos por la mañana. Enseguida trajo una toalla húmeda y le limpió el rostro, el cuello y las manos.

—¿Qué hay de nuevo en Moscú? —preguntó Alik de manera mecánica.

—Lo mismo de siempre... Cháchara en la radio y tiendas vacías... Qué novedad puede haber... ¿Quieres desayunar? —le propuso Liuda.

—Bueno, vamos a probar.

Con la comida las cosas no marchaban bien. Las dos últimas semanas había tomado alimentos para bebés, pero incluso esas papillas de frutas

las tragaba con dificultad.

—Voy a hacer un puré de patatas.

Y ya estaba en la cocina, trajinando entre un leve tintineo de cacharros.

Preparó un puré casi líquido, que pasó bastante bien. Por lo general, ese día, desde por la mañana, Alik se sintió mejor: la luz no era tan turbia y su visión era normal, sin alucinaciones.

Liuda sacudió las almohadas de Alik y pensó con tristeza en el destino que le había correspondido: enterrar a todo el mundo. En sus cuarenta y cinco años de vida había enterrado a su madre, a su padre, a sus dos abuelas, a un abuelo, a su primer marido, y acababa de enterrar a su mejor amiga. A todos los había alimentado, lavado y luego los había preparado para el entierro. Ese hombre no era nada suyo, pero también le había caído encima...

Tenía un montón de cosas que hacer, una lista interminable de compras y de visitas a personas desconocidas que querían hacerle preguntas sobre sus familias moscovitas y contarle sus propias vidas, pero ella se sentía ya unida a ese lugar y sabía que no conseguiría apartarse de esa casa de locos, de ese hombre al que estaba empezando a querer; una vez más, su corazón iba a desgarrarse, siempre en el mismo sitio...

Sonó el teléfono y alguien gritó en el auricular:

—¡Poned la CNN! ¡Hay un golpe de Estado en Moscú!

—Hay un golpe de Estado en Moscú —repitió Liuda con abatimiento —. Ahí tienes una novedad.

En la televisión se sucedían los fragmentos sueltos de un telediario. Apareció un comité estatal de emergencia, que no parecía compuesto por personas sino por desechos humanos, todos con una pronunciación defectuosa; la vileza destacaba en sus rostros como una dentadura mal ajustada.

—Pero ¿de dónde han salido semejantes tipos? —dijo Alik sorprendido.

—¿Los de aquí son mejores? —preguntó Liuda con inesperado patriotismo.

—Sí, a pesar de todo son mejores. —Alik reflexionó un momento—. Sin duda son mejores. También roban, pero sienten pudor, mientras que estos no tienen vergüenza.

Era absolutamente imposible comprender lo que estaba pasando.

Al parecer, Gorbachov tenía problemas de salud.

—Seguramente ya lo han matado.

El teléfono no dejaba de sonar. Nadie podía guardarse para sí un acontecimiento de esa naturaleza.

Liuda movió el televisor para que Alik pudiera ver con mayor comodidad.

Tenía un billete de avión para el seis de septiembre. Debía cambiarlo inmediatamente y regresar... Pero, por otro lado, por qué regresar cuando su hijo estaba aquí... Era mejor que su marido tratara de reunirse con ellos... Pero ¿qué iba a hacer en ese país, sin conocer la lengua, sin nada?... En Rusia tenía sus libros, sus amigos, su pequeña parcela de seiscientos metros cuadrados... Todo se lo había llevado una turbia nube.

—Ya dije que pasaría algo antes de la firma de los acuerdos —dijo con satisfacción Alik.

—¿Qué acuerdos? —pregunto Liuda con sorpresa. No seguía las novedades políticas, pues hacía tiempo que todo eso le repugnaba...

—Liuda, despierta a Nina —le pidió Alik.

Pero Nina se había levantado por su propio pie.

—Recuerda lo que voy a decirte: ahora va a decidirse todo... —profetizó Alik.

—¿Qué es lo que va a decidirse? —Nina tenía la mente en otra parte y aún no había terminado de despertarse. Todos los acontecimientos que sucedían más allá de los límites de ese apartamento le resultaban igualmente lejanos.

Por la tarde volvió a reunirse una gran cantidad de gente. Habían sacado el televisor del dormitorio y lo habían puesto sobre la mesa; las personas se apartaban de Alik y se arremolinaban ante la pantalla. Se

sucedían unas escenas totalmente incomprensibles: una especie de espectáculo de guiñol, un administrador de unos baños públicos, un bigotudo con jeta de perro, seres que eran medio hombres y medio demonios, una fantasmagoría digna de *Eugenio Oneguin*. Y tanques. El ejército había entrado en la ciudad. Unos tanques enormes avanzaban lentamente por las calles; no había manera de entender quién luchaba contra quién.

Liuda, con las manos en las sienes, gemía.

—¿Qué va a pasar ahora? ¿Qué va a pasar?

Su hijo, un joven programador que había salido antes del trabajo, estaba sentado a su lado y se sentía algo avergonzado de ella.

—¿Qué va a pasar? Habrá una dictadura militar.

Trataron de llamar a Moscú, pero las líneas estaban ocupadas. Probablemente en aquellos momentos varios miles de personas marcaban números moscovitas.

—¡Mirad, mirad, los tanques están pasando junto a nuestra casa!

Los tanques avanzaban por el Anillo de los Jardines.

—Pero ¿por qué te atormentas así? Tu hijo está aquí, no tienes más que quedarte, eso es todo —decía Faika, tratando de calmar a Liuda.

—Mi padre debe de llevar un tiempo jubilado —exclamó Nina sin venir a cuento.

Alik era el único que sabía que ese comentario tenía un motivo: el padre de Nina era un alto y fervoroso funcionario del KGB, que había renegado de su hija cuando se había marchado e incluso le había prohibido a su madre mantener correspondencia con ella...

—Oh, este gobierno de mierda. Ojalá revienten todos. Se ha terminado el vodka —dijo Libin poniéndose en pie y dirigiéndose al ascensor.

Los oídos de Gioia, que leía bastante bien en ruso pero comprendía bastante peor la lengua hablada, se iban abriendo con el paso de las horas: captaba al vuelo cada palabra pronunciada por el presentador. Pertenecía a esa extraña raza de personas que se enamora de un país ajeno sin haberlo visto, solo por unos libros pasados de moda y además muy mal traducidos. Pero ella, al menos, gracias a una inspiración

inesperada, comprendía las palabras del presentador, mientras que Rudy miraba con ojos desorbitados, se agitaba y de vez en cuando tiraba a Gioia del codo, exigiéndole una traducción.

Lo que sucedía en Moscú era tan incomprensible que todos hubieran necesitado una traducción.

Durante un tiempo se olvidaron de Alik, y él cerró los ojos. Ahora percibía lo que pasaba en la pantalla como un centelleo de puntos. Por la tarde se sintió cansado, pero su lucidez seguía intacta.

Tee-shirt se sentó en el brazo de su sillón y le acarició el hombro.

—¿Va a haber guerra allí? —le preguntó en voz baja.

—¿Guerra? No lo creo... Desdichado país...

Tee-shirt frunció involuntariamente la frente.

—Bueno, esas cosas ya las he oído. Pobre, rico, desarrollado, atrasado, eso lo entiendo. Pero ¿qué es un país desdichado? Eso no lo entiendo.

—Tee-shirt, eres una chica muy lista.

Alik la miró con sorpresa y placer.

Y eso Tee-shirt sí lo comprendió.

Todas las personas nacidas en Rusia que se encontraban en el lugar, diferentes en talento, en educación y simplemente en cualidades humanas, tenían algo en común: todos, de una forma u otra, habían abandonado Rusia. La mayor parte había emigrado en condiciones legales; algunos eran refugiados; los más intrépidos se habían evadido atravesando la frontera. Pero precisamente el acto que habían cometido los emparentaba. Por muy divergentes que fueran sus opiniones, por muy distintas que fueran sus vidas en la emigración, había en ese acto algo que los unía irremediablemente: el paso de una frontera, la ruptura de una línea vital cortada de golpe, el arrancamiento de las viejas raíces y la implantación de otras nuevas en una tierra extraña, con otra consistencia, otro color y otro olor.

Ahora, con el paso de los años, hasta la composición de sus cuerpos había cambiado: su sangre y sus músculos estaban compuestos por el

agua del Nuevo Mundo, por sus moléculas novedosas, que habían sustituido todo lo antiguo, lo que venía de Rusia. Sus reacciones, su comportamiento y su forma de pensar se habían ido transformando gradualmente. Pero todos tenían necesidad de una misma cosa: demostrar que habían actuado correctamente. Y cuanto más complejas e insuperables eran las dificultades de la vida en América, más necesidad sentían de demostrar lo acertado de ese paso. Durante todos esos años, para la mayoría de ellos, las noticias procedentes de Moscú sobre el aumento de la absurdidad, la mediocridad y la criminalidad de la vida constituían, consciente o inconscientemente, la confirmación deseada de que su elección vital había sido acertada. Pero ninguno de ellos habría podido imaginar que todo lo que estaba pasando en aquel país lejano, antiguo, que habían borrado de sus vidas —¡que reviente! — iba a repercutir en ellos de manera tan dolorosa... Parecía como si llevaran ese país en las entrañas, en el alma, y como si, independientemente de la opinión que tuvieran de él —y las opiniones eran muy diferentes—, su vínculo fuera indestructible. Era como una reacción química en la sangre: provocaba náuseas, acidez, angustia...

Podría pensarse que desde hacía mucho tiempo solo existía en forma de sueños. Todos soñaban el mismo sueño, aunque de diversas maneras. En el pasado Alik había coleccionado esos sueños y los había reunido en un cuaderno titulado «Libro de sueños del emigrante». La estructura de ese sueño era la siguiente: la persona se encontraba de nuevo en su casa, en Rusia, al parecer en un lugar cerrado o sin puertas, o en un contenedor de basuras, o acosado por otras circunstancias que le impedían regresar a América; por ejemplo, perdía su pasaporte o era encarcelado; un judío había soñado incluso que su difunta madre lo ataba con una cuerda...

El propio Alik había tenido ese sueño en una divertida variante: de alguna manera llegaba a Moscú; en la ciudad todo era luminoso y magnífico, sus viejos amigos festejaban su regreso en un apartamento de muchas habitaciones, terriblemente familiar y destartalado; a su alrededor había mucho barullo, una multitud de amigos; luego todos le habían acompañado al aeropuerto de Sheremétevo; la escena no se

parecía a las despedidas desgarradoras del pasado, cuando eran para siempre, para toda la vida. En el momento de embarcar aparecía de pronto Sasha Nolikov, un viejo amigo, le ponía en la mano varias correas en cuyo extremo se agitaban y brincaban unos perritos adorables, de todos los colores, con sangre de samoyedo y los rabos trenzados, y desaparecía. Todos los amigos se han metido en alguna parte y Alik se ve solo con esos perros; no hay nadie a quien poder confiar esa jauría, y por los altavoces se anuncia que el embarque para Nueva York está cerrado. Un empleado de la compañía aérea se acerca a él y le informa de que el avión ya está en el aire... Y él se queda con esos perros en Moscú, sabiendo de alguna manera que es para siempre. Lo único que le preocupa es una cosa: ¿cómo va a pagar Nina el taller de Manhattan? En ese momento, en su sueño, percibe el olor del ascensor, del almacén, el tufo del tabaco de mala calidad, imposible de borrar...

—Dime, Alik, ¿vivíais muy mal allí? —preguntó Tee-shirt, tirándole de nuevo del hombro.

—Tontuela... Vivíamos estupendamente... Yo me encuentro estupendamente en todas partes.

Era verdad. Vivía en Manhattan como había vivido en la plaza Trúbnaia, en la Ligovka o en cualquiera de los domicilios en los que había habitado, ya fuera por periodos largos o por tres días. Se acostumbraba pronto a los lugares nuevos, conocía sus recovecos, sus puertas de entrada a los patios, sus atajos peligrosos y magníficos, como el cuerpo de una nueva amante.

En su juventud todo giraba a una gran velocidad, pero, gracias a la notable atención con que contemplaba el mundo y a su excelente memoria, no se olvidaba de nada: habría podido reconstruir el dibujo de los papeles pintados de todas las habitaciones en las que había vivido, los rostros de las vendedoras de las panaderías más cercanas, los arabescos formados por las grietas en la fachada de la casa de enfrente, el perfil del lucio pescado con una caña en el lago Pleschéiev en el año sesenta y nueve y el pino en forma de lira con un cuerno roto que se alzaba en medio del campamento de pioneros de Vereia...

El mundo, como para agradecerle su memoria y su atención, se mostraba bien dispuesto con él. Si llegaba a Cape Cod en medio de un aguacero, un sol tembloroso asomaba entre las nubes; si pasaba cerca de un manzano, una manzana que había esperado ese momento caía a sus pies como si fuera un regalo. Esa cualidad se extendía incluso al mundo de la técnica: cuando marcaba un número, la línea siempre estaba libre. Es verdad que en este caso se aprovechaba de un pequeño truco. Cuando alguien que conocía esa capacidad le pedía que marcara un número continuamente ocupado, él se negaba a veces durante horas, y luego, de pronto, aprovechando el momento, conseguía inmediatamente la comunicación.

América había respondido claramente a su entusiasmo con una acogida amistosa. La novedad de ese Nuevo Mundo le cortaba la respiración. Le parecía nuevo en el sentido literal de la palabra. Los viejos y gruesos árboles estaban formados de un tejido joven y fuerte. Aquí todo era más compacto, más sólido y más tosco. Alik, un hombre de treinta años del tercer mundo ruso, había tenido que enfrentarse con América y con Europa. En un principio Viena y Roma, todas las dulzuras de Italia, de las que no pudo apartarse durante casi un año... Solo cuando llegó a América y vivió allí varios años sin permiso de salida, comprendió la envidia de América por la vieja Europa, con su desgaste transparente y el refinamiento e incluso el agotamiento de su cultura, así como la actitud arrogante, aunque en el fondo profundamente envidiosa, de Europa hacia aquella América elemental, de anchas espaldas.

Alik, con su bigote pelirrojo en forma de cepillo y sus cabellos lacios, que en esa época llevaba anudados a la altura del cuello en una larga coleta, se alzaba entre las dos como un árbitro, y no habría podido encontrarse mejor juez. No se distinguía por su imparcialidad; al contrario, era increíble y afectuosamente parcial. Adoraba las autopistas americanas, la multitud abigarrada del metro neoyorquino —la más bella del mundo, en su opinión—, la comida rápida americana y la música de las calles. Pero disfrutaba también con las pequeñas fuentes redondas de las plazas redondas de Aix-en-Provence, ciudad

que marca la tierna transición entre Francia e Italia; amaba la arquitectura romana y siempre que encontraba vestigios de ella se alegraba del encuentro; adoraba las costas de las islas griegas, recortadas como las hojas de los arces y los abedules; la Alemania medieval, que prometía revelarse a cada paso en Marburgo o Núremberg, sin cumplir nunca su promesa, aunque todo lo que no se había encontrado en las calles, se descubría en los extraordinarios museos alemanes, y el arte alemán sobrepasaba con mucho el Renacimiento italiano. Además, la cerveza alemana era excelente.

Nunca sintió la necesidad de tomar partido; tenía su propio parecer y eso le permitía amar a todos por igual.

Farfulló para la muchacha un comentario sucinto y, según le pareció, insignificante sobre América y Europa, y se lamentó de ese embotamiento que le impedía hablar de forma convincente y coherente. Ella lo escuchó con atención y después le preguntó:

—¿Amas Rusia?

—Pues claro.

—¿Y por qué? —seguía asediándolo Tee-shirt.

—Porque sí —la cortó bruscamente.

Tee-shirt se enfadó. No había aprendido a tener en cuenta su enfermedad.

—¡Eres como los demás! Explícame por qué. Todos dicen que allí vivían muy mal.

Alik reflexionó profundamente: la pregunta no le parecía sencilla.

—¿Quieres que te cuente un secreto?

Tee-shirt inclinó la cabeza.

—Acerca más la oreja.

Ella aproximó tanto la oreja a sus labios que casi se desploma sobre él.

—En esta cuestión nadie comprende nada y los más inteligentes solo fingen que entienden.

—Fin... ¿qué?

—Aparentan.

—¿Y tú? ¿Tú también? —preguntó Tee-shirt con aire alegre.

—Yo finjo mejor que nadie.

Ambos tenían un aspecto extraordinariamente satisfecho. Irina los miraba con una curiosidad celosa.

12

El dueño de la casa era un completo imbécil. Alik se le había atragantado como un hueso en la garganta desde hacía casi veinte años y no podía hacer nada. Alik había sido el primer inquilino en instalarse allí, en cuanto el inmueble entró en posesión de ese propietario; los almacenes acababan de ser liberados, y él pagaba por el apartamento una suma que en la actualidad era sencillamente ridícula. Pero era imposible modificar el viejo contrato.

Chelsea, que antaño había sido un barrio obrero y destartalado, descrito con detalle por O. Henry, tan admirado por Alik, se había convertido en los últimos años en un lugar casi de moda. Cerca estaba Greenwich Village, con su vida bohemia, sus clubes de música y las distracciones de sus drogas, y propagaba un espíritu de fiesta nocturna que se extendía a los barrios vecinos.

En los últimos veinte años los precios se habían disparado en la zona, y los de los apartamentos casi se habían multiplicado por diez, pero Alik seguía pagando cuatrocientos dólares y, además, siempre con retraso.

El dueño de la casa vivía en un barrio rico de las afueras, y todos sus asuntos los gestionaba un «superintendente», mezcla de administrador de la casa y portero. Era un empleo asalariado. Claude, el «super», trabajaba en la casa casi desde el comienzo; era un hombre muy particular, medio francés, con un pasado tormentoso. De sus relatos sueltos emergía tan pronto la isla de Trinidad con un yate, como el norte de África, con sus cacerías peligrosas. Aquellos comentarios tenían todo el aire de mentiras, pero al mismo tiempo dejaban entrever

que su verdadera vida ocultaba algo no menos interesante. Alik le había ideado una biografía, y aseguraba a todo el mundo que era un fullero célebre, que había sido capturado y encarcelado en una prisión de Turquía, de donde había escapado en globo...

Dos veces, en los momentos más difíciles, Claude, que no carecía de intereses artísticos ni de una vena filantrópica, había sacado a Alik del apuro, comprándole algunas obras. En este mundo los administradores de fincas que compran pintura no son muy numerosos. Además, Claude amaba a Nina. A veces iba a charlar con ella y Nina le preparaba café; en el pasado ella le había echado las cartas en broma, a propósito de «una dama»... Nina, que cuando llegó a América no hablaba ni una palabra de inglés, se había puesto a estudiar francés. Había en ello una forma de cretinismo muy particular, que le era absolutamente propia. Tal vez por eso Claude se había enamorado de ella. Él también era un hombre bastante extravagante, el único que mostraba una mayor preferencia por Nina que por Alik.

Claude, que por lo general pasaba por el apartamento durante la primera mitad del día, percibía en la vida caótica e informe de Nina un elemento de rigor. Ella solía levantarse a eso de la una y emitía una débil llamada; Alik le preparaba café y se lo llevaba a la cama, junto con un vaso de agua fría. Solía ser el momento en el que estaba más ocupado, por lo que ni siquiera le dirigía la palabra. Ella volvía en sí poco a poco, tomaba un largo baño, se embadurnaba la cara y el cuerpo con distintas cremas enviadas desde Moscú por una amiga —se negaba a utilizar productos locales— y se demoraba peinando su famosa cabellera. En su juventud había trabajado algunos años en la Casa de la Moda de Moscú y no podía olvidar esa gran época de su vida.

Tras ponerse un quimono negro, volvía a encerrarse en el dormitorio, donde se entregaba a alguna actividad de una estupidez pasmosa: un solitario o la reconstrucción de enormes puzles que representaban cuadros. Era en ese momento cuando solía pasar Claude. Ella recibía a su invitado en la cocina y bebía una tras otra unas tacitas del tamaño de un dedal. En ese momento del día todavía era incapaz de comer o de beber. Era una mujer realmente frágil; ni siquiera empezaba a fumar

hasta la tarde, una vez reunidas fuerzas, después de la primera comida y el primer trago.

Alik terminaba de trabajar hacia las siete. Si tenían dinero, iban a comer a alguno de los pequeños restaurantes de Greenwich Village. Los primeros años de Alik en América habían sido los más afortunados; en esa época no había tantos pintores rusos y su obra había gozado de cierta notoriedad.

Al principio de su vida en América, Nina prefería todo lo oriental; su pasión estaba entonces en su apogeo y frecuentaban restaurantes chinos o japoneses. Alik, por supuesto, conocía los más auténticos.

Antes de salir, Nina se preparaba con esmero, se vestía, se maquillaba. Llevaba consigo a Katia, una gata de color gris claro, con ojos amarillos, que había traído de Moscú con todos los certificados pertinentes. Katia también estaba loca: ¿qué gato en su sano juicio podría pasar horas enteras tumbado sobre un hombro, con una pata colgando láguidamente en el aire?

Si por la noche venían amigos, pedían una pizza abajo o bien encargaban comida china en su restaurante favorito de Chinatown, donde los conocían bien. El dueño siempre enviaba algún pequeño regalo para Nina. Alguien traía cerveza o vodka: en esa época no había grandes borracheras.

—Es a causa del clima —decía Alik—. Aquí no hay borracheras, sino alcoholismo.

Era verdad. Al tercer año de su estancia en América Nina se convirtió en una auténtica alcohólica, aunque es cierto que necesitaba beber muy poco. Pero, a cambio, su belleza se había vuelto más punzante...

El propietario había llegado la víspera para poner en orden sus asuntos. Le había echado la bronca a Claude por una multa relativa a las basuras y había exigido la expulsión inmediata de Alik: la falta de pago de los últimos tres meses era un motivo suficiente. Claude había tratado de defender a los viejos inquilinos y le había hablado de la terrible enfermedad de Alik y de su inminente final.

—Quiero verlo con mis propios ojos —insistió el dueño, y Claude no pudo hacer otra cosa que subirlo hasta la quinta planta.

Eran más de las diez y la vida estaba en pleno apogeo cuando salieron del ascensor. Nadie prestó atención a aquel anciano corpulento, de rostro rosado y aterciopelado. No se encontró con una algarabía desenfrenada ni una borrachera a la rusa, como había esperado. Había un gran número de personas delante del televisor. El propietario miró a su alrededor. Hacía tiempo que no ponía los pies en aquel lugar. La vivienda era magnífica; con unas cuantas reformas se podrían pedir tres mil quinientos e incluso cuatro mil dólares.

—Es un buen pintor, este tipo.

Claude señaló con la mirada las telas apoyadas contra la pared. Antaño a Alik no le gustaba colgar sus obras, sus viejos cuadros le molestaban.

El propietario apenas les prestó atención. Tenía un amigo que durante los años veinte había regentado allí, en Chelsea, un hotel barato, casi un refugio nocturno; dejaba entrar a toda clase de gentuza, pintores pobres, actores sin trabajo, y había conseguido mantenerse mal que bien durante la Depresión. A veces aceptaba los garabatos de sus inquilinos en lugar de dinero, exclusivamente por generosidad de espíritu, y los colgaba en el vestíbulo. Pasaron los años y resultó que había reunido una colección que valía tanto como diez hoteles... Pero eso había sucedido hacía mucho tiempo, en otra época; ahora había demasiados pintores. «No, no, nada de cuadros», decidió el propietario.

Nina había visto a Claude y se dirigió a su encuentro con sus andares inseguros y elegantes, preparando por el camino una frase en francés, pero no tuvo tiempo de pronunciarla porque Claude fue el primero en hablar:

—Nuestro propietario ha venido para hablar de negocios.

Manifestando una sagacidad inesperada, Nina sonrió, farfulló algunas palabras indeterminadas y se precipitó sobre Libin. Lo cogió por la cabeza y le murmuró al oído con fervor:

—El propietario está junto a la puerta, lo ha traído el «super». Arréglatelas para que no molesten a Alik. Te lo suplico.

Libin, que comprendió enseguida de qué se trataba, salió a su encuentro con una sonrisa risueña y algo estúpida.

—Ha habido un golpe de Estado en Moscú y estamos algo preocupados.

Pronunció esas palabras como si fuera el primer ministro de un país vecino. Mientras hablaba, los iba empujando con el vientre hacia el ascensor. Ellos cedieron. Ya junto a la puerta dejó de sonreír y dijo con una voz clara y distinta:

—Soy el hermano de Alik. Le pido perdón por el retraso; ayer pagué el alquiler y le garantizo que esta situación no volverá a producirse...

Este irlandés del demonio va a empezar a gritar como un loco, pensó Claude, pero el dueño, sin decir palabra, pulsó el botón del ascensor.

13

Durante dos días no apagaron el televisor. Durante dos días el teléfono no dejó de sonar y la puerta chirriaba constantemente. Alik seguía tumbado; su cuerpo parecía plano y de caucho, como una bolsa de agua caliente vacía, pero él estaba muy animado y aseguraba que se encontraba mucho mejor.

Como en un drama antiguo, la acción duraba ya tres días; durante ese tiempo, el pasado, del que se habían separado de forma definitiva, volvió a entrar en sus vidas. Se asustaban, lloraban, buscaban rostros conocidos en la enorme multitud que rodeaba la Casa Blanca y aguardaban momentos emocionantes, como cuando el hijo de Liuda gritó de pronto:

—¡Papá! ¡Mirad, es papá!

En la pantalla, un hombre barbudo con gafas, al que todos tenían la impresión de conocer, avanzaba directamente hacia la cámara, con la cabeza ligeramente inclinada.

Liuda se llevó las manos a la garganta:

—¡Ah, Kostia! ¡Sabía que estabas allí!

En ese momento ya estaba claro que el golpe había fracasado.

—Hemos ganado —dijo Alik.

Resultaba totalmente incomprensible de dónde había sacado ese «nosotros». Pero era el mismo «nosotros» que había sorprendido al padre Víktor en París al comienzo de la guerra. Su abuelo, un oficial del ejército blanco, que había tomado los hábitos ya en la emigración, sintió entonces un intenso vínculo con Rusia; el «ellos» que se había constituido durante los años de la emigración se transformó de pronto

en ese mismo «nosotros», y en 1947 había estado a punto de regresar a Rusia, lo que habría significado su ruina...

Libin no estaba en absoluto de acuerdo con Alik, pero en ese momento no tenía intención de discutir, por lo que se limitó a murmurar:

—En realidad, es absolutamente imposible saber quién ha ganado...

Todos se alegraban de que no hubiera estallado una guerra civil, de que los tanques salieran de la ciudad.

Las noticias se sucedían sin pausa: la estatua de Dzerzhinski había sido abatida en la plaza de la Lubianka y las imágenes mostraban un pedestal vacío, el mejor de todos los monumentos del poder soviético: un pedestal vacío. El partido, ese partido de granito, de mármol y de acero, como se describía a sí mismo, se desmoronaba como polvo, se desvanecía como un espejismo.

Enterraban a tres personas: tres granos de arena elegidos al azar entre la multitud por una mano celestial: muchachos de hermosas facciones, un ruso, un ucraniano y un judío. Sobre dos de ellos agitaban un incensario, el tercero estaba cubierto con un *tallit,* el manto para la oración. Nunca había habido entierros así en ese país... Y miles, miles de personas...

Parecía como si toda la podredumbre, la enfermedad y la bajeza, acumuladas durante tanto tiempo, se hubieran desmoronado de golpe, se hubieran derrumbado, y, como un montón de basura, como una pila de desechos pestilentes, se alejaran siguiendo el curso del río...

Los antiguos rusos, los de aquí, se regocijaban al unísono, y esa alegría general se manifestaba no en el hecho de que bebieran más que de costumbre, sino en las antiguas canciones soviéticas que entonaban. La que mejor cantaba de todos era Valentina:

Alrededor de nosotros todo se vuelve azul y verde...
Bajo cada ventana cantan los ruiseñores...

No había nada azul y verde en ese barrio ni en ese apartamento, y todos sabían perfectamente que en su nuevo país los colores tenían

otros matices, un grado distinto de intensidad, pero cada uno de ellos recordaba los colores de su propia infancia: Valentina pensaba en la calle del Instituto de Kaluga, que llevaba hasta el Oka, de un azul jabonoso, entre dos hileras de pálidos tilos; Alik, en el azul y el verde de Podmoskovie, en el color confiado, acariciante e indeciso de las primeras hojas y del cielo tierno, con largas bandas tornasoladas; Faika, en el barrio de Marina Rosch, con sus cercas cojitrancas y sus toscas cúpulas doradas talladas con hacha, sobre el fondo de una valla de un verde corrosivo...

Desde la calle llegaba la misma música de antes, no una salsa sudamericana corriente, sino una melodía salvaje y absurda, acompañada de martilleos y aullidos. Alik, que era el más sensible a la música, suplicó:

—Libin, por el amor de Cristo, haz algo para que se callen.

Libin desapareció llevándose a Natasha.

En el televisor seguían avanzado las multitudes. En la habitación también había mucha gente; daba incluso la impresión de que entre todas aquellas personas existía una suerte de vínculo. Alik advirtió de pronto una figura desconocida entre los rostros familiares: un viejo pequeño y canoso con una correa de cuero en la frente, vestido con un extraño traje blanco; no obstante, no lo distinguía bien.

—Nina, ¿quién es ese viejo? —preguntó.

Nina se inquietó: ¿acaso había reparado en el propietario?

—Me refiero a ese bajito, con la barba blanca...

Nina miró a su alrededor: allí no había ningún viejo.

La insoportable música cesó de pronto. En su lugar, empezaron a surgir numerosos niños. Eran unos niños extraños y poco simpáticos, con unos rostros algo salvajes. A pesar de lo tardío de la hora, hacía mucho calor. Valentina se aproximó:

—¿Qué pasa?

—Cántanos algo bonito.

Valentina se sentó junto a Alik, abrazó su pierna inerte y se puso a cantar en voz baja y muy clara:

Oh, frío, frío, no me hieles
ni tampoco a mi caballo...

La voz de Valentina era realmente maravillosa y dibujaba figuras en el aire como un barco de juguete lanzado al agua.

Alik se vio embutido en una gruesa pelliza de color marrón, con un gorro de piel de cordero por encima de un pañuelo blanco; la pelliza tenía un cinturón con su hebilla favorita; estaba sentado en un trineo, con la espalda doblada; delante de él sobresalían las botas de fieltro de su madre, y el dobladillo de su abrigo azul golpeaba contra el fieltro gris. Tenía la boca cubierta por una bufanda de lana muy apretada; en el lugar de los labios la prenda estaba húmeda y caliente, pero había que respirar fuerte, muy fuerte, pues, en cuanto se dejaba de respirar, una película de hielo sellaba ese alvéolo cálido y la bufanda se helaba enseguida y se endurecía...

Los niños, que eran cada vez más numerosos, también parecían llevar pellizas, pellizas vellosas cubiertas de nieve...

Chirrió la puerta y del ascensor salió Libin con seis paraguayos. Eran casi todos idénticos, de baja estatura, vestidos con pantalones negros y camisas blancas, con tambores pequeños, carracas y mazos. Se acercaban con el tintineo de su música.

—Nina, pero ¿de dónde han salido? —preguntó Alik con voz indecisa.

—Los ha traído Libin.

Libin estaba completamente borracho. Se acercó a Alik:

—¡Alik! Son unos muchachos estupendos. Les he dado algo de beber. He pensado que no podrían tocar mientras tuvieran las manos ocupadas. ¡Y así ha sido! Son unos muchachos estupendos, pero no hablan inglés. Hay uno que lo chapurrea un poco. Los otros ni siquiera saben mucho español. Hablan el guaraní o una lengua similar. Después de tomar una copa, les he dicho: mi amigo está enfermo. Y ellos me han contestado: tenemos una música especial para los enfermos. ¿Eh? Son unos muchachos interesantes...

Entretanto, los muchachos interesantes se habían colocado en fila

india, uno detrás del otro. El primero, con una cicatriz que le atravesaba el rostro de color rojo ladrillo, golpeó su tambor, y todos se pusieron a girar en redondo, acuclillándose casi a cada paso con sus cortas piernas, balanceándose de forma rítmica y emitiendo una especie de gemidos.

Las muchachas, atormentadas por aquella música desde hacía una semana, estallaron en una risa muda.

Pero allí, en el interior, esa música sonaba de un modo muy distinto. Era sumamente seria, estaba relacionada no con el arte callejero, sino con otras cosas mucho más importantes. En ella resonaban los latidos del corazón, la respiración de los pulmones, el movimiento del agua e incluso los borborigmos de la digestión. Los mismos instrumentos musicales —palabra de honor— eran cráneos y pequeños huesos, y los músicos llevaban colgando pequeños esqueletos, como adornos festivos... Finalmente la música enmudeció, pero apenas habían empezado las personas a murmurar, aprovechándose de esa pausa, cuando se volvieron del otro lado y de nuevo empezaron a girar en fila india; resonó otra música, antigua, siniestra...

—La danza de la muerte —adivinó Alik.

No dejaban de llegar invitados. Alik distinguió entre la multitud al profesor de física del colegio, Nikolái Vasílievich, apodado Chanclo, y se sorprendió levemente: cómo se le había ocurrido emigrar a su edad... Cuántos años tendría ahora... Kolka Záitsev, un compañero de clase que había sido arrollado por un tranvía, delgado, vestido con una chaqueta de esquí con bolsillos, golpeaba con el pie una pelota de trapo... Era muy amable por su parte haberla traído... Su prima Musía, que había muerto de leucemia cuando solo era una niña, atravesó la habitación con una palangana, pero su aspecto no era el de una niña, sino el de una mujercita. No había en todo ello nada extraño, era el orden natural de las cosas. Incluso daba la impresión de que antiguos errores e injusticias quedaban reparados...

Fima se acercó y tocó su mano fría:

—Alik, ya has tenido suficiente por hoy, ¿no?

—Así es —convino Alik.

Fima levantó su ligerísimo cuerpo y lo llevó al dormitorio. Los labios de Alik estaban violetas y las uñas de las manos azules; solo los cabellos llameaban con su inalterable cobre oscuro.

Hipoxia, pensó maquinalmente Fima.

Nina trajo del alféizar una botella con una infusión de hierbas...

El jefe de los paraguayos, su intérprete, se acercó a Valentina y le pidió permiso para tocar sus cabellos. Hundió una mano en sus propios mechones toscos y brillantes como el carbón, pasó los dedos de la otra por el pelo teñido y multicolor de Valentina y se echó a reír: por alguna razón, esa cabellera abigarrada le alegraba. Habían llegado a Nueva York dos semanas antes, procedentes de una gran aldea perdida en un bosque tropical, y todavía no habían tenido tiempo de tocar con la mano todas las curiosidades de ese mundo. Ella tuvo la extraña impresión de que le habían puesto un bonete. Sin embargo, esa sensación no tenía nada de desagradable y desapareció al cabo de unos minutos.

Alik buscaba un poco de aire. Sabía que tenía que respirar mejor, si no el alvéolo cálido de la bufanda se cerraría. Jadeaba convulsivamente, tratando de inspirar más aire del que espiraba.

—Estás cansado...

Fima cerró su puño, seco como la rama de un árbol muerto. El músculo del diafragma moría, los pulmones morían, el corazón moría. Fima abrió su maletín y se quedó pensativo. Podía inyectarle alcanfor, apremiar al agotado corazón, hacerlo galopar. Pero cuánto duraría... Podía administrarle un somnífero. Un olvido agradable, del que probablemente no regresaría. Y si dejaba que las cosas siguieran su curso... Un día, dos... Nadie sabía cuántas horas podía prolongarse aquella situación...

Ese país odiaba el sufrimiento. Lo rechazaba desde un punto de vista ontológico y solo lo admitía como un caso particular que exigía una erradicación inmediata. Aquella joven nación que repudiaba el sufrimiento había puesto en marcha escuelas enteras —filosóficas,

psicológicas y médicas— consagradas a una única misión: librar al hombre del sufrimiento a cualquier precio. Al cerebro ruso de Fima le costaba trabajo asimilar esa idea. La tierra en la que había crecido amaba y valoraba el sufrimiento, incluso lo había convertido en su alimento; mediante el sufrimiento la gente crecía, se hacía adulta, se volvía inteligente... Además, la sangre judía de Fima, que había pasado por el filtro del sufrimiento desde hacía milenios, parecía contener un importante elemento vital que se desmoronaba en ausencia del dolor. Las personas de esa raza, privadas del sufrimiento, pierden también la tierra bajo los pies...

Pero nada de eso tenía relación con Alik. Fima no quería que su amigo padeciera un sufrimiento tan cruel en sus últimas horas de vida...

—Nina, vamos a llamar a una ambulancia —dijo Fima con mucha más decisión de la que había en su alma...

14

El coche llegó en quince minutos. Un joven negro y saludable, con talla de baloncestista y la mandíbula saliente, y un intelectual enclenque con gafas. El médico resultó ser el negro, y el segundo, decidió Fima, era un refugiado polaco o checo que tampoco había obtenido el diploma americano. Una semejanza imperdonable y desagradable. Fima se alejó hacia la ventana.

El negro retiró la sábana. Pasó la mano por delante de los ojos de Alik. Este no reaccionó. El médico cogió su puño, que se hundió en su enorme mano como un lápiz. Pronunció una frase larga y completamente incomprensible. Fima adivinó enseguida que hablaba de pulmones artificiales y de hospitalización. Pero ni siquiera comprendió si proponía llevarlo al hospital o, por el contrario, se negaba.

Nina movió la cabeza, sacudió sus cabellos y dijo en ruso que no permitiría que llevaran a Alik a ninguna parte. El médico examinó con atención su ajada belleza, luego bajó sus grandes párpados con enormes pestañas y dijo:

—Comprendo, *ma'am*.

Tras pronunciar esas palabras, vertió en una gran jeringuilla el contenido de tres ampollas y pinchó a Alik entre la carne y el hueso, en un muslo casi inexistente.

El hombre de las gafas terminó el papel que estaba escribiendo, frunció las enmarañadas cejas, lo que dibujó un gesto de dolor en su rostro de larga nariz, y dijo al médico con un acento que incluso Fima encontró monstruoso:

—La mujer no se encuentra bien, dele un tranquilizante, teniendo en cuenta...

El médico se quitó los guantes, los arrojó en el maletín y, sin mirar al hombre que le había dado aquel consejo, murmuró un comentario despectivo. Fima se alteró: de qué manera lo...

Qué hago aquí como un idiota, esperando no se sabe qué. Tengo que regresar, pensó por primera vez en todos aquellos años perdidos. Y enseguida se asustó: ¿sería capaz de convertirse de nuevo en médico? ¿Podría superar esos malditos exámenes en ruso? En cualquier caso, en Járkov nadie le pediría nada, allí su diploma era válido...

Tras la marcha de la absurda medicina, Nina desplegó una intensa actividad. De nuevo empezó a ocuparse de las botellas. Se sentó a los pies de Alik, se vertió en la mano un poco de líquido y empezó a frotarle las piernas, desde la punta de los dedos hasta el muslo.

—No comprenden nada. Nadie comprende nada, Alik. No creen en nada. Pero yo tengo fe. Yo tengo fe. Señor, yo tengo fe.

Siguió echándose líquido en la mano; las manchas se extendían por la sábana, las salpicaduras volaban en distintas direcciones, mientras ella frotaba con furia las piernas y después el pecho.

—Alik, Alik, haz algo, di algo. Maldita noche... Mañana estarás mejor, ya lo verás.

Pero Alik no respondía, solo respiraba de forma convulsiva y penosa.

—Nina, ¿por qué no te acuestas un poco? Yo mismo le daré el masaje. ¿Te parece bien? —le propuso Fima, y ella aceptó con una facilidad inesperada—. Gioia sigue en el estudio. Quería cuidarlo esta noche. Puedes tumbarte allí, sobre la alfombra. Y ella se instalará aquí.

—Que se largue. No necesita a nadie. —Se tumbó boca abajo, a los pies de Alik, atravesada en la amplia cama en la que él se moría definitivamente, y siguió hablando—: Iremos a Jamaica o a Florida. Alquilaremos un coche grande y nos los llevaremos a todos con nosotros: a Valentina, a Libin, a todos los que queramos. Y por el camino pasaremos por Disneylandia. ¿Vale, Alik? Será estupendo. Nos detendremos en moteles, como la otra vez. Estos médicos no entienden nada. Te curaremos con hierbas, otros más enfermos que tú se han

curado... Se han recuperado...

—Deberías dormir un poco, Nina.

Ella asintió con la cabeza.

—Tráeme algo de beber.

Fima fue a prepararle su brebaje. Los huéspedes habían desaparecido.

En el taller, acurrucada en un rincón, estaba Gioia con su Dostoievski gris, esperando que le dijeran si tenía que velar al enfermo. Uno de los huéspedes se había quedado a pasar la noche y dormía con la cabeza debajo de una manta. Liuda, que terminaba de lavar los vasos, preguntó a Fima:

—¿Qué?

—Es la agonía —dijo Fima con solo tres palabras.

Le llevó a Nina su bebida. Ella la tomó, se acurrucó a los pies de Alik, luego empezó a murmurar algo incomprensible y poco después se quedó dormida. Al parecer, todavía no entendía lo que pasaba.

Al día siguiente, es decir, ese mismo día, Fima tenía que trabajar, pero el siguiente podría tomárselo libre; probablemente no habría necesidad de un tercer día. Se sentó en la cama, separando las rodillas abultadas, cubiertas de una alfombra de pelo; era un hombre encorvado, un desdichado, un fracasado. No podía hacer otra cosa que seguir sentado, beber vodka con zumo de naranja, humedecer los labios de Alik —no podía tragar nada— y esperar a ver qué pasaba.

Ya de madrugada, los dedos de Alik empezaron a temblar ligeramente, y Fima decidió que había llegado el momento de despertar a Nina. Le acarició la cabeza; ella regresó de un lugar muy lejano y, como siempre, necesitó un buen rato para comprender dónde había encallado. Cuando la comprensión alumbró sus ojos, Fima le dijo:

—¡Nina, levántate!

Ella se inclinó sobre su marido y se sorprendió de nuevo del cambio que se había producido en él durante el poco tiempo que había pasado durmiendo. Su rostro se había convertido en el de un muchacho de catorce años: infantil, tranquilo, luminoso. Pero apenas se oía su respiración.

—Alik —dijo, pasando la mano por su cabeza y su cuello—, Alik...

Su sensibilidad había sido siempre absolutamente sobrenatural. Respondía a su llamada enseguida, por muy lejos que estuviera. Le llamaba por teléfono desde otra ciudad justo cuando ella se lo pedía mentalmente, cuando lo necesitaba. Pero esta vez no respondió. Nunca había sucedido eso.

—Fima, ¿qué pasa? ¿Qué le sucede?

Fima estrechó sus enjutos hombros.

—Se está muriendo.

Y ella comprendió que era verdad.

Sus ojos transparentes se animaron, se irguió y le dijo a Fima con inesperada firmeza:

—Sal y por el momento no vuelvas.

Fima salió sin decir palabra.

15

Liuda se detuvo con aire indeciso junto a la puerta y desde el umbral miró hacia el interior.

—¡Marchaos todos, todos! —gritó Nina, con un gesto majestuoso e incluso teatral.

Gioia, sentada en un rincón, con la barbilla apoyada en las rodillas, se sorprendió:

—Nina, he venido para velarle.

—¡He dicho que os vayáis todos!

Gioia se puso colorada, empezó a temblar y se abalanzó sobre el ascensor. Liuda, con aire confuso, se quedó en medio del taller... El huésped dormido roncaba, con la manta sobre la cabeza. Nina trajinaba en la cocina, extrayendo de algún lugar profundo una sopera de porcelana blanca.

Por un momento revivió el maravilloso día de su llegada a Washington: pasaron la noche en casa de Slava Krein, un alegre bajista reconvertido en triste programador; desayunaron en un pequeño restaurante de Alexandria, cerca de una plaza. Unos jubilados tocaban en la calle una música terriblemente mala, pero absolutamente libre; luego Krein los había llevado a un mercadillo callejero. El día era tan alegre que decidieron comprar algo bonito, pero por medio dólar. En realidad, tenían muy poco dinero. Allí, un atractivo negro con el pelo canoso y una mano lisiada no había dejado de insistirles hasta que le compraron una sopera inglesa; luego habían pasado todo el día cargando con aquel objeto grande e incómodo que no cabía en ninguna bolsa; más tarde Krein se había ido en coche a recoger o acompañar a

alguien.

Por eso la compramos entonces, adivinó Nina, llenándola de agua.

Se irguió cuan larga era, se hizo aún un poco más alta, llevó con aire solemne la sopera al dormitorio, la mantuvo en alto, al nivel del rostro, y apretó los labios contra el borde.

Está completamente loca. ¿Qué va a hacer?, pensó Fima, frunciendo el ceño.

Ya había olvidado que acababa de echar a todo el mundo.

Colocó con cuidado la sopera en el taburete rojo. Sacó de la cómoda tres velas, las encendió, derritió los extremos y las pegó contra el borde de porcelana. Todo le salió a la primera, sin esfuerzo; los objetos necesarios parecían venirle al encuentro.

Descolgó de la pared el icono de papel y sonrió pensando en el extraño sujeto que lo había dejado allí. Era uno de los muchos emigrantes sin hogar que en aquella época vivían en su casa. Nina era indiferente a esos huéspedes y, por lo general, apenas reparaba en ellos; no obstante, en el caso de aquel hombre le había pedido a Alik que lo echara lo antes posible, pero este le había dicho:

—Nina, cállate. Vivimos demasiado bien.

Aquel tipo estaba chiflado, no se lavaba, llevaba una especie de cilicio sobre el cuerpo, odiaba América y decía que por nada del mundo habría ido allí, pero una visión le había revelado que Cristo se hallaba en ese momento en América y él se había impuesto la misión de encontrarlo. Para ello recorría Central Park de la mañana a la noche. Luego alguien le sugirió una idea, y él se marchó a California, en compañía de otro tipo parecido a él pero americano, un tal Serafim o Sebastian... Según se decía, también estaba loco, y además era monje...

Nina apoyó el icono contra la sopera y se quedó pensativa durante un instante. Un pensamiento le preocupaba... La cuestión del nombre... Tenía un nombre absolutamente imposible: en honor de un abuelo difunto, los padres le habían puesto Abraham. Pero siempre lo llamaban Alik; hasta que sus padres se divorciaron, no dejaron de discutir sobre quién había tenido la idea de poner al niño un nombre tan disparatado y provocador. Fuera como fuese, ni siquiera los amigos

más cercanos conocían su verdadero nombre; además, cuando recibió sus documentos americanos, se inscribió como Alik...

El hombre, a quien no le quedaba mucho tiempo para nombre alguno, cualquiera que fuese, emitía de vez en cuando estertores convulsivos.

Nina se puso a buscar un calendario religioso, deslizó la mano al azar en la estantería y, detrás de una pila de libros colocados de cualquier manera, encontró enseguida un viejo calendario. Debajo del veinticinco de agosto estaba escrito: santos Fotia y Anikita, Pámfilo y Capitón; el obispo mártir Alejandro... De nuevo, todo salía a la perfección. Era el nombre apropiado. Todo le venía dado. Sonrió.

—Alik —llamó a su marido—. No te enfades y no te ofendas: voy a bautizarte.

Quitó de su largo cuello una cruz de oro que había sido de su abuela, una cosaca de la región del Tiérek. María Ignátievna se lo había explicado todo: cualquier cristiano puede bautizar a otro si se trata de un moribundo. Ya fuera con una cruz de oro o con unas cerillas cruzadas. Con agua o con arena. Ahora solo tenía que pronunciar unas palabras sencillas que recordaba perfectamente. Se santiguó, hundió la cruz en el agua y exclamó con una voz ronca:

—En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo...

Trazó una cruz en el agua, hundió la mano en la sopera, cogió un poco de agua en la palma y, rociando con ella la cabeza de su marido, concluyó:

—... el siervo de Dios Alik ha sido bautizado.

Ni siquiera se dio cuenta de que el nombre tan apropiado de Alejandro se había borrado de su memoria en el momento decisivo.

No sabía qué más tenía que hacer. Con la cruz en la mano, se sentó cerca de Alik y con los dedos le mojó el rostro y el pecho con agua bautismal. Una de las velas se dobló y, contraviniendo las leyes de la física, cayó no fuera, sino dentro del recipiente consagrado. Chisporroteó y se apagó. A continuación, Nina le puso su cruz al cuello.

—Alik, Alik —lo llamó.

Él no respondió, solo emitió un gemido gutural y luego volvió a

quedar en silencio.

—¡Fima! —gritó ella.

Fima entró.

—Mira lo que he hecho: lo he bautizado.

Fima reaccionó como un profesional:

—Bueno, está bien. No le hará ningún mal.

Su animación y el sentimiento maravilloso de haber hecho todo correctamente abandonó de pronto a Nina. Apartó el taburete a un lado, se tumbó junto Alik y se puso a decir disparates que Fima ni siquiera escuchaba.

La puerta se entreabrió y entró Kipling, un perro tranquilo que llevaba tres días tumbado en el umbral, esperando a su ama. Kipling apoyó la cabeza en la cama.

Hay que sacarlo, pensó Fima. Era hora de dirigirse al trabajo. Gioia, ofendida, se había marchado. Liuda también se había ido en medio de la noche. Fima despertó a la persona dormida; resultó ser Shmul y no Libin, como Fima había supuesto, lo que era una suerte, pues Shmul no tenía que ir a ninguna parte; durante los diez años que llevaba en América había vivido de subsidios. Fima lo sacudió, le dio instrucciones para un caso extremo y le anotó el número de teléfono de su trabajo. Ya solo quedaba sacar a Kipling, que seguía tranquilamente junto a la puerta, moviendo la cola, y marcharse al trabajo.

16

El día siguiente del bautizo, Nina no salió del dormitorio; se quedó tumbada en la cama, abrazada a las piernas de Alik, y no permitió entrar a nadie.

—Silencio, silencio, está durmiendo —le decía a todo el que entreabría la puerta.

Alik estaba en coma y solo de vez en cuando dejaba escapar un gemido. Oía todo lo que se decía a su alrededor, pero era como si las palabras vinieran de muy lejos. De vez en cuando sentía deseos de decirles que todo iba bien, pero la bufanda estaba muy apretada y él no podía aflojarla.

Al mismo tiempo, estaba totalmente absorbido por nuevas sensaciones. Se sentía ligero, brumoso y absolutamente alerta. Se movía en el interior de una película en blanco y negro, aunque el negro no era completamente negro ni el blanco completamente blanco. Más bien todo se componía de tonalidades grises, como si se tratara de una película vieja y gastada. Aquella situación no era nada desagradable.

En ese movimiento, que tanto había echado de menos en los últimos meses, había una felicidad comparable solo a la de los narcóticos. Las sombras que centelleaban en el arcén de una carretera descolorida eran vagamente familiares. Algunas recordaban a siluetas de árboles, otras tenían una apariencia humana. Volvió a surgir su profesor Nikolái Vasílievich, alias Chanclo, y Alik advirtió con satisfacción que aquella aparición de Nikolái Vasílievich, matemático, hombre de juicio riguroso y sensato, era la prueba de la absoluta realidad de lo que estaba pasando y lo liberaba de una ligera inquietud: no era un sueño ni una

especie de delirio... Nikolái Vasílievich lo había reconocido, le había saludado con la mano y Alik comprendió que se dirigía a él.

Nina había vuelto a hacer tintinear sus botellas, pero el ruido era más agradable y musical. Vertiendo en la mano el resto de una infusión de hierbas, murmuró unas palabras incomprensibles, pero nada de eso conseguía molestarlo, ni siquiera un poco. En ese tiempo Chanclo se había aproximado mucho a él y Alik vio que, lo mismo que antes, chasqueaba los labios sin ruido, como hacía en la escuela; Alik había olvidado esa costumbre suya, pero ahora la recordaba con ternura. Aquel detalle era una prueba más de que no se trataba de un sueño, de que todo estaba sucediendo realmente...

A mitad de la jornada llegó el técnico del aire acondicionado, un mulato indiferente cargado de cadenas de oro, con un ayudante joven y enclenque: uno de los amigos había pagado el desplazamiento. Nina los dejó entrar en la habitación y ellos arreglaron rápidamente el aparato, sin dirigirle una sola mirada al moribundo. El calor de la habitación fue sustituido en poco tiempo por un frescor polvoriento. Luego llegó Valentina, pero Nina no la dejó entrar, por lo que se quedó en el estudio junto a una llorosa Gioia.

Tee-shirt se había instalado cómodamente en un rincón sobre la alfombra blanca y sucia, con la cabeza apoyada en una manta enrollada, y devoraba un libro en inglés que soñaba con leer en el original. Era *El libro tibetano de los muertos.* Desde el día anterior no dejaba de pensar en que era una pena no ser un hombre y no poder retirarse a un monasterio tibetano. Aquella mañana le había preguntado a su madre si podía hacerse una operación para reducir su pecho a la mitad... Como si eso la acercara al hermoso destino de un monje tibetano...

Habían puesto varios cojines en la espalda de Alik y este estaba casi sentado en la cama. Nina le humedecía los labios oscuros y resecos, y trataba de administrarle agua con ayuda de una pajita, pero el líquido goteaba enseguida por la boca.

—Alik, Alik.

Lo llamaba, lo tocaba, lo acariciaba. Apretaba los labios contra su

plexo solar, lamía su vientre con la lengua hasta el ombligo, a lo largo de esa línea apenas perceptible que divide al hombre en dos. El olor de su cuerpo le pareció extraño y el sabor de su piel, amargo. Desde hacía dos meses lo marinaba sin descanso en esa amargura.

Hundió el rostro en sus cabellos cortos, rizados y rojizos, y pensó que estos no habían cambiado en absoluto...

Finalmente, dejó de molestarlo y se tranquilizó; en ese momento Alik dijo de pronto con gran nitidez:

—Nina, estoy completamente curado...

Cuando Fima llegó de su trabajo a eso de las siete, se encontró con un extraño espectáculo en el dormitorio: Nina estaba sentada frente a Alik encima de su quimono negro, completamente desnuda, y frotaba sus estupendos brazos con un poso de hierbas, al tiempo que decía:

—¿Ves cómo ayudan? Son unas hierbas excelentes... Levantó hasta Fima sus ojos radiantes y le dijo con voz solemne y soñolienta:

—Alik me ha dicho que se ha curado...

Ha muerto, adivinó Fima. Tocó la mano de Alik: estaba muda, la música de tambor había desaparecido de ella.

Fima salió del dormitorio y se dirigió al estudio, se sirvió medio vaso de vodka barato de una gran botella con asa, lo bebió y recorrió varias veces la habitación de un extremo al otro. Todavía no había mucha gente, pues la mayoría de las personas llegaban más tarde. Nadie le prestaba atención, todos estaban ocupados: Valentina jugaba con Libin en el backgammon de Alik. Gioia desplegaba las cartas del tarot, que Nina le había enseñado a interpretar, tratando de introducir un poco de claridad en su solitaria vida, ya de por sí bastante clara. Faika comía una tortilla con mayonesa. Lo comía todo con mayonesa. La moscovita Liuda había terminado de limpiar toda la vajilla hacía un buen rato y estaba sentada con su hijo junto al televisor, en espera de noticias frescas de Moscú.

—Aliosha, apaga el televisor. Alik ha muerto —dijo Fima en voz baja, tan baja que nadie le oyó—. Muchachos, Alik ha muerto —repitió

con el mismo tono de voz.

El ascensor chirrió e Irina entró en la estancia.

—Alik ha muerto —le dijo, y esta vez, por fin, todos lo oyeron.

—¿Ya? —se lamentó Valentina con tanta tristeza como si él le hubiera prometido vivir eternamente y hubiera destruido sus planes con su muerte intempestiva.

—¡Oh, *shit*! —exclamó Tee-shirt y, arrojando el libro, se lanzó sobre el ascensor, arrollando casi a su madre.

Irina estaba junto a la puerta y frotaba pensativa su hombro dolorido. Si fuera a pasar en Rusia una semana, visitaría a los Kazántsev y a Guisia. (Guisia era la hermana mayor de Alik.) Debe de ser ya una anciana, pues tenía catorce años más que Alik. Me quería mucho...

Gioia dejó las cartas y se echó a llorar.

Por alguna razón, todos empezaron a vestirse. Valentina hundió la cabeza en una larga falda india. Liuda se puso sus sandalias. Querían entrar en el dormitorio, pero Fima los detuvo:

—Esperad, Nina todavía no lo sabe. Hay que decírselo.

—Díselo tú —propuso Libin.

Hacía tres años que no hablaba con Fima, pero ni siquiera reparó en esa circunstancia cuando se dirigió a él.

Fima entreabrió la puerta del dormitorio: todo seguía igual que antes. Alik estaba tumbado, cubierto hasta la barbilla con una sábana anaranjada; Nina, sentada en el suelo, frotaba sus pies delgados con sus largos dedos y repetía:

—Son unas hierbas estupendas, Alik; tienen un poder extraordinario...

En la habitación también estaba Kipling. Había puesto las patas delanteras sobre la cama, y apoyaba sobre ellas su hocico inteligente y triste.

Menuda tontería es eso de que los perros tienen miedo a los muertos, pensó Fima.

Levantó a Nina, cogió del suelo su quimono mojado y se lo puso sobre los hombros. Ella le dejaba hacer.

—Ha muerto —exclamó Fima por enésima vez, y tuvo la impresión de que ya se había acostumbrado a aquella nueva configuración del mundo sin Alik.

Nina lo miró con ojos atentos y transparentes y sonrió. En su rostro fatigado había una expresión algo maliciosa.

—Alik se ha curado, ¿sabes...?

La sacó del dormitorio. Valentina le traía ya su bebida. Nina la tomó y esbozó una sonrisa mundana que no iba dirigida a nadie en concreto.

—¿Sabéis? Alik se ha curado. Él mismo me lo ha dicho...

Gioia emitió un sonido semejante a una risa y se inclinó sobre la cocina, tapándose la boca con la mano. Abajo sonó el interfono. Nina estaba sentada en el sillón, con aspecto luminoso y confuso, y removía un cubito de hielo en su vaso con una varilla.

Era el vivo retrato de Ofelia. Su defensa, como en el caso de un verdadero boxeador, consistía en no querer saber nada. Era normal, él nunca la había abandonado, ella vivía fuera de la realidad y él siempre había protegido su locura. Hay una lógica en esa locura, pensó Irina. Ya no tenía nada que hacer allí y sentía deseos de marcharse cuanto antes.

Salió a la calle. Tee-shirt no la esperaba junto a la puerta. Había perdido a su hija. Irina atravesó la lenta corriente de coches y entró en un café.

El camarero, un negro perspicaz, le preguntó con tono afirmativo:

—¿Un whisky?

Y a continuación le puso un vaso delante.

Seguramente es amigo de Alik, pensó Irina y, señalando con el dedo la casa de enfrente, dijo:

—Alik ha muerto.

El otro comprendió enseguida a qué se refería. Levantó sus esculturales manos, cubiertas de anillos y brazaletes de plata, que tintinearon, frunció su oscuro rostro de jamaicano y exclamó con lenguaje bíblico:

—Señor, ¿por qué te llevas siempre a los mejores?

Luego se sirvió un vaso de una gruesa botella, lo bebió de un trago y le dijo a Irina:

—Dime, muchacha, ¿cómo está Nina? Quiero darle dinero.

Hacía mucho tiempo que nadie la llamaba muchacha.

De pronto Irina tuvo una revelación: ¡era como si él no se hubiera marchado nunca a ninguna parte! Había reconstruido Rusia a su alrededor. Pero hacía mucho tiempo que esa Rusia no existía. Ni siquiera podía saberse si había existido alguna vez... Despreocupado e irresponsable. Allí nadie vivía así. ¡Así no vivía nadie en ninguna parte! ¿De dónde diablos le venía ese encanto con el que había hechizado incluso a su hija? No hacía nunca nada por nadie, ¿por qué, entonces, todos se desvivían por él...? No lo comprendía. No podía comprenderlo...

Irina se acercó al teléfono que había al fondo del café, metió una tarjeta y marcó un largo número. En casa de Harris estaba puesto el contestador automático y en la oficina su secretaria, una vieja que a Irina le recordaba a un chimpancé, le dijo que en ese momento estaba ocupado.

—Pásemelo enseguida —le pidió Irina, y le dio su nombre.

Harris no tardó en coger el auricular.

—Me he liberado y puedo ir a verte este fin de semana.

—Llámame para decirme a qué hora tengo que ir a recogerte.

Había sequedad en su voz, pero Irina sabía que se alegraba.

Un rostro seco y rubicundo, un bigote impecable, una calva limpia y reluciente... Un sofá, un vaso, un limón... once minutos de amor, cronometrados, y un sentimiento de total seguridad cuando apoyaba su cabeza contra su ancho pecho cubierto de vello rizado... Todo eso era muy serio y había que llevarlo hasta el final...

17

No había duda de que el pasado era inmutable; además, qué habría tenido que cambiar...

Había trabajado hasta el final, participando en la última representación en Boston y, sin pasar siquiera por el hotel, se había dirigido al aeropuerto. Compró un billete, y al cabo de dos horas estaba en Nueva York. Era el año 1975. Tras abonar el billete, le habían quedado cuatrocientos treinta dólares que había traído de Rusia en el bolsillo del pantalón. Había hecho bien: la troupe no había recibido dinero en mano, les habían prometido pagarles el último día para hacer compras, pero ella ya no podía esperar más.

Sentada en el avión, miraba el reloj y comprendía que el escándalo estallaría al día siguiente por la mañana y no ese mismo día por la tarde. Ese día, el sudoroso director iría corriendo al sórdido hotel, irrumpiría en todas las habitaciones y preguntaría a todo el mundo cuándo habían visto a Irina por última vez. Qué anatemas se escucharían, el jefe de personal sería despedido, de eso no había duda... Su padre estaba jubilado, seguramente se ocupaba de algún negocio, saldría adelante. Su madre era una mujer inteligente y se alegraría; la llamaría al día siguiente para decirle que todo le iba estupendamente y que no se preocupara por ella...

Ya en Nueva York había telefoneado a Pereira, un director de circo que había prometido ayudarla. No estaba en casa. Como supo después, tampoco estaba en la ciudad. Sencillamente, había olvidado advertirle de su marcha. El segundo número de teléfono que tenía, apuntado por casualidad, era el de Ray, un payaso al que había conocido tres años

antes en un festival de circo en Praga. Estaba en casa. A duras penas consiguió explicarle quién era. Era evidente que no la recordaba, pero le permitió ir a su casa.

Su primera noche en Nueva York había pasado como en un sueño. Ray vivía en un minúsculo apartamento en Greenwich Village con un amigo. Fue este último, un joven esbelto vestido con un traje de baño de mujer, quien le abrió la puerta. Ambos eran unos muchachos estupendos y la habían ayudado mucho. Más tarde Ray le había confesado que no se acordaba en absoluto de ella y que ni siquiera estaba seguro de haber ido alguna vez a Praga.

Dado que Butane —Irina nunca llegó a saber si era el nombre, el apellido o el apodo del compañero de Ray—llevaba cinco años viviendo ilegalmente en América, su alocado paso no le parecía tan alocado. En esa época, ambos estaban sin blanca, no tenían contrato y se preguntaban cómo iban a pagar el apartamento. A la mañana siguiente habían satisfecho el alquiler con el dinero de Irina y habían salido a ganarse la vida. Su lugar de trabajo era Central Park; según le dijeron, Irina les había traído suerte.

Los primeros días se había contorsionado sobre una alfombra con sus números de acróbata; luego había confeccionado cinco muñecos de trapo que se había metido en las manos, en los pies y en la cabeza, y sus ingresos habían sido considerables. Irina dormía discretamente sobre los tres cojines del diván, en la habitación contigua, sin limitar lo más mínimo la libertad sexual de sus amigos. Al cabo de un tiempo, Butane había empezado a insinuarse y Ray se había puesto nervioso. Por tanto, la idea de su asociación a tres pendía de un hilo. Irina siguió trabajando con ellos, pero comprendió que tenía que buscarse rápidamente otro medio de subsistencia. En general, eran unos muchachos estupendos, y ella había dejado de preocuparse por su huida brutal: media América estaba llena de gente como ella.

Un día de agosto, mientras interpretaba su número junto a la entrada del pequeño zoológico de Central Park, se había encontrado en brazos de Alik, que durante veinte minutos había observado atentamente el alegre trabajo de sus musculosos brazos y piernas.

Al cabo de veinte minutos entraba en ese mismo almacén, que entonces no había sido tabicado. En esa época, Alik llevaba ya dos años en América, trabajaba mucho y su obra se vendía bastante bien. Estaba alegre y llevaba una vida independiente; su emigración parecía afortunada. Vio a Irina, con su cuerpo de animal pequeño y ágil y su insolente rostro humano, y comprendió que era precisamente ella lo que le faltaba.

Habían pasado siete años desde que se separaron. Ahora les parecía que habían sido unos años completamente desaprovechados y trataron de recuperar lo antes posible las palabras, los gestos y los movimientos perdidos. Las veinticuatro horas de la jornada no les bastaban. Todo era cristalino y transparente. Vivían en una nube.

Una noche, al regresar a casa, habían encontrado tirada en la calle una enorme alfombra blanca, procedente de una casa rica, y la habían arrastrado con esfuerzo hasta el estudio. Ahora Irina estaba sentada en esa alfombra, en la postura de loto que le era habitual, con un manual de gramática inglesa en la mano. Era idea de Alik: había que comenzar precisamente por la gramática. Ella la estudiaba a fondo. Y él se ocupaba de sus granadas. Toda la casa estaba llena de ellas: rosadas, purpúreas, resecas, parduscas, agrietadas y podridas; algunas parecían sencillamente cadáveres secos de los que se había extraído el jugo ardiente.

En los cuadros de esa época las granadas aparecían solas, en parejas, en grupos pequeños, realizaban intercambios y transferencias. Podía suponerse que, al efectuar esas manipulaciones poco complicadas, el artista iba a descubrir de pronto una cifra nueva, desconocida por todos, dentro de los límites habituales de la sucesión de cifras, por ejemplo, entre el siete y el ocho.

Irina vivió ochenta y ocho días en aquel estudio. Comían, charlaban, se abrazaban, tomaban duchas tibias —porque también en ese periodo hacía calor y las tuberías se recalentaban— y todo era felicidad, o mejor dicho, el comienzo de la felicidad, pues era imposible imaginar que todo eso fuera a terminar. Las composiciones de Scott Joplin llenaban el aire nocturno.

En los labios duros de Irina afloraba una ternura indeterminada: ya sabía que estaba embarazada, y todo su cuerpo, de la cabeza a los pies, experimentaba una felicidad fisiológica. Alik todavía no estaba al tanto de la noticia.

Aun antes de conocerla, Alik no tenía claro qué debía hacer. En la época esperaba precisamente la llegada de Nina, de la que se había divorciado antes de su partida, sin saber siquiera él mismo si había sido una separación en serio o en broma. El padre de Nina nunca le habría dado autorización para abandonar el país, y Alik estaba firmemente decidido a marcharse. Después de su partida, Nina empezó a empeorar de su sosegada locura, trató de acabar con su vida —era su segundo intento de suicidio—, fue ingresada en un hospital psiquiátrico y no dejaba de llamar por teléfono... Al final encontraron un testaferro, un americano que se casó con ella, lo que permitió a Nina solicitar un permiso para instalarse definitivamente con su marido ficticio. Para obtener esos papeles a veces se necesitaban años de gestiones.

Una tarde, Irina y Alik estaban sentados en el estudio. Alik cortó con un cuchillo un melón largo y rosado, que se abrió en dos; en ese momento sonó el teléfono. Nina, radiante de felicidad, le anunciaba que había recibido autorización para salir del país y ya había reservado un billete.

—Bueno, no sé cómo voy a salir de esta —exclamó Alik al colgar el auricular.

Para Irina toda aquella historia fue una completa sorpresa.

—Sin mí no sobrevivirá, es una mujer muy frágil...

Recordaba perfectamente que Irina era fuerte, que sabía caminar sobre las manos por el borde de un tejado, que no temía a los superiores, ni a las autoridades... Por eso le propuso alquilar una habitación en casa de unos conocidos de Staten Island y arreglar poco a poco aquella situación estúpida y sin salida en la que se había metido. Se había olvidado del orgullo de Irina, que en esos años no había decrecido. Una semana antes de la llegada de Nina, cuando ya habían llegado a un acuerdo con aquellos conocidos, Irina se marchó de casa de Alik, según creía ella para siempre...

18

Irina salió del café y se detuvo, sin saber adónde dirigirse. Probablemente, lo mejor era irse a casa; Tee-shirt ya debía de estar allí. Un microbús con un aparato de aire acondicionado en el techo se acercó al portal de Alik, se detuvo justo debajo de la señal de *No standing at any time* y expulsó a dos hombres con uniforme. Un tercero, provisto de un maletín y parecido a un Charlie Chaplin calvo, los seguía al trote.

—Los enterradores —adivinó Irina—. Me voy a casa inmediatamente.

Fima recibió a los empleados de la funeraria. Había que montar una puesta en escena, por lo que hizo un gesto con la cabeza a Valentina:

—Que Nina no se mueva de aquí.

Pero Nina no tenía intención de ir a ninguna parte. Estaba sentada en el desfondado sillón blanco y murmuraba algún comentario misterioso sobre las hierbas, la voluntad de Dios y el carácter de Alik...

Los dos robustos jóvenes y su enclenque jefe se encerraron en el dormitorio. Qué pena que Alik ya no pudiera reírse de aquel cómico trío.

Mientras Fima se ponía de acuerdo con ellos en los detalles de la ceremonia —Charlie Chaplin era una especie de administrador—, los sólidos muchachos sacaron del maletín una enorme bolsa negra de plástico grueso, semejante a esas de basura que llenan las calles todas las tardes, y con gestos ágiles, realizados en tres tiempos, metieron a Alik dentro, como se hace con los productos comprados en una tienda.

—*Stop, stop* —dijo Fima, deteniéndolos—. Esperen un minuto. Para que su esposa no lo vea...

Salió del taller, arrancó a la dócil Nina del sillón y la llevó a la cocina. Allí la apretó levemente contra él y, rozando con su mejilla sin afeitar su largo cuello cubierto de arrugas tan finas que parecían trazadas por una aguja, le preguntó:

—¿Qué necesitas, gatita? ¿Quieres que vaya a comprarte hierba?

—No, no quiero fumar. Pero podría beber alguna cosa más...

Le apretó el puño y lo mantuvo en su mano durante medio minuto.

—Voy a ponerte una inyección, ¿de acuerdo? Una inyección que va a hacerte bien.

Consideró qué cóctel podía administrarle para dejarla fuera de circulación durante un tiempo.

Mientras tapaba con su ancha espalda la puerta de la cocina, los empleados de la funeraria sacaron el saco negro, como se hace con un objeto viejo, roto e inútil.

Cuando abrieron la puerta trasera del microbús y depositaron en el interior el saco negro, Irina ya se dirigía hacia el metro.

Poco después Fima le puso una inyección a Nina, que se dejó llevar por el sueño y estuvo durmiendo hasta la mañana siguiente sobre una sábana anaranjada igual a aquella en que se habían llevado a su marido. Lo más extraño era que ni siquiera preguntó dónde estaba. Se limitó a sonreír con ternura y a decir, antes de dormirse:

—No me escucháis nunca, ya os he dicho que se ha curado...

No paraba de llegar gente. Muchos no sabían que había muerto, simplemente pasaban por allí. Apareció un cantante italiano con el que Alik había trabado amistad en sus tiempos de Roma. También vino el dueño del café, que efectivamente aportó un cheque. Libin, siguiendo la vieja tradición rusa, reunía el dinero. Se presentaron unos cuantos moscovitas, uno con una carta para Alik, otro diciendo que era un viejo amigo suyo. Pasaron también por allí algunos individuos a los que nadie conocía. El teléfono sonaba: tan pronto era una llamada de París como de Yaroslavl.

El padre Víktor, cuando se enteró de que Alik había sido bautizado antes de morir, lanzó un grito, levantó los brazos, sacudió la cabeza y luego dijo:

—Es la voluntad de Dios...

¿Qué otra cosa podía decir un honrado sacerdote ortodoxo?

Por la mañana, la víspera de los funerales, pasó a recoger a Nina en su viejo coche, la llevó al templo vacío —ese día no había servicio— y celebró una misa fúnebre en ausencia, para un hombre bautizado casi en ausencia. Cantó con tronante voz de bajo las mejores palabras que se han inventado para esas ocasiones. Nina resplandecía de alegría e irradiaba una belleza angelical, mientras Valentina, que estaba detrás de ella con una vela, en el haz de luz polvorienta que caía de la claraboya del techo, se absolvía a sí misma del pecado de haber amado al marido de otra mujer.

Cuando los últimos ecos de la voz se apagaron en el aire vacío y polvoriento, Valentina recibió de manos del padre Víktor un paquete cuadrado lleno de tierra, una cinta blanca con una oración y un pequeño icono de papel. Para depositarlo en el ataúd.

Luego Valentina cogió del brazo a la vacilante Nina y la sentó en un taxi. Al entrar en el desvencijado coche amarillo, Nina inclinó su pequeña cabeza y movió los hombros como si acabara de subirse a un Rolls-Royce para dirigirse a una recepción en el palacio de Buckingham.

Me he quedado a cargo de este pobre pajarito, suspiró Valentina. Señor, y yo que la he odiado durante tantos años...

19

Los propietarios de la funeraria Robins —Rabinovich en el siglo pasado — habían suavizado tanto la conocida rigidez judía, impregnándola de una tolerancia humanista y comercialmente justificada, que en los últimos cincuenta años la Sociedad Funeraria Judía se había transformado en una simple «empresa de pompas fúnebres», con cuatro salas independientes en las que se desarrollaban ceremonias de todas las confesiones religiosas, con las excentricidades más diversas. Precisamente la semana anterior el señor Robins había tenido que instalar en una de las salas una pantalla de cine para proyectar ante familiares y amigos, con el difunto de cuerpo presente e inmediatamente antes de los funerales, según se disponía en su testamento, una película de tres horas sobre sus actividades artísticas. Era bailarín de claqué.

El escenario de los funerales de Alik era relativamente modesto: no habían encargado ningún procedimiento religioso y habían rechazado una lápida —Robins tenía un estimable taller de granito—, pero habían comprado una plaza en la parte judía del cementerio, la más cara. Cierto que era un lugar sórdido, cerca del muro y sin sendero que llegara hasta él.

La ceremonia estaba prevista para las tres, pero diez minutos antes de esa hora el vestíbulo ya estaba lleno. El Robins actual, un atractivo anciano de aspecto levantisco, cuarto propietario de un negocio impecable, que no conocía recesiones económicas, estaba perplejo. Consideraba que podía decirlo todo de un cliente a partir del carácter de las personas que asistían a la ceremonia. En ese juego psicológico

veía uno de los aspectos más atrayentes de su profesión. Pero esta vez no solo era incapaz de determinar a la primera ojeada la posición económica de su cliente, sino que incluso albergó dudas sobre su nacionalidad, aunque el deseo de sus familiares de enterrarlo en la parte judía del cementerio parecía disipar toda duda.

Entre la multitud había negros, que rara vez participaban en funerales judíos. En verdad, a juzgar por la ropa, era gente del mundo del arte. El rostro de un anciano le pareció familiar a Robins: era un saxofonista famoso, cuyo apellido no podía recordar, pero que había visto antes, ya en la portada de una revista, ya en la televisión. Asimismo, estaban presentes varios indios de América del Sur. Entre los blancos se advertía también una gran mezcolanza: respetables parejas judías, algunos anglosajones espléndidos, al parecer galeristas ricos, y también rusos de todo género: desde ejemplares de lo más respetable hasta granujas, y además ebrios. Robins era un americano de cuarta generación. Era de origen ruso pero hacía mucho tiempo que había perdido, junto con el conocimiento de la lengua, toda inclinación romántica por su peligroso país y su pueblo de chiflados.

Extraño cliente, pensó. Probablemente sea músico.

Incluso dio una vuelta por el lugar para echar un vistazo a aquel difunto poco común.

Nina llegó a las tres en punto. Todos emitieron un suspiro y se quedaron sin habla. Bajo un sombrero negro de seda y un amplio velo, caían a un lado y a otro sus famosos cabellos de plata y oro. Por encima de un vestido negro corto llevaba un abrigo transparente de tul que le llegaba hasta los tobillos, también negro, y unos zapatos pasados de moda, con plataforma alta y enormes tacones cuadrados.

Los galeristas lanzaron un gemido; uno de ellos le susurró al oído al otro:

—Un corpiño Worth, la mejor idea en la historia del vestido de todos los tiempos y de todos los pueblos. Incomparable. Alik tenía un gusto extraordinario. Si se hubiera dedicado a la moda, habríamos tenido, en lugar de un pintor bastante corriente, un modisto genial.

—Una modelo extraordinaria —observó el segundo—. Reparé en ella

por primera vez hace ya tres años.

—Es vieja —respondió el primero con pesar.

Fima, que llevaba una camisa azul con manchas simétricas de sudor en las axilas y sandalias en los pies desnudos, condujo a Nina, experimentando un sentimiento contradictorio en el que se entremezclaban una intensa pena por aquella pobre mujer y una profunda aversión por el papel que se veía obligado a representar, pues no tenía ninguna inclinación por el teatro de aficionados. Además, en esos dos últimos días que había pasado reuniendo dinero para los funerales, había tenido que tragar sapos y culebras.

Nina avanzaba como una «novia negra», una *sati,* una viuda india subiendo a la pira funeraria. Desde el día de la muerte de Alik solo recordaba dos cosas: que se había curado y que ya no existía. Esas dos sensaciones no habrían podido convivir en una conciencia normal y corriente. Pero en su pequeña cabeza, alegremente plantada sobre su largo cuello, hacía tiempo que se había desplazado algún elemento, como sucede con el dibujo representado en el extremo de un caleidoscopio al menor giro, y todos los componentes se habían dispuesto según un orden nuevo, sin molestarse unos a otros, en un aislamiento tranquilizador.

Durante esos días las palabras «muerte», «muerto» y «entierro» resonaron continuamente a su alrededor, pero no habían traspasado una barrera invisible, pues sencillamente no había sitio para ellas en el dibujo que se había formado en su conciencia.

La habían llevado allí por alguna razón desconocida, pero que tenía algo que ver con Alik. A Alik le gustaba que fuera bien vestida. Se había preparado con esmero y había pasado un buen rato pensando en la indumentaria que se pondría para él...

Atravesó aquella multitud de gente sin reconocer a nadie. Con la mano izquierda apretaba contra su pecho un bolso negro lacado semejante a una galleta redonda, mientras con la derecha sostenía unos gruesos tallos de lirios, cuyas altivas cabezas, de un blanco verdoso, empujaban hacia atrás el dobladillo de su abrigo transparente.

La multitud se apartaba a su paso, y las puertas de la sala se abrieron

precisamente en el momento en que ella se acercaba. Atravesó el umbral sin aminorar el paso. La gente la siguió formando un triángulo que iba ensanchándose. Había muchas personas con flores, bastantes más de las que habitualmente albergaba aquella sala.

En el fondo se alzaba el catafalco, sobre el que descansaba un gran ataúd blanco, cuya forma recordaba a un estuche de agua de colonia. En el féretro yacía un maniquí perfectamente maquillado que representaba a un adolescente pelirrojo, con rostro menudo y pequeños bigotes.

Un señor maduro con aspecto de presentador de televisión estaba a punto de abrir la boca, pero Nina no le prestó atención. Aunque el señor se mostró claramente contrariado por haber sido ignorado de forma tan poco ceremoniosa por aquella extravagante viuda, se echó a un lado.

Ella se levantó el velo, se inclinó, miró fijamente ese pésimo retrato fabricado en un material extraño e irreconocible, y esbozó una leve sonrisa para manifestar su comprensión.

En el lugar de Alik, adivinó.

Cuando levantó la cabeza, los galeristas que estaban a su lado vieron una banda negra, finamente trazada, que, desde la raya recta del cabello, descendía por el rostro, bajaba por el cuello y desaparecía en el profundo escote del vestido.

—¡Qué clase! —murmuró uno de los galeristas al otro con aprobación.

—¡Damas y caballeros! —declaró con solemnidad el presentador de televisión.

Era una traducción exacta y literal del galimatías fúnebre que al otro lado del océano suele pronunciar, delante del horno ficticio de un crematorio, una dama gruesa vestida con un traje provinciano de tafetán negro...

Había que transportar el ataúd sobre el catafalco, tarea de la que se ocuparon los empleados. Pero el emplazamiento se encontraba en una parte tan superpoblada del cementerio que hubo que llevarlo hasta allí a pulso, y además caminando por encima de otras tumbas. A unos

treinta metros del lugar el sendero se interrumpía bruscamente y solo quedaba un paso de un pie de anchura. Los hombres pasaron primero, formando una cadena hasta la tumba, excavada con antelación, y la blanca nave fue pasando de mano en mano hasta llegar al lugar de su última parada. Se balanceaba peligrosa y alegremente por encima de las cabezas. El fuerte sol de agosto trajo de pronto una brisa procedente del océano. Nina se encontraba sobre el pedestal de un monumento ajeno, cerca de la fosa fresca, cuya tierra había sido cuidadosamente dispuesta en cestos de intenso color rosa; el viento echaba hacia atrás el tul negro de su traje y agitaba sus cabellos preciados y descoloridos como si fueran una vela.

Irina estaba entre la multitud. Hacía mucho tiempo que se había despedido de Alik. Ahora tenía otra preocupación: crear un padre para su hija. En realidad, no había tenido que hacer nada especial, pues se habían encontrado por sí mismos. Su intervención en aquella empresa se reducía a la inversión de una elevada cantidad de dinero que no recuperaría jamás. También había invertido bastante en esa tumba: su hija había tenido un padre al que quería y tendría una tumba. Irina sonrió y se dijo para sí: lo he perdonado todo, pero no he olvidado nada... Traje al mundo a mi hija en un hospital para indigentes, mientras tú te lo pasabas en grande con Nina y quizá también con esa otra vaca, Valentina... Está un poco más atrás, pero cerca, conoce su lugar... No sé si es una astuta serpiente o simplemente una buena mujer... Qué malvada me he vuelto... Alik, Alik, todo podría haber sido de otra manera. Pero no fue posible... ¡Tanto mejor!

En ese rincón apartado del cementerio, junto a la misma tapia, las losas funerarias tendían hacia lo alto. Alrededor de cada losa horizontal se alzaban algunas piedras afines que parecían levantarse sobre un solo pie. Inscripciones cuadradas y angulosas, cuyo grafismo conservaba la memoria de las tablillas de arcilla y las varillas de caña, se mezclaban con otras inglesas con un absurdo toque gótico, que revelaban el lugar de nacimiento y los gustos, encarnados en la piedra, de personas desaparecidas mucho tiempo atrás.

El ataúd cerrado fue colocado sobre la tumba vecina y Robins, que

había llegado a tiempo para honrar con su presencia a aquel cliente excepcional, supervisó el descenso con gestos de director de orquesta. Valentina le dijo algo a Nina, y esta abrió su bolso redondo y sacó un paquete de tierra. Lo esparció en pulgaradas, como se sala una sopa, y movió los labios. Dos obreros estaban preparados con las palas.

—¡Esperen, esperen! —gritó alguien de pronto desde el camino principal.

Una persona trataba de abrirse paso a espaldas de la gente, lo que produjo un movimiento confuso y un pequeño tumulto. Al rato, y después de haber empujado a todo el mundo, apareció Liova Gotlieb, con aspecto irritado. Iba seguido por unos cuantos judíos barbudos, diez en total. Aquel equipo llegaba un poco tarde. Al bajar del autobús se habían perdido, pues cada uno tenía su propia opinión sobre el lugar en que debía de encontrarse la funeraria. Ahora, luciendo chales de oración y *tefillin,* o filacteria, empujando a los hombres y pisando a las mujeres, pronunciaron las primeras palabras:

—Que sea ensalzado y santificado Su Gran Nombre en el mundo, que creará de nuevo cuando resucite a los muertos y los llame a la vida eterna...

Se pusieron a cantar y a lamentarse con sus voces fuertes y tristes, pero, aparte de Robins, casi nadie comprendía el significado de esas exclamaciones antiguas...

—¿De dónde han salido estos judíos? —preguntó Valentina a Libin.

—Pero ¿es que no lo ves? Los ha traído Gotlieb...

No sabían que era el rabino Menashe el que se preocupaba por el pobre «niño cautivo».

Valentina pensaba que aquellos judíos eran demasiado pintorescos y se preguntaba si no serían actores de algún pequeño teatro de Brighton Beach.

Tendré que preguntárselo a Alik..., pensó, y en ese mismo instante comprendió que había una infinidad de cosas que ya no podría preguntarle a nadie...

Recitaron unas oraciones conmemorativas, lo que no llevó mucho tiempo. Después, las personas que se encontraban delante empezaron a

apartarse de la tumba, mientras las que estaban detrás se adelantaban hacia ella y la montaña de flores crecía. A Nina le llegaban ya por la cintura, pero seguía colocando cada flor por separado, acariciándola, construyendo una especie de pequeña casa o mausoleo, y sonriendo de tal modo que muchos advirtieron cierto parecido con una Ofelia envejecida...

Luego todos abandonaron el lugar; ahora los judíos, que se habían quitado los chales blancos y habían dejado al descubierto sus trajes negros calcinados por el sol, se encontraban entre los últimos, pero Nina los esperó y les pidió que acudieran a la comida de funeral. El más viejo de todos, un calvo cuya kipá estaba pegada directamente a la cabeza desnuda con un esparadrapo, levantó las dos manos secas a la altura del rostro y dijo con tristeza, separando los amarillentos dedos:

—¡Mi niña! Los judíos no comen después de los entierros. Se sientan en el suelo y ayunan... Aunque está muy bien beber una copita de vodka...

Con sus trajes negros humeantes, subieron al microbús, en el que había escrito con letras azules sobre un fondo blanco: «Templo Sión»...

20

Tee-shirt y Gioia no fueron al entierro. Se quedaron en casa. Tee-shirt se ocupaba de la disposición de los cuadros. Sacaba viejas telas, les quitaba el polvo de dos años y pensaba en la manera de distribuirlas. De repente se le aclaró la vista, como a los gatos, cuyos ojos se abren al séptimo día, y se puso a contemplar los cuadros de Alik: uno allí, el otro al lado, ese más arriba, aquel había que retirarlo... No había que decidir nada, bastaba con mirarlos y los propios cuadros se ordenaban solos de manera bella e inteligente...

Voy a estudiar historia del arte, decidió en ese mismo instante, olvidando que la semana anterior se había consagrado al Tíbet.

Le gustaban más los cuadros pequeños o medianos, pero necesitaba uno grande para el fondo, y pidió ayuda a Gioia y Liuda, que colgaron un lienzo de tres metros que llevaba cinco años de cara a la pared. En él había pintadas muchas cosas, tal vez demasiadas: una fiesta de otoño con uvas, peras y granadas, mujeres y niños danzantes, cántaros de vino, montañas lejanas y un hombre que entraba en un sobrado...

Liuda cortaba queso y salchichón, cortaba la lechuga; Gioia, con movimientos lentos y aspecto soñoliento, distribuía por todos los rincones una vajilla de cartón y unos alimentos ruso-judíos supuestamente caseros, comprados en una tienda de emigrantes: arenques, empanadillas, gelatina, y esa ensalada que los rusos denominan «Olivier» y los otros pueblos «rusa».

Llegaron todos a la vez, una gran multitud. El montacargas los subió en tres tandas. Unas cincuenta personas se sentaron en torno a una mesa común, formada por tablas y toda suerte de cachivaches; los

restantes, con su copa y su plato en la mano, iban de un lado a otro, como en las fiestas americanas. Era sorprendente que pudiera experimentarse un sentimiento de vacío en medio de aquella aglomeración de gente.

Los galeristas de Washington también estaban presentes. Se paseaban por el taller como por una sala de exposiciones, examinando las obras. Parecían contrariados, y al cabo de diez minutos, cuando la gente todavía no había comenzado a beber, le besaron la mano a Nina y desaparecieron.

Irina los miraba sin ninguna satisfacción: todavía tenía asuntos pendientes con ellos. Por mucho que hubieran venido, no habían pagado a Alik y no habían devuelto sus cuadros...

Faika resultó ser esa conocedora de los ritos propios de las bodas y los entierros. Vertió vodka en una copa, la cubrió con un trozo de pan negro y la puso en un plato.

—Para Alik.

Así era como se hacía.

Se oía ese rumor preparatorio que precede a los ágapes, sin conversaciones ruidosas ni estridentes voces sueltas. Un murmullo monótono y el tintineo del cristal. Sirvieron el vodka.

Tee-shirt estaba en el umbral, pálida, con los labios hinchados y la nariz enrojecida, vestida con una camiseta negra con una inscripción en amarillo y naranja. Hacía tiempo que apretaba en el bolsillo la pequeña caja de plástico en su mano sudorosa, y había llegado el momento de sacarla.

Nina estaba sentada en el brazo del sillón blanco, pero en el sillón no había nadie. Fima se levantó con la copa en alto y se dispuso a hablar.

—¡Escuchad todos! —gritó Tee-shirt.

Irina se quedó sin habla: podía esperarlo todo de su extraña hija, menos una intervención pública.

—¡Escuchad! ¡Alik me ha pedido que os comunique algo!

Todos se volvieron hacia ella. La piel de la muchacha se tiñó de púrpura a ojos vista, como un papel de tornasol durante una reacción química; al cabo de un instante se puso en cuclillas e introdujo un

casete en el magnetofón que, como de costumbre, estaba en el suelo. En ese mismo momento, casi sin pausa, se oyó la voz de Alik, clara y bastante alta:

—¡Muchachos! ¡Muchachas! ¡Gatitas mías!

Nina se agarró al brazo del sillón. La voz de Alik continuó:

—¡Estoy aquí, muchachos, con vosotros! ¡Servíos una copa! ¡Bebamos y comamos! ¡Como siempre! ¡Como de costumbre!

Con ese sencillo gesto había quebrado en un instante el muro perpetuo, había lanzado una piedra desde la otra orilla, cubierta de una niebla impenetrable, había escapado con desenvoltura, por un momento, del poder de la implacable ley, sin recurrir a los medios violentos de la magia ni a la ayuda de nigromantes o médiums, mesas en movimiento o platos saltarines... Simplemente había tendido la mano a los que amaba...

—¡Y por favor, os pido que no haya lamentaciones estúpidas! ¡Todo es estupendo! ¡La vida sigue su curso! ¿Vale? ¿De acuerdo?

... Gioia estalló en fuertes sollozos. Nina, con los ojos casi fuera de las órbitas, parecía petrificada. Desatendiendo la petición de Alik, las mujeres se echaron a llorar al unísono. Lo mismo hicieron los hombres que podían permitírselo. Fima sacó de su bolsillo un trapo a cuadros que hacía las veces de pañuelo.

Parecía como si Alik los estuviera viendo.

—¿Por qué ponéis esas caras, muchachos? ¡Bebamos a mi salud! ¡Nina, a mi salud! ¡Vamos! Tee-shirt, pequeña, para un momento el magnetofón.

Se produjo un instante de silencio. Tee-shirt no apretó la tecla inmediatamente, sino solo después de que la voz de Alik dijera:

—¿Habéis bebido...?

Rebobinó.

Bebieron de pie, sin brindar. El enorme vacío que había surgido después de la muerte se había llenado de forma ilusoria. Pero en cualquier caso se había llenado, lo que no dejaba de ser sorprendente.

Irina estaba de pie, apoyada en la jamba de la puerta. Ya había llorado todo lo que tenía que llorar. Pero había una cosa que seguía

intrigándola: ¿qué es lo que había en él de excepcional? ¿Quería a todo el mundo? ¿En qué consistía ese amor? ¿Era un buen pintor? ¿Y qué significaba eso en los tiempos presentes? Si no compraban sus obras es que no era bueno... Su arte era la vida. Había vivido de una forma artística... Entonces ¿por qué yo cargo con mis ladrillos, supero obstáculos y gano montones de dinero? Eso no es nada artístico... ¿Acaso porque no estabas a mi lado, amigo mío? ¿Y dónde estabas?

—¿Habéis bebido? —sonó de nuevo la voz de Alik—. Os pido encarecidamente que bebáis todos como es debido. Lo más importante es que no estéis tristes. Es mejor que bailéis un poco. Esto es lo que quería deciros: ¡Libin y Fima! Si no os reconciliáis hoy mismo es que sois unos idiotas. Ya somos bastante pocos. ¡Os pido que bebáis en mi honor y acabéis con vuestras estúpidas desavenencias!

Libin y Fima, viejos amigos, muchachos del mismo barrio, se miraron por encima de la mesa y respondieron a las injurias retardadas de Alik con una sonrisa. Ya se habían reconciliado en esos calurosos meses. En medio de las preocupaciones generales de esos últimos días, con los tanques, los disparos, la revolución moscovita, las réplicas que no se dirigían a nadie en concreto, sino que caían en el lugar apropiado, su antigua disputa se había evaporado.

—No brindan, no brindan —gritó Faika.

—Espera, voy a cambiar de vaso, el mío es de cartón.

Los vasos entrechocaron con un ruido brusco y sordo.

—A tu salud, saco de granos.

—A la tuya, corsé.

Era cierto que había tenido un corsé, blanco, con gruesos botones de hueso, elásticos distendidos y ligas de alambre sujetas por gruesos hilos. En Járkov, después de la guerra, en una vida anterior...

—Muchachos, no puedo daros las gracias, porque ese género de agradecimiento no existe. Os adoro a todos. Especialmente a vosotras, muchachas. Incluso le estoy agradecido a esta maldita enfermedad. Si no hubiera sido por ella, no habría sabido nunca lo estupendas que sois... Qué tontería acabo de decir. Siempre lo he sabido. Quiero beber a la salud de todos vosotros. ¡Nina, aguanta! ¡Tee-shirt! ¡Por ti,

Valentina! ¡Por ti, Gioia! ¡Saludos a Pirozhkova, la quiero con locura! ¡Faika, gracias, ratita! ¡Has hecho unas fotos estupendas! ¡Nelly, Liuda, Natasha, bebo a la salud de todas vosotras! ¡Y también a la vuestra, muchachos! ¡A vuestra salud! Me gustaría decir otra cosa: quiero que lo paséis bien. Eso es todo. A la mierda.

La cinta giraba con un leve rumor; en ella ya no había más palabras, pero podían oírse unos suspiros roncos. Nadie bebía. Todos seguían de pie, con la copa en la mano, sin decir nada, oyendo los raros sollozos convulsivos y aéreos, y la música india que ascendía de la calle por la ventana abierta y se metía irregularmente en la cinta vacía. Todos prestaban atención, como si aún pudieran oír alguna cosa importante, y en verdad eso no era todo: se oía el chirrido del ascensor, el crujido de la puerta.

—Tee-shirt, apaga el magnetofón —dijo Alik con voz normal, cansada, sin ningún énfasis. Entonces se oyó el ruido de una tecla y todo quedó en silencio.

En un principio la alegría brillaba por su ausencia. Había un silencio incluso excesivo. Como de costumbre, Alik había hecho algo inesperado: tres días antes estaba vivo, después estaba muerto, y ahora había adquirido un estado intermedio, extraño, por lo que todos estaban desconcertados y tristes, aunque no le hacían ascos al alcohol.

Se acercaban a la mesa, se apartaban, llevaban de un lado para otro platos y vasos, se mezclaban, se juntaban en grupos y luego volvían a mezclarse. Nunca se había visto en el mundo una multitud tan abigarrada: estaban allí los músicos amigos de Alik y algunos individuos aislados que nadie había visto antes; no era posible saber dónde los había conocido y cómo se habían enterado de su muerte. Los paraguayos formaban una falange compacta, solo su cabecilla se distinguía por su cicatriz rosa oscuro y la expresión petrificada de su hermoso rostro. Un profesor colombiano discutía animadamente con el conductor de un camión de basuras. A Berman le había gustado Gioia, pero hacía dos años que no se acercaba a ninguna mujer debido al

exceso de trabajo, y no estaba seguro de si debía liberar al genio de la botella. Si hubiera sabido todo lo que Alik sabía de ella, no se habría aproximado siquiera: Gioia era virgen y además descendía de una antiquísima familia romana mencionada por Tácito...

Nina pidió que alguien fuera a buscar una caja gris al entresuelo. En ella había una riqueza conmovedora, expedida en su momento a América por medio de amigos diplomáticos: el primer jazz que había completado un viaje de ida y vuelta desde detrás del telón de acero. Entre pesadas hojuelas negras había discos artesanos, grabados sobre radiografías. También era posible encontrar las cintas marrones de las primeras grabaciones magnetofónicas.

Solo Alik sabía bailar el verdadero tango, con todos sus complejos pasos, sus bruscos desfallecimientos y sus profundos vuelcos, que en los años cincuenta se habían transformado lógicamente en rock and roll...

En esta ocasión Libin ocupó su lugar. Nina y él se movían con sacudidas y giros bruscos, pero Libin carecía de esa languidez artística sin la cual el tango pierde su principal aroma... Un saxofonista negro se había fijado en la blanca Faika, y ella estaba muy nerviosa, pues, por un lado, como la mayoría de los emigrantes rusos, era racista, y por otro, tenía delante un producto indudablemente americano que todavía no había probado...

La reunión empezaba a animarse. Las personas que se sintieron ofendidas por esa circunstancia se fueron. Berman se marchó con Gioia. Cada uno de ellos había tomado su decisión, pero no estaban seguros de que la cosa fuera a funcionar. Gioia temblaba de miedo; lo que más temía era ponerse histérica. Pero todo resultó tan hermoso y agradable que por la mañana ambos comprendían que el largo tiempo pasado en soledad no había sido en vano.

Poco después de las diez llegó el propietario en compañía de un confuso Claude. Él mismo había informado al dueño de que el inquilino había fallecido y el propietario, tras esperar unos días, había elegido aquel momento para comunicar a Nina que debía dejar libre la vivienda a principios de mes.

Cuando el dueño se aproximó a ella para entregarle la notificación en

mano, Nina lo confundió con otro, lo besó y le dijo en ruso que cogiera un vaso.

Dejó distraídamente sobre la mesa el aviso de desahucio, que en ese mismo momento cayó al suelo. Nina ni siquiera pensó en recogerlo. El propietario se encogió de hombros y se alejó, profundamente indignado. Claude no consiguió convencerlo de que había asistido a una tradicional comida de funeral rusa...

Alguien puso una vieja grabación magnetofónica. Era un éxito moscovita de finales de los años cincuenta, una parodia de una conocida canción:

Moscú, Kaluga, Los Ángeles
conforman un único koljós...
En San Luis, en la planta ciento dos
Vania el ruso toca jazz...

Era una música antigua y agradable, y todos se reían, tanto los americanos como los rusos, pero para los rusos tenía un valor más elevado: hubo un tiempo en que las personas que la escuchaban recibían críticas en las asambleas, eran expulsados de la escuela o del instituto. Faika trataba de explicárselo a su caballero, pero le faltaban las palabras. Además, cómo explicar ese sentimiento, cuando en medio de una profunda tristeza sobreviene de pronto una alegría deliciosa, o, por el contrario, cuando todo es alegría, la felicidad absoluta del cuerpo, y surge de alguna parte una nota desolada que oprime el corazón... Se perseguía a la gente por eso...

Liuda se había familiarizado tanto con la casa durante esos últimos días que, ahora que había bebido, se había olvidado de dónde estaba e insistía en visitar a su vecina Tomochka para abrirle su corazón; no había manera de hacerle comprender que el callejón Sredne-Tishinski no estaba a la vuelta de la esquina.

—Qué divertida te vuelves cuando bebes, mamá. Nunca te había visto así. Te va muy bien —le dijo su hijo, apartándola de la puerta.

Tee-shirt se acercó a Irina y la tocó en el hombro.

—Vámonos, mamá. Ya basta.

Tenía un aspecto severo.

Al caminar al lado de su regordeta hija, Irina, ligera y delgada, sentía que se estaba creando una nueva situación entre ellas; en realidad, todo había cambiado ya: la tensión de esos últimos años, cuando sentía constantemente la insatisfacción sombría de su hija y su animadversión, había desaparecido.

—Mamá, ¿quién es esa Pirozhkova?

Era la primera vez que Tee-shirt escuchaba ese apellido, una parte del cual ella misma llevaba. Irina no respondió de inmediato, aunque estaba preparada desde hacía mucho tiempo:

—Yo soy Pirozhkova. Tuvimos una relación en nuestra juventud. Aproximadamente a la edad que tú tienes ahora. Luego discutimos y muchos años después volvimos a encontrarnos. Duró poco tiempo. Y como recuerdo de ese encuentro, Pirozhkova se quedó con un niño.

—Pirozhkova hizo bien —aprobó Tee-shirt—. ¿Y él lo sabía?

—En esa época no. Después puede que lo adivinara.

—Vaya unos padres —masculló Tee-shirt.

—¿No te gustan?

Irina se paró en seco. La posibilidad de no gustarle a su hija la hería desde hacía mucho tiempo.

—Sí, me gustan. Los otros son todavía peores. Lo sabía, por supuesto —dijo Tee-shirt con voz adulta y cansada.

—¿Crees que lo sabía? —preguntó Irina, muy agitada.

—No lo creo, lo sé —respondió Tee-shirt con voz firme—. Es terrible que ya no exista.

El zumbido sordo de las conversaciones ruso-inglesas fue interrumpido por un chillido penetrante y estridente. Quitándose sus sandalias chinas negras, Valentina, con el elegante movimiento de un audaz guitarrista que rasguea las cuerdas, arrancó el botón superior de su camisa amarilla, de modo que todos los restantes se desparramaron como lluvia suave por el suelo, avanzó dando fuertes golpes con sus gruesos y

endurecidos talones y, con su rostro brillante y lacado de muñeca rusa, lanzó un grito agudo, prolongado y modulado:

¡Ay, ay, ay!
Tú tienes la miel,
yo tengo la masa,
¡vamos a juntarnos!
¡Ay, ay, ay!

Tras darse unos golpes en las nalgas, taconeó en el sucio suelo con gran soltura.

Durante sus años de estudiante había participado en numerosas expediciones al norte para recoger los restos de los vestigios de la verdadera habla rusa en Polese, cerca de Arcángel y en el Alto Volga, y había estudiado las picardías folclóricas como otros investigadores se ocupaban de la composición del núcleo celular o del movimiento de las aves migratorias. Recordaba miles de coplas en una infinidad de variantes, con su dialecto y su entonación particulares, y le bastaba con abrir la boca para que se le escaparan de la lengua, vivas e incólumes, como si acabaran de salir de una velada campesina...

¡Ay, ay, ay!
Se me ha calentado la plancha...

Desparramaba a su alrededor pequeñas centellas y sus oscuros talones golpeaban el suelo con tanto ardor como si estuviera pisoteando las ardientes ascuas caídas de una estufa.

Los paraguayos estaban encantados, sobre todo su jefe.

—¿Qué es eso? —le preguntó el saxofonista a Faika, pero ella, que no conocía esas palabras, respondió de manera aproximativa:

—Es country ruso...

Ya antes de que Valentina iniciara su interpretación folclórica, Nina,

con la espalda muy erguida y la cabeza echada hacia atrás, se había retirado al dormitorio. Allí, rodeada de penumbras, se había sentado en el borde de la cama; de pronto, escuchó un tintineo de cristal y comprendió que en la habitación había alguien más. Acuclillado en una esquina, de espaldas a ella, estaba Alik. Movía las botellas que habían quedado allí, buscando algo.

Nina no se sorprendió, pero no se movió de su lugar.

—¿Qué estás buscando, Alik?

—Una botella pequeña de vidrio oscuro —respondió él, algo irritado.

—Está allí —contestó Nina.

—Ya la veo —dijo él muy alegre, poniéndose en pie y apretando la oscura botella contra su vieja camisa roja.

Nina quiso prevenirlo de que tuviera más cuidado, pues esas infusiones de hierbas dejaban unas desagradables manchas marrones, pero no tuvo tiempo. Pasó a su lado, y ella advirtió que, en verdad, estaba totalmente curado; había recuperado su antigua manera de andar, ligera y un poco suelta en las rodillas. Había algo más. Al pasar junto a ella, le había acariciado suavemente el cabello, y no de cualquier manera, sino con un gesto propio que le era familiar: separó los dedos como las púas de un peine, los hundió en los cabellos de Nina hasta las mismas raíces y los pasó por la cabeza desde la frente hasta la nuca. También vio que llevaba al cuello su cruz y comprendió que había conseguido su objetivo.

Tengo que decírselo sin falta a Valentina, pensó; pero, en cuanto su cabeza rozó la almohada, se quedó dormida...

En cualquier caso, no habría podido encontrar a Valentina en ese momento, pues esta se encontraba muy lejos. En el cuarto de baño, dentro de la cabina de la ducha, un indio nudoso, de piernas cortas, la embestía una y otra vez con su miembro corto y macizo. Ella veía sus cabellos negros que caían a lo largo de sus mejillas hundidas, la banda rosa de piel nueva y tirante en la cicatriz. Sentía una fuerza de hierro en sus tobillos y en sus muñecas, pero en realidad estaba suspendida en el aire, sin apoyo, subiendo y bajando al ritmo de sus fuertes sacudidas. Lo que le sucedía no se parecía a nada de lo que había experimentado

en la vida, y era extraordinario.

21

El sonido del teléfono despertó a Irina en medio de la noche.

Debe de ser Nina, que se ha emborrachado, pensó al acercar el auricular a la oreja.

Miró de pasada el reloj: era más de la una.

Pero no se trataba de Nina, sino de uno de los galeristas, el que se ocupaba de la parte administrativa.

—Tenemos un asunto urgente relacionado con su cliente —dijo sin mayores preámbulos—. Nos gustaría adquirir todas las obras que quedan en su taller, y lo más rápido posible.

Irina guardó silencio durante un instante: era una táctica que había aprendido.

—Y, naturalmente, nos gustaría que retirara usted la demanda. Vamos a tener que revisar nuestras relaciones... Uno, dos, tres, cuatro, cinco. ¡Vamos!

—Bueno, en primer lugar, en cuanto a la demanda, es un asunto aparte; en ningún caso vamos a vincular ambas cuestiones. Y en lo que respecta a las obras de mi cliente, podemos discutir el tema a finales de la próxima semana, después de mi regreso de Londres. Precisamente voy allí a causa de esos cuadros —dijo, mintiendo con un gran placer profesional.

Sus ganas de dormir habían desaparecido del todo. Se levantó y se dirigió al salón. Una banda de luz afelpada se filtraba bajo la puerta de Tee-shirt. Irina llamó.

Tee-shirt, vestida con una larga camisa de noche —¡con ese calor!—, se incorporó sobre el codo y apartó su libro.

—¿Qué pasa?

—Parece que al menos era buen pintor. Esos bandidos han llamado. Quieren comprar todas las obras que ha dejado Alik.

—¿De veras? —preguntó Tee-shirt, radiante.

—Sí. Al final voy a conseguirte una herencia. Ya verás.

—¿Una herencia? Estás de broma. ¿Y Nina? ¿Qué vamos a hacer con ella?

—Nina no me preocupa lo más mínimo. Habrá que pelear duro por ese dinero.

Irina tenía un aspecto muy fatigado y Tee-shirt pensó que su madre estaba envejeciendo: de noche, sin maquillaje, no era una mujer hermosa, no tenía nada de especial...

—¿Sabes qué? ¿Por qué no vamos a Rusia? —dijo Tee-shirt, apartándose para dejar sitio a Irina.

Durante muchos años Tee-shirt había sido incapaz de dormir sola, e Irina volvía a toda prisa desde la otra punta de la ciudad para que esa criatura desdichada y silenciosa se apoyara en su hombro y encontrara el sueño...

Irina se tumbó, buscando una posición cómoda para sus magros huesos.

—Ya había pensado en eso. Iremos, iremos sin falta, en cuanto las cosas se calmen un poco.

—¿Qué? ¿Qué has dicho?

—En cuanto las cosas se calmen, cuando todo esté en orden...

—No, Alik decía que si se pone orden allí será otro país.

—No te preocupes por eso: en Rusia nunca habrá orden...

Irina acarició los cabellos rojizos de su hija, y esta no la rechazó, no refunfuñó.

Bueno, decidió Irina. Vamos a pensar que todo ha terminado.

Nueva York - Moscú - Mont Noir,
1992-1997

PREMIO FORMENTOR DE LAS LETRAS 2022.

Una autora con más de 4.500.000 de lectores, traducida a treinta idiomas y candidata al Premio Nobel de Literatura.

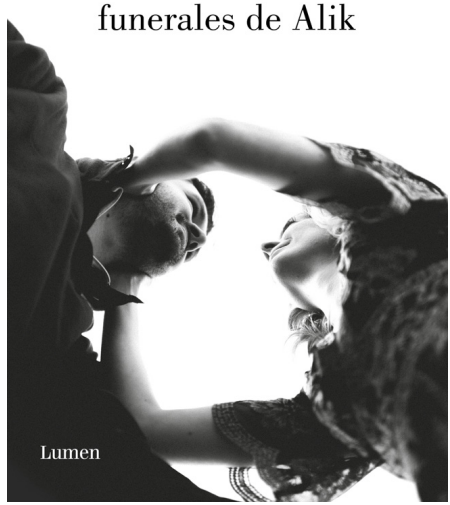
«Una novela divertidísima, extravagante y tierna».
The New York Times

«Una de las mejores escritoras rusas contemporáneas».
Frankfurter Allgemeine Zeitung

PREMIO BOOKER RUSO
PREMIO GRINZANE CAVOUR
PREMIO MÉDICIS ÉTRANGER

Liudmila Ulítskaya

Los alegres funerales de Alik



En el verano de 1991, mientras el mundo contempla expectante el golpe de Estado a Gorbachov, en un sofocante apartamento de Nueva York un grupo de emigrantes rusos se reúne alrededor del lecho de muerte de Alik. Postrado en la cama, este fallido pero carismático artista, hombre enérgico y enamorado de los placeres mundanos, es capaz de alegrar incluso su propio velatorio. Mientras espera su hora, sus seres queridos recuerdan las experiencias compartidas y sus vidas antes de abandonar su país natal, se enzarzan en debates sobre qué mujer fue la amante favorita del enfermo o si deberían bautizarlo, y se mantienen atentos a las noticias sobre los inminentes cambios en la Unión Soviética, que, como Alik, se enfrenta a su fin.

Elogiada por la crítica internacional, que ha comparado su talento con el de los grandes autores rusos de todos los tiempos, Liudmila Ulítskaya captura, con humor y gran profundidad psicológica, la complejidad de las emociones humanas, y nos descubre un nuevo modo de mirar la muerte y saborear la vida.

La crítica ha dicho:

«Por el poderoso aliento narrativo con que registra las más sutiles emociones del alma humana, por la sensibilidad con que cuenta la epopeya de las personas arrojadas al laberinto del mundo, [...] por la soberbia índole de sus personajes».
Jurado del Premio Formentor de las Letras 2022

«En manos menos ácidas, *Los alegres funerales de Alik* podría haber sido una aburrida instantánea de una comunidad de emigrantes. En las de Ulítskaya, es divertidísima: una historia extravagante y tierna cuyos temas —amor, pérdida e identidad— se elevan por encima de las fronteras del idioma y la geografía».
The New York Times

«Una de las escritoras de mayor alcance de la literatura rusa contemporánea».
El País

«Me recuerda a las primeras novelas de Evelyn Waugh. ¡Una delicia!».
The New York Times Book Review

«Ulítskaya llega aquí no solo como una astuta novelista, sino también como una sabia y evocadora artista. *Los alegres funerales de Alik* es extravagante, tiene un ritmo rápido y está llena de delicadas sorpresas».
Carlin Romano, *Philadelphia Inquirer*

«Una conmovedora mezcla de sátira, elegía y estudio del personaje».
Kirkus Reviews

«La gran novela rusa [...] no es un asunto del pasado. Liudmila Ulítskaya lleva tres décadas publicando novelas que hacen que sus lectores evoquen a los grandes: Pasternak, Dostoievski, Bulgákov...».
Luis Alemany, *El Mundo*

«Una meditación sobre la identidad rusa».
The New York Times

«Ulítskaya es experta en captar los sutiles matices del pensamiento y la experiencia, expresando tanto el espíritu como los defectos humanos sin falsos sentimentalismos. Sus personajes están totalmente conseguidos y aparecen retratados con extraordinario detalle».
Publishers Weekly

Liudmila Ulítskaya (Dablekánovo, 1943) es una autora de prestigio internacional, considerada una de las mejores escritoras rusas contemporáneas. De ascendencia ucraniana, nació en los Urales pero se crio en Moscú. Estudió Biología y trabajó en el Instituto de Genética de Moscú hasta que, en la década de 1980, se volcó completamente en la literatura, escribiendo novelas, cuentos y guiones de cine. Entre sus obras destacan *Sóniechka* (1992, premios Médicis Étranger y Giuseppe Acerbi), *El caso de Kukotski* (2001, premios Booker ruso y Mosca-PENNE), *Daniel Stein, intérprete* (2006, Premio Gran Libro), *Sinceramente suyo, Shúrik* (2003, premios Grinzane Cavour y Padre Aleksandr Men) y *Los alegres funerales de Alik* (1997, Lumen, 2003; 2022). Además de obtener los galardones mencionados, ha sido candidata al Nobel de Literatura en los últimos años, así como finalista del Booker Internacional, y ha recibido la distinción de la Orden Nacional de la Legión de Honor, el Premio Simone de Beauvoir otorgado a quienes promueven la libertad de las mujeres en el mundo, y, en 2022, el Formentor por el conjunto de su obra. Sus libros se han traducido a treinta idiomas y tiene más de cuatro millones y medio de lectores. Debido a la guerra en Ucrania y a su activismo político, muy crítico con el régimen del Kremlin, se encuentra exiliada en Berlín desde marzo de 2022.

Título original: *Весёлые похороны*

Primera edición: septiembre de 2022

© 1998, Liudmila Ulítskaya
Publicado por acuerdo con ELKOST Intl. Literary Agency
© 2022, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© 2003, Víctor Gallego Ballesteros, por la traducción

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial
Fotografía de portada: © Kenzie Cox

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-264-2423-5

Compuesto en: M.I. Maquetación, S.L.

Facebook: PenguinEbooks
Facebook: LumenEdit
Twitter: @LumenEdit
Instagram: @LumenEdit
Youtube: PenguinLibros
Spotify: PenguinLibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

penguinlibros

Índice

Los alegres funerales de Alik

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Sobre este libro

Sobre Liudmila Ulítskaya

Créditos